





La Virgen Penitente y Eucarística de Avila en el siglo XVI

Vida de la Venerable María Díaz
(MARIDIAZ)

POR EL DIRECTOR



AVILA
IMPRENTA CATÓL. Y ENCUADERNACIÓN DE SIGIRANO DÍAZ
Pedro de la Gasca, 6

PRÓLOGO

«Hasta ahora, decía el V. P. de la Puente en 1615, dura en Avila (la memoria de la santidad de la sierva de Dios, cuya vida queremos escribir) y es digna de que dure siempre entre los fieles, para que se aprovechen de sus heróicos ejemplos y se confundan de que una pobrecita labradora haya subido (como dijo Salomón y pondera San Gregorio) trepando con las manos como si fuera lagartija hasta ponerse en los tejados del Rey, no terreno sino celestial, teniendo con ínauamente su conversación en los cielos, y ellos, con tener mas aventajadas partes, para subir y volar, se quedan en lo bajo presos de sus terrenas aficciones».

Lo mismo enaltece en su primer canto un poeta biógrafo coetáneo de nuestra Venerable, cuando dice:

*Cuando quiere el Señor del firmamento
mostrarse en lo que hace poderoso,
escoge vil y flaco el instrumento;
no porque deje Dios de ser glorioso
agora tome grande o chica empresa,
sino que el hombre en esto es muy curioso
que luego mide, tasa y contrapesa,
y cuando ve que el medio es más humano,
más suelta de admirarse la represa.*

.....

*Mas dejando los tiempos ya pasados
cantar quiero en mis versos una historia
sembrada de mil pasos no pensados,
cantar quiero el triunfo y la victoria
que Dios tuvo del mundo en nuestros días
pues siendo con mujer fué mayor gloria.*

Por esta razón, dice Luis Vázquez, se declara más la gloria y majestad de Dios en nuestra Venerable Madre, criada en una a'dea de cuatro vecinos, sin maestros ni quien la pudiese enseñar tanta perfección manifestándose más en ella la sabiduría y omnipotencia de Dios, que parece haber querido en estos tiempos, cuando el fervor antiguo está tan acabado, proponer este ejemplo de penitencia y mortificación en su Iglesia para alentar y animar a todos al ejercicio de las virtudes y aspereza de vida, y que conociésemos lo que puede su gracia, no solo en la flaqueza natural de una mujer, sino en los años adonde parece el natural y fuerza están acabados, en la edad cuasi decrepita de unos setenta años; pues, si es verdad que desde que le amaneció la luz de la razón se ejercitó siempre en obras santas, Dios, por sus maravillosos juicios, no quiso proponerla como ejemplo dechado hasta la edad de más de sesenta y cinco años, que es desde cuando al mundo se manifestó su admirable modo de vivir.

El conocerse en aquel tiempo la santidad de la sierva de Dios, su rara y admirable penitencia y mortificación, su amor a Jesús Sacramentado, fué causa de la estimación que hicieron de ella aun en vida todas las personas que en aquel dichoso siglo florecieron en santidad y letras que fueron incontables solo en nuestra ciudad.

La esclarecida virgen Santa Teresa de Jesús llamaba a

nuestra María Díaz: «Santa»; San Pedro de Alcántara la decía: «la Virgen penitente de Avila»; San Francisco de Borja veneraba y admiraba su santidad; el Venerable Padre Baltasar Alvarez se hacía lenguas proponiendo a sus novicios las virtudes de esta Sierva de Dios; muchos Prelados de la Iglesia la veneraron así en vida como en muerte; los más sabios Teólogos la consultaban y salían admirados de los tesoros de celestial sabiduría que Dios depositara en su alma; en el Proceso de sus virtudes desfilan desde los Venerables Julián de Avila y Ana Reyes y los Padres más graves de la Compañía, Obispos, Canónigos, Caballeros y Corregidores hasta los de clases más humildes y todos a una ensalzan y ponderan su rara virtud contándonos de ella maravillas, que sentimos no poder transcribir íntegras, porque serían la mejor historia de vida tan digna de admiración.

Mas, para que no se sepultasen en el olvido obras tan heroicas y santas, muchos varones devotos y doctos hicieron algunas relaciones de su vida, en particular:

El Padre Juan de Torres de la Compañía de Jesús, su confesor que debió ser el primero que escribió la vida de nuestra Venerable, ya que alude a ella el Padre Gonzalo Pérez, que dice ayudó a componerla, como consta por una declaración prestada en la segunda Información el año de 1619.

También debió ser de este tiempo la vida de Maridiaz en verso que publicó el Padre Juan de Marieta O. P. en el libro XIX de su «Historia Eclesiástica de todos los Santos de España», que dice no sabe quien fuera su autor, mas que era de la Compañía de Jesús. A nuestro pobre juicio es del Padre Gonzalo Pérez o del mismo Padre Torres, como parece

desprenderse de la deposición del primero en las informaciones.

El biógrafo a quien copiamos, (dice seguir fielmente al Padre Torres), creemos ser D. Luis Vázquez, Capellán de la Encarnación durante 50 años, muerto el 1692, cuyo original se conservó en dicho convento y ha desaparecido. Una copia del mismo a la que falta una hoja al principio y dos al fin existe en el archivo parroquial de Vila y tengo a la vista traslado literal de esa copia que hice en el año 1909. De tal manuscrito cotejado punto por punto con el Proceso original me sirvo principalmente, como verá el lector.

Lo que sí puedo asegurar por el dicho Proceso o Información original, que tengo presente, es que esta vida es completa y sigue fielmente a los testigos de citada información. Su autor afirma haberse valido también, a más de varias copias de la «Vida» del P. Torres, de otra relación manuscrita que hizo el Dr. Antonio López, colegial, al tiempo de morir en San Millán nuestra Venerable, y después Rector de dicho Co'egio, de donde pasó a ser colegial mayor de Alcalá.

Pero entre todos los manuscritos habidos y por haber, relativos a Maridiaz el principal, fuente y arsenal de donde todos los demás se proveyeron es la Información original y auténtica que gracias a la amabilidad del Notario eclesiástico don Constantino García he tenido a mi disposición para redactar esta corta vida, y que es una verdadera joya por tener autógrafos tan apreciables como el del V. P. Juan de Avila, las cartas de don Alvaro de Mendoza y don Sancho Dávila y casi toda la larga testificación del P. Gonzalo Pérez: originales que ya que no podamos, cual sería nuestro

deseo, reproducir fotolitografiados los pondremos, con la mayor exactitud que nos sea posible, por vía de apéndices.

Dos partes tiene dicha Información: la primera hecha el año (1600) Ana Reyes, (1603) Julián de Avila y (1607) Gaspar Dávila por el Obispo don Lorenzo Otadui y Avendaño, siendo jueces el Dr. Lorenzo Chacón y a su muerte el Dr. Martín de Aguirre y notario Francisco Fernández de León y la segunda que mandó proseguir el Obispo Doctor Francisco de Gamarra el 1619 y que contiene muchos testimonios de hechos aislados, a no ser el del P. Gonzalo Pérez, que es acabado, sobre todo en lo que se refiere a los cuatro últimos años de nuestra Venerable y a su muerte y entierro, favores y curaciones obtenidas por intercesión de Maridiaz, procesillo parcial hecho en Vita y por el juez Delegado don Domingo de Rivera, Cura propio del lugar de Herreros.

Fué juez de esta segunda Información el Sr. Dr. don Juan de Mendieta, canónigo de Palencia y Provisor de Avila, notario Juan Díez, y últimamente Juste de Santisteban que sucedieron a Francisco Fernández de León.

Para ser más completa y de mayor estima dicha «Información y Autos fechos sobre la vida y muerte de la venerable Madre María Díaz»=Notario Juste de Santi teban=(tal reza la cubierta del Pergamino de que me sirvo) trae en último término a más de la declaración de cuanto aconteció al renovar y adornar de nuevo el sepulcro de la Venerable el 1619 y reponer en San Millán el Santísimo el Sr. Gamcrra, una copia autorizada de cuanto relativo a nuestra Maridiaz escribieron:

El P. Juan de M rieta en el libro 19 de su Historia (reditado, todo en verso, 15^6). El P. Luis de Ariz, monje

Benito, en su «Historia de las grandezas de la ciudad de Avila», editado 1607 El Sr. D. Gil González Dávila en su «Theatro Eclesiástico» (1618) El Dr. Miguel González Vaqueiro en la «Vida de D.^a María Vela, la Mujer fuerte», en el 1618 y el padre Luis de la Puente en la vida del P. Baltasar Alvarez». (1615).

También la elogian a más de Santa Teresa, cuando escribe a la H.^a Leonor de la Misericordia, el padre Juan de San Bernardo en la crónica de la vida de San Pedro de Alcántara, el padre Rivera y Yepes en sus vidas de Santa Teresa, Carramolino en su Historia de Avila, y en nuestros días: D. Julio de la Calle, Director Espiritual del Seminario de Avila que presentó una extensa memoria sobre Maridiaz al Congreso Eucarístico Internacional de 1911 y el P. Gerardo de San Juan de la Cruz C. D. en su vida del padre Julián de Avila y en los artículos que publicara en «El Monte Carmelo»,

Hemos querido hacer extensa relación de la bibliografía de Maridiaz no por vana ostentación, sino para asegurar al lector de que lo que va entre comillas y fuera de ellas es de otros; nuestro no más que el corto trabajo de reunirlo y ordenarlo, quizá el deslucir y desordenar lo ajeno.

Quiera el Señor que, si en algo hemos acertado, sea para El toda la gloria.

Esto decía yo el 1914 cuando Beneficiado de la Catedral de Avila ofrecí a las Marías de Madrid mi trabajo, hoy que aquella vida se extravió y perdió por culpa no sé de quién se publica por vez primera.

A ello se cree obligado el Director de las Marías avilesas y de Reparación Eucarística, «Vita» y «Juan de San Milán».

EL PENITENCIARIO.

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento y padres de Maridíaz

La Sierva de Dios, Maridíaz, María^a Díaz, Maridíez y aun Maridíz, ya que de todos estos modos la llaman sus biógrafos, aunque son muchas más las veces que la dicen Maridíaz, alma regalada del Señor y de El prevenida con celestiales bendiciones, fué natural de una aldea de muy corta vecindad que se llamó Hita, y hoy por corrupción, según asegura Carramolino en su Historia de Ávila, Vita, provincia y obispado de Avila, tierra fecunda en aquella sazón en santos y santas admirables.

Está situada a unos treinta y cinco kilómetros de la ciudad, en los confines de la Moraña Alta y de la sierra occidental de nuestra capital llamada Sericuela, hoy Serrezuela. Vita pertenece al partido judicial de Piedrahita y en lo eclesiástico es parroquia con su anejo Parral del arciprestazgo de Solana de Río Almar u Olmar.

Su padre se llamó Alonso Díaz de Victor y su madre Catalina Hernández. Eran sencillos y honrados labradores y Dios les concedió varios hijos: dos varones que se llamaron Francisco y Alonso, nuestra Venerable Maridíaz y otra hermana llamada Francisca. Dos sobrinos de nuestra Venerable, y hijo y nieto de Francisca fueron sucesivamente Secretarios del Cabildo de la Catedral y otro hijo de su hermano Alonso fué Cura de Herreros de Suso, y Sacerdote ejemplar muy penitente, quien dejó parte de sus bienes en el Colegio de San Millán en aten-

ción a estar en él su tía enterrada para que los domingos se dijese Misas; otra manda de su testamento fué dejar una heredad que en Herreros tenía para con su renta comprar premios conque los niños y niñas se estimulase a la asistencia de la catequesis.

Fueron los padres de nuestra Venerable Madre labradores y, al decir de algunos biógrafos, bastante ricos y acomodados, muy temerosos de Dios y muy ajustados a sus mandamientos y, eficaz argumento de ello es, dice el padre Torres, el haber criado tan bien a sus hijos y nietos.

La virtud de Alonso Díaz era muy sólida y probada, pues tenía gran cuidado con su alma. Asistía, cuanto sus ocupaciones le daban lugar, en la iglesia delante del Santísimo Sacramento. Era tan cuidadoso de quitarse de ocasiones de desagradar a Dios y de tratar solo con El que cuando se ofrecía ir de camino con otros compañeros, o se adelantaba a todos o se iba detras de ellos apartado, por quitarse de las conversaciones que suele haber en los caminos muchas veces contra los prójimos y por ir rezando y encomendándose a Dios.

Fué limosnero en extremo, repartiendo con los pobres y necesitados los bienes que Dios le diera y conocióse lo mucho que se ejercitaba en esta virtud en lo que le sucedió con su hija, nuestra María Díaz.

Siendo ésta muy niña, como se había criado con tan buen ejemplo y ella de su natural era tan inclinada a los pobres, todo lo que hallaba en casa puesto a mal recaudo y podía venir a sus manos lo daba de limosna; fué esto causa de que su madre la riñera por ser tan liberal y no tener cuidado de su hacienda y de que se lo dijera a su padre para que la reprendiera de nuevo. La represión del buen Alonso a su hija fué decirle: *Bien lo has hecho hasta aquí; pero mira que de aquí adelante quiero seas más liberal y que des a los pobres cuanto pudie-*

res sin cuidar de tu madre (1). Quien tales y tan santas amonestaciones daba a su hija bien se manifiesta gran siervo de Dios. Dios se lo premió con darle una hija como nuestra Venerable Maridíaz para gloria suya y de toda su posteridad.

No hay documento alguno escrito por donde nos conste con exactitud el día y año de su nacimiento como tampoco la fecha fija de su bautismo, a pesar de que para precisar ambas cosas el Sr. Obispo D. Francisco de Gamarra hizo diligencias muy particuláres el año 1621. Con todo, del epitafio del sepulcro de la Venerable se desprende, y en esto convienen cuantos de ella escribieron, que el año de su nacimiento fué el 1495. En cuanto a su bautismo, aunque se hizo información especial, no se halló en el archivo parroquial de Vita documento alguno en que constara. El libro más antiguo de esta clase principia el 14 de febrero de 1550: a pesar de eso personas graves y serias que bajo juramento depusieron en el Proceso sostienen unánimes que de padres tan buenos y cristianos como los de Maridíaz no cabe dudar que mandarían bautizar y confirmar a su hija.

Más aún, en la misma información hecha en 1621 prestó declaración jurada el testigo Juan Gutiérrez que dijo saber haber sido bautizada la Venerable Maridíaz por haber oído muchas veces a su madre Francisca Sánchez que había sido madrina de tal bautizo. Oigamos del padre Juan de Marieta:

En Vita, que es lugar junto a la sierra
de quien la real Avila es cercada
una mujer vivió, flor de esta tierra,
.....
llamada Mari-Díaz porque fuese
el nombre con las obras más loable
y más por tal razón a Dios sirviese.

(1) Luis Vázquez.

CAPÍTULO II

Cuánto influye el ejemplo de los padres.—Niñez de Maridíaz.—Ejercitase en la virtud y caridad.—Devoción a la Eucaristía.—Un misterioso peregrino la visita

«Yo sé, dice el padre Juan Torres, que se tiene para pronosticar las virtudes de los niños el que los padres se ejerciten en ellas; y que el ver en aquella tierna edad los hijos ejemplos santos y obras virtuosas en sus progenitores es causa de que los imiten y después cuando grandes, obren conforme a lo en que se ejercitaron entonces, porque dice San Pedro Damiano: conforme al ejemplo que ven los hijos en los padres y conforme a las obras en que se ejercitan, vienen después a ser sus ejercicios: si los de los padres fueron buenos, suelen ser los de los hijos después santos y virtuosos, y siendo malas y escandalosas las acciones de los padres, son peores después las de los hijos siguiéndose infinitos daños en la sociedad.»

Como nuestra Venerable María Díaz veía en su padre tanta virtud y cuidado en guardar la ley de Dios, en particular la asistencia constante y recogimiento devoto que en la iglesia tenía delante del Santísimo Sacramento, le procuró imitar y así hizo hábito desde aquella tierna edad; el tiempo que había de gastar en los juegos infantiles, todo lo empleaba en estar en la iglesia.

Como veía por otra parte tanta caridad con los pobres y la limosna que su padre hacía acrecentóse en ella la conmiseración y así, no contenta con seguir repartiéndole a los pobres cuanto podía, llevábalos a un corral de su casa y allí a más de remendarles sus harapos,

los ayudaba en cuanto le era dado (1), pudiendo en verdad repetir con el paciente de Idumea: «juntamente con la edad creció en mí la piedad y misericordia».

En esta su primera edad era ya tanta su devoción al Santísimo Sacramento, tanto el tiempo que en estar en la Iglesia invertía que enfadada una vez su madre de tal frecuencia y asistencia en el templo le dijo: «*Anda, estás en la Iglesia quella te dará de comer*». Palabras que aunque dichas con enfado parecieron profecía de lo que en los últimos años le sucedió, cuando viviendo en San Millán, sin salir de allí día y noche delante de su Divina Majestad, Dios con su infinito poder disponía se la acudiese con todo lo necesario así en la comida como en el vestido, aunque siempre sin demasía ni abundancia.

Quedó con esta comunicación tan ilustrado su entendimiento que, aun siendo niña, eran tan soberanas y altas sus palabras tratando de cosas del cielo junto tal fervor y gracia que su padre, cuando la oía, solía decir: «*Tú para predicadora eras buena*» (2).

Y no solo interiormente Dios se la manifestaba y enseñaba, sino exteriormente también y así lo agradeció nuestra Maridíaz toda su vida, como parece indicar el siguiente maravilloso caso que nuestra Madre contó a su hija espiritual. Ana Reyes que es de quien este testimonio tomamos (3).

Dice la oyó decir que siendo niña, estando con su madre en su aldea y entrando un peregrino de aspecto venerable, sentóse con ellas y las comenzó a decir cosas devotas y santas, todo enseñándolas el camino del cielo,

(1) Ana Reyes. Contestación a la pregunta primera del Interrogatorio.

(2) Luiz Vázquez.

(3) Ana Reyes. Última pregunta.

y para que se conociese que ésto fué obra sobrenatural, sucedió que nuestra V. Madre encendida en amor de Dios y del prójimo por haberla, como ella decía, robádole el corazón las palabras soberanas del peregrino, con el afecto natural que tenía dijo a su madre: «*Madre, si tuviéramos buen vino, le diéramos a beber*» y excusándose la madre diciendo que no lo tenía, el peregrino respondió que lo tenían e indicó el lugar donde lo guardaba; cosa que naturalmente él no podía saber.

Al verse descubierta la madre accediendo a la súplica de su hija, se levantó ésta con presteza para traer el vino, mas cuando volvió con ello no le halló ni en todo el lugar supieron dar razón de haberle visto, a pesar de las no escasas diligencias que para dar con él hiciera Catalina Hernández. Quedó nuestra niña encendida y abrasada en amor de las cosas del cielo, habiendo conseguido la felicidad, gloria y bienaventuranza que promete el Rey David en el Salmo 93 cuando dice: «Que es dichosa y bienaventurada el alma que alcanzó por maestro a Dios Nuestro Señor», y en aquellas otras del mismo real profeta en las que de tal suerte enaltece la limosna que dice: Ser dichoso el que entiende y ve en el pobre desvalido a Dios, mereciendo como muchos santos que bajo la forma de mendigo Jesús se les apareciera y consolara en este mundo cuanto no es dado decir con su celestial visita.

Cuanto llevamos dicho hasta aquí confírmalo el padre Juan de Marieta en elegantes versos de su segundo Canto:

Fué desde su niñez muy aplicada
a cosas de virtud, porque tuviese
igual principio y fin de su jornada.

.....

Era mansa, benigna y muy afable,
graciosa en el hablar, humilde y llana

y de un amor con todos entrañable.

.....
Algunas veces ella me decía
que mientras se iban otros a placeres
pasaba en una iglesia todo el día.

.....
Ay Dios, cuan fácilmente a quien tú quieres
descubres una senda allá escondida
que no la saben hombres ni mujeres.

Estábase la Santa allí metida
postrada ante el Divino Sacramento
de quien tuvo una fe muy encendida,
tanto que acontecía, sin aliento
llegarse a comulgar y a la tornada
sentir su cuerpo fuerte en un momento.

Así como la cierva va a la fuente
y de ella sale fresca y alentada,
no menos se le iba el accidente
del mal, y comulgando se esforzaba
con vida de alma y cuerpo juntamente.

CAPITULO III

Cásanla sus padres.—Dios la libra maravillo-
samente con la ausencia de su desposado

Si tanta fué en sus primeros años la devoción que a
Jesús Sacramentado profesó, que gastaba, como hemos
dicho, todo el tiempo que la dejaban libre los quehace-
res de casa de sus padres, en la iglesia ante el Santísi-
mo y en socorro de los pobres, ¿quién podrá dudar de
los deseos que sentiría de ofrecer la pureza de su cuerpo
al Esposo tierno de su alma? ¿qué otros efectos había
de producir, al regar su puro corazón el vino que en-
gendra vírgenes?, ¿cuáles habían de ser sus santas inten-

ciones si no darse de lleno a Dios que así la regalaba en los años de su juventud?...

Con todo no eran esas las intenciones de sus padres los cuales contra su voluntad e inclinación ordenaron casarla con un joven de su edad y condición y nuestra Venerable avínose a ello, por no contravenir a sus padres, aunque con este motivo hubo de sufrir uno de los mayores trabajos cuyo sentimiento duró toda su vida.

Lleváronlo a efecto y así la desposaron y casaron. No parece fueran solo esponsales, sino Matrimonio por palabra de presente lo que contrajo Maridíaz con el joven cuyo nombre calla la historia. Lo que sí dicen sus biógrafos es que no llegaron a ser velados ni jamás cohabitaron, pues al poco tiempo de casados, de la noche a la mañana, huyó su marido, sin que después se haya jamás vuelto a saber de él. También parecen indicar todos que Dios por los ruegos de nuestra Maridíaz fué quien tan maravillosamente la libró de las trabas del Matrimonio para que volara cual cándida paloma en alas de su pureza virginal al tálamo que su divino Esposo la mostrara en el hueco de la peña, en la llaga abierta de su costado. Pero dejemos hablar a los testigos que informaron sobre este raro suceso.

Sea la primera Ana Reyes la cual dice contestando a la primera pregunta: «y que nunca fué casada, pero que oyó decir a ella que sus padres la habían desposado y ella no quiso aquel estado» y que entiende de lo que la oyó decir que fueron desposados por palabra de presente, porque estando con ella en conversación aquí algunas veces le solían decir: «¿madre, si viniese ahora el desposado, que haríades?» y ella respondía: «más querría tres lanzadas por el corazón», mas, si Dios lo quisiese, recibirleía y regalaríale, y quel decir que no fué casada es porque decía que no había sido velada y que a los que no han rescibido las bendiciones de la

sancta madre iglesia, comunmente no se les dice casados para poder cohabitar, sino desposados» (1).

El P. Gonzalo Dávila, de la Compañía de Jesús, Provincial que fué de la misma testificó: «y que fué desposada y entendió que luego que lo fué se ausentó della su esposo sin cohabitación e nunca más se supo dél» (2). «Y de la misma manera el don de la castidad, de manera que se entendió siempre que la conservó y murió virgen».

Y por último Bartolomé Díaz de Luxán, Capellán del Sr. D. Juan del Aguila, que lo oyó de su boca: «y que sus padres la habían desposado con un mancebo a quien ella procuró aficionar a nuestro Señor y la pureza del ánimo y cuerpo y que como él la vió del todo desasida de todos los deleites y gustos de este mundo, y porque habiéndola el desposado traído unos zapatos colorados, ella los entintó con tinta y el desposado se fué y dijo ella contándolo: seguramente lo ordenó nuestro Señor, porque desde el punto que salió de aquel lugar jamás se supo dél ni por donde fué, y decía ella: Sin duda ninguna nuestro Señor le tiene de su mano y tuvo para que no fuese estorbo al intento que yo tenía de servirle y ofrecerme toda a su Majestad».

Fuera por lo que quisiera es lo cierto, y en ésto convienen todos, que se ausentó al poco tiempo de desposados y antes de que pudieran cohabitar; que nuestra Venerable conservó toda su vida la virginidad hasta el punto de que varón tan santo como San Pedro de Alcántara llamaba a nuestra Maridíaz *la virgen penitente de Avila*, y que la razón de llamarla madre Maridíaz fué que cuando se recogió en Sant Millan de esta ciudad, como ya era mujer de mayor edad y su virtud y peniten-

(1) Primera pregunta.

(2) Primera pregunta.

cia tan conocidas, por reverencia y respeto que todos la tenían la llamaban «la madre Maridíaz» (1).

Todo lo cual cantó en el segundo cántico su biógrafo poeta:

«Sus padres ordenaron de casarla
y aún tuvo dada mano. aunque no intento,
mas como quiso Dios solo probarla,
hizo que el desposado mude intento
y trate sin decirlo de dejarla.

Cual suele el ave, cuando en un momento
cayó en el lazo y presto le ha rompido,
que libre vuela y canta de contento,
tal fué su corazón casi rendido
al marital estado trabajoso
cuando supo la nueva que era ido...»

Diré a este propósito una tradición común a los pueblos comarcanos al de Vita. Cerca de él nace y corre un arroyuelo llamado Mariviuda, y la razón de llamarse así, dicen, es el apellidar de ese modo a nuestra Venerable cuando se huyó para siempre del lugar su esposo.

CAPITULO IV

Muertos sus padres, habiendo dado de limosna su hacienda, por una santa inspiración
deja su tierra

No se puede explicar el contento y alegría de nuestra venerable Maridíaz cuando se vió libre del esposo y del estorbo que con él tenía de darse toda a Dios. Cosa parecida, como dice San Ambrosio, le ocurrió a la gloriosa virgen y mártir Santa Tecla milagrosamente librada por Dios del esposo que la dieran.

Todos sus contentos eran estar con Cristo Sacra-

(1) Contestación a la primera pregunta.

mentado, en ésto se había criado, y su Majestad, como maestro soberano, la había dado a conocer y hecho gustar la suavidad y dulzura de su comunicación; por eso al experimentar que comunicar con hombres, aunque lícitamente, impedíanla darse por entero a Dios, de ahí que ésta fuera una de las más recias pruebas y más fuertes trabajos que nuestra Maridíaz sufriera en toda su larga y penitente vida.

Murieron sus padres y sin duda sería grandísimo el sentimiento que su cariñoso y agradecido corazón tuvo en la muerte de sus cristianos padres, en especial al morir Alonso Díaz, ya que juntamente perdió con él al padre, maestro y ejemplo viviente de las virtudes más caras a su corazón.

No se sabe el año que esto ocurrió. Lo que si consta es que cupo no corta herencia a nuestra Maridíaz en la partición que hicieron los hermanos, tanto de bienes muebles como de viñas y tierras, según nos dicen los biógrafos.

Pero viéndose dueña y señora, como deseaba sólo emplearse en servir a Dios, a fin de que los bienes temporales no la sirvieran de obstáculo para tan santo fin, se deshizo de ellos, comprando con su precio el cielo, pues los dió a los pobres de limosna. Reservóse muy poco para sí, a fin de poder pasar la vida sin dar enfado y ser gravosa a sus deudos. Continuó viviendo en su aldea hasta edad de más de cuarenta años ejercitándose en obras santas, en tratar frecuentemente con Dios en altísima oración y contemplación, porque como era Dios su maestro, la comunicaba grandes luces y conocimientos altísimos por la oración, aunque ella no alcanzaba a conocer lo que era, hasta que después con la experiencia y trato que mantuvo con personas espirituales, vino a entender que era doctrina y enseñanza del cielo el modo que en la oración había tenido.

Juntamente con la limosna material distribuía pródiga la espiritual enseñando y exhortando a todos a que sirviesen a Dios, guardasen su ley santa y jamás le ofendiesen, consiguiendo con ello gran aprovechamiento en toda virtud; porque como el Señor la comunicó gracia especial en sus palabras y por otra parte su vida era tan santa e irreprensible, tenían mucha eficacia sus razones para mover a toda perfección.

Mas quería el Señor sacar de debajo del celemin la luz y ponerla sobre el candelero, como hace el jardinero con la humilde florecilla que después de haber perfumado el parque umbroso la transporta en rico florero y coloca en regia estancia donde ostente sus bellos colores y exhale sus gratos aromas.

Por eso quiso Dios dar a conocer al mundo la santidad y perfección de su sierva y también que ésta se perfeccionase más en la virtud con el ejemplo y dirección de varones y mujeres santas que en aquella sazón vivían en la ciudad de Avila, tierra colmada por Dios de bendiciones especiales como se ve en tantas y tantas almas santas, como aquí convivieron en tan gloriosa centuria.

Sucedió, pues, que estando nuestra venerable Madre una vez en su recogimiento suplicando al Señor con singular afecto se sirviese mostrarle el camino que más le agradase para servirle mejor y emplearse toda en El, oyó una voz que interiormente le decía como a otro Abrahan: «Sal de tu casa y de entre tus parientes» y también lo que el profeta Rey dice: «Olídate, hija, de la casa de tu padre y aficionarse ha el Rey a tu hermosura».

Conociendo ser esta habla interior de Dios que la quería toda para Sí, y favor especial que ella reconoció y agradeció toda su vida, con ánimo esforzado y varonil, después de vencer muchas contradicciones y burlas de sus deudos y convecinos, quienes tenían por locura

tal determinación, y de romper por todas las dificultades atenta solo a la voluntad y mandato de Dios, llevó a cabo su resolución.

La razón que parece haberla movido a venirse a Avila es que habiendo oído decir que en Avila había muchos sermones dijo nuestra Maridíaz: «*En Avila hay sermones, pues ahí está Dios, quíerome ir a ella*».

Así lo testifican Ana Reyes y Julian de Avila a quienes sigue fielmente en esta parte la historia de la vida de la Venerable, calcada, como dice su autor, en la del P. Juan de Torres, que viene transcribiendo casi a la letra.

Siguiendo, pues, el divino llamamiento, en acabando de vender la poca hacienda que se reservara, vínose a nuestra ciudad, en compañía de una niña pobre a quien por amor de Dios sustentaba, sin más ajuar que una *camica* en una borriquilla, como afirma haberla oído decir a nuestra V. Madre, su discípula después e hija espiritual Ana Reyes. (1)

CAPITULO V

Deseosa de perfección viene a Avila.—Modo de vida que llevó

Quiso Dios, Nuestro Señor que en aquella gloriosa centuria en que fueron tantas y tan perfectas las almas que vivieron y se trataron en nuestra ciudad que llegó a decirse ser Avila «la ciudad de los santos y los cantos», viniese a ella nuestra Venerable a dejarnos sus santas reliquias después de haber sido un perfecto dechado de las virtudes más heróicas, y a ser ejemplo claro de que en todos los estados y condiciones, con cien-

(1) Contestación a la primera pregunta.

cia y sin ella, se puede, con solo querer y la ayuda del cielo, que jamás falta, subir a la cumbre de la perfección.

En llegando a la ciudad tomó por su alquiler, para vivir en ella, una casita pequeña al barrio que llaman de las Vacas, a donde vivió por espacio de año y medio. La mudanza de aires, o por mejor decir, el querer ver Dios lo que tenía en su esposa, fué causa de haber perdido nuestra Maridíaz la salud. Tuvo una enfermedad algo larga padeciendo en ella muchos trabajos por las incomodidades que trae la enfermedad, máxime si, como en nuestro caso, viene junta con la pobreza. No fué poderoso, dice el V. P. Luis de la Puente, este trabajo para que volviese atrás de sus santos propósitos, intentando siquiera curarse con los aires de su aldea; antes hallándose muy bien con los trabajos y penalidades, se dejaba en manos de la Divina Providencia sin quererse volver a su tierra de donde Dios la había sacado.

Mas como el Señor en su adorable y paternal Providencia sabe sacar bienes de los mismos males, de esta enfermedad y trabajos sacó muchas y muy grandes utilidades así para su sierva que con esto adquirió grandes merecimientos, como para otra muy sierva suya, niña entonces, a quien había elegido para Sí por medio de nuestra V. Madre.

Esta fué Ana Reyes de cuya virtud y santidad hacen grandes elogios los autores de las vidas del «V. P. Baltasar Alvarez» y de la «Mujer Fuerte».

El autor de la vida de nuestra V. Maridíaz, a quien sigo, dice haber oído grandes elogios de la caridad y desprendimiento de los padres de Ana Reyes, deudos muy cercanos de sus abuelos, quienes para animar a sus hijos a ser limosneros les proponían las que hacían, en particular Juan de Santiago, padre de la citada Ana Reyes. Este caritativo avilés atento siempre a las nece-

sidades de los pobres, noticioso de las muchas que padecía nuestra Venerable en su enfermedad, soledad y pobreza visitóla algunas veces y descubriendo en ella tesoros de virtud, perfección y paciencia junto con la discrección y prudencia natural que de su santa conversación se desprendían, con intento de dar a su hija una buena maestra que la enseñase el camino del cielo, se determinó de traer a otra casita junto a la en que él vivía a nuestra Maridíaz.

Aquí, en la calle que llaman de Santo Domingo, vivió al lado de la casa de Ana Reyes, María Díaz algunos años con sumo gusto y contento, al ver cómo aprovechaba en toda virtud la santa doncella Ana Reyes y al crecer en edad crecía en sólida perfección. De la niña pobre que trajera de Vita en su compañía nada nos dicen sus biógrafos y testigos del Proceso ni de unos ni de otros puede deducirse el número exacto de años que vivió junto a la casa de los padres de Ana Reyes, aunque debieron ser no pocos.

El modo que tenía de vivir después de recobrada la salud era este: Sus ejercicios ordinarios eran, el trato y comunicación con Dios en la oración, según lo que ayudada de Dios alcanzaba entonces; en ella gastaba lo más de la noche, después madrugaba mucho e iba a oír misa y era tan singular la devoción que en este santo ejercicio tuvo que solía muchas veces estarse oyendo Misas desde el alba hasta cerca del medio día asistiendo devota y reverente en el templo. Dios manifestó lo agradable que esto le era, porque teniendo nuestra Maridíaz necesidad de *masar* para ganar de comer, solía dejar el pan masado y con estar en la iglesia seis horas o más, cuando a casa volvía, hallaba el pan leudo y en disposición para llevarlo al horno. Esto causaba gran admiración a cuantos lo sabían. (1)

(1) Contestación de Ana Reyes a la segunda pregunta.

Como el Santísimo Sacramento es el centro de la religión y a su veneración y culto se ordenan principalmente las Horas Canónicas, no se contentaba en su devoción eucarística con asistir a cuantas Misas podía sino que muchas tardes, en particular en las fiestas, asistía también a Vísperas.

Huía la ociosidad y la aborrecía y así para estar ocupada y tener que comer sin pedir ni molestar a nadie empleábase en hilar y masar con lo que sacaba un corto jornal del que se sustentaba muy parca y limitadamente, y lo que sobraba o se quitaba de la comida, lo repartía entre los pobres de su barrio, que siempre, añade el biógrafo, nuestro Señor ha tenido muchos en él.

A los niños y niñas junto con la limosna enseñaba e instruía en la Doctrina Cristiana; decíales que fuesen muy buenos y jamás ofendiesen a Dios, inculcándoles muy en especial la tierna devoción a nuestra Señora y que la rezasen cada día la salutación angélica.

De sus penitencias baste decir que si luego cuando vieja fueron tales que asustan a los que tan poco sufrimos por Dios y nos mortificamos, tales que el austero penitente que a fuerza de rigor y maceración en su cuerpo parecía en frase de Santa Teresa «hecho de raíces de árboles», la llamaba «La Virgen penitente de Avila», ¿cuáles serían cuando joven y con fuerzas y salud, cuando sintiera los estímulos de la concupiscencia alma tan sedienta de sufrimientos como la de nuestra biografiada?

Procuraba no perder sermón alguno aprovechándose y sacando siempre mucho fruto de la palabra de Dios la que gustaba tanto oír que, como vimos, fué uno de los motivos para venirse a vivir a nuestra ciudad.

Frecuentaba la Sagrada Comunión todas las semanas con edificante fervor; y esto que ahora nos parece insuficiente para llamar a un alma verdaderamente de-

vota y menos eucarística, era entonces, como dice el P. Torres, muy de estimar, tener tanto cuidado en recibir la comunión tan amenudo, porque en aquellos tiempos era muy poco usada la frecuencia de Sacramentos y estaban, dice, los hombres, muy perezosos así para darlos como para recibirlos, gloriándose de que la Compañía de Jesús lograra ir desterrando tan perniciosa costumbre e introducir la frecuencia de recibir la Eucaristía.

Esto es causa, continúa, de la perfección que se experimenta en los fieles, creciendo ésta sin duda al paso que crece la frecuencia de este Sacramento. Suplica, al fin, a Nuestro Señor que continúen estos deseos fervorosos de sus fieles para que participando de este Sacramento como verdadero Viático de nuestra peregrinación, nos lleve con felicidad al reino y gloria etc nos.

CAPÍTULO VI

Testimonio de Ana Reyes y Julián de Avila acerca del modo que llevó nuestra Venerable en los primeros años que en Avila vivió

Por ser tan autorizados los testimonios y tan escasos los datos que nos han transmitido los biógrafos de nuestra Maridíaz, referentes a estos primeros años de su estancia en Avila, queremos poner aquí dos solos de los grandes siervos de Dios que en tal época la trataron muy de cerca.

Vaya primero el de Ana Reyes, testigo de mayor excepción de cuanto en esta parte de su vida dejamos expuesto en el capítulo precedente.

En la segunda pregunta dijo: que luego que vino a esta ciudad la dicha madre Maridíaz, vivió en el barrio

de las Vacas por espacio de año y medio que fué el que esta testigo no la conoció y luego se pasó a vivir a las casas de su padre de esta testigo, que son cerca de las en que al presente vive con el dicho su hermano (1) y que su ocupación y vivienda era levantarse muy de mañana a la oración y luego irse a la iglesia después de ser de día y algunas veces a Vísperas, y que cuando tenía necesidad, luego por la mañana masaba una masita y la dejaba aleudar y notaban las vecinas que, con estarse seis horas en la Iglesia, la hallaba de sazón, cuando venía, sin haber recibido daño y que ordinariamente comunicaba y trataba con esta testigo en el barrio y no con otra persona del questa testigo sepa y fuera del barrio visitaba algunos clérigos que en aquel tiempo estaban tenidos por religiosos y virtuosos».

Julían de Avila dijo a la segunda pregunta: «Que desde luego que la dicha madre Maridíaz vino a esta ciudad a residir en ella, comunicó y trató con este testigo y supo de ella que venía con gran deseo de buscar a Dios, nuestro Señor, y tratar de espíritu en tanta manera que luego que vino a esta ciudad viviendo en una casita pequeña y a solas y ejercitándose siempre en confesiones y comuniones y sermones y oración, viendo que el cuidado de la casita que tenía la estorbaba a su espíritu en la oración, porque, decía ella, que alguna vez se le acordaba si las gallinillas de casa se iban o perdían, u otras cosas semejantes a estas lo fué todo dejando hasta quedar en suma pobreza, la cual pobreza pretendió tener en sumo grado cuanto ella pudo alcanzar».

Y en informe, que tengo a la vista, original de Julían de Avila y que forma parte del proceso original, de que me sirvo, dice este Venerable siervo de Dios: «Item que

(1) Miguel evangelista clérigo presbítero teniente de beneficiado de la iglesia parroquial del señor Sanz Vicente de esta ciudad.

luego que esta sierva de Dios vino a Avila se entendió que no venía por pobreza ni a buscar a otro que Dios, y así se dió luego a buscar la gente más virtuosa que ella pudo hallar, así por conocer la gente que la había de aprovechar para el fin que pretendía como para que la diesen luz de los padres espirituales, que ella pretendía conocer para ser enseñada y guiada dellos.

Item que no solo yo, sino así lo más del pueblo la vieron y conocieron que aunque tomó una casilla pobre en que vivir no pretendía otra cosa sinó en oír sermones y misas y confesarse y comulgar a menudo, y sé ésto poque en los principios de su estada en Avila frecuentaba mucho la casa de mi padre, porque halló en ella a una mi hermana que pretendía lo mesmo que la madre Maridáz y por esta razón supe que criaba unas gallinas en su casilla para aprovecharse de algún huevo para su mantenimiento, pero como con la experiencia entendió que la daban algún cuidado y que la llevaban alguna vez el pensamiento a que si se las hurtaban o si se le iban, que no pudo sufrir a tener ni poseer cosa que la pudiese ocupar su imaginación y pensamiento en cosa que no fuese Dios y por Dios y así por este fin se fué deshaciendo dellas y no solo dellas sinó de todo aquello que la pudiese ocupar lo interior de su alma pretendiendo entregarse interior y exteriormente en el servicio y amor de Dios.»

He querido poner estas citas largas y prolijas por la autoridad que dan dos tan santos testigos y que tan de cerca la trataron.

Si nada hay que más haga adelantar a un alma encendida en amor de Dios para que camine con mayores alientos en el camino de la perfección que la compañía de almas santas y temerosas de Dios, ya que al ver la virtud y santidad de otros virtuosos y justos se añaden fervores a fervores y se perfecciona el alma con mara-

villosos aumentos espirituales, veamos, antes de terminar este capítulo algunas de las personas cuyo trato ayudó muy mucho a la santidad de nuestra V. Maridíaz.

Por los testimonios anteriormente citados se desprende que trató nuestra Venerable con clérigos que eran tenidos por virtuosos y religiosos entre los cuales no cabe dudar que uno fué el celeberrimo Maestro Gaspar Daza, del que dice Luis Vázquez, que tuvo particular gracia de Dios para encaminar a Si las almas tanto en el confesonario como en el púlpito, y según propio testimonio otro fué el V. Julián de Avila.

Las amigas íntimas con las que más comunicaba fueron su hija espiritual Ana Reyes y Sta. Teresa de Jesús a la que trató familiarmente.

También por el testimonio del P. Julián de Avila se conoce que trató muy de cerca con su hermana llamada según Luiz Vázquez Ana de Santo Domingo.

Ambas Anas aprovecharon no poco de la amistad y trato con Maridíaz especialmente en la devoción singular de nuestra Madre al Sacramento del Altar.

De la perfección de Ana Reyes dice el autor de «La mujer fuerte», el Dr. Miguel González Vaquero: «Yo la confesé los ocho años postreros de su vida tan impedida que apenas podía ir a la parroquia de Santo Domingo, aunque estaba cerca de su casa; en lo natural era prudentísima y en lo sobrenatural tuvo cosas tan particulares y extraordinarias que decía un padre muy grave de la Compañía de Jesús, que era una de las almas que menos necesidad tenía de maestro por haber Dios tomado la mano en serlo suyo con extraordinaria familiaridad..

Comulgaba cada día algunos años antes que muriese y era extraordinaria la devoción que tenía a este divino Sacramento y las mercedes que por ese medio recibía».

De Ana de Santo Domingo se dice, como consta en

la vida de su hermano el P. Julián de Avila, que era tanta la devoción que tenía al Santísimo Sacramento que solía estar lo más de la noche de rodillas a una ventana, desde la que se veía la iglesia mayor, por estar enfrente de ella, pareciéndola que con ésto asistía delante de su Divina Majestad. Sus penitencias eran muchas, como lo atestiguaron las paredes de su habitación salpicadas todas con su sangre derramada con las extraordinarias y cruentas disciplinas que tomaba.

Era, por último, tal el deseo que nuestra Maridfaz tenía de amar y agradar a Dios que andaba solícita buscando siervos de Dios que la encaminasen al cielo y cuando hallaba alguno, seguía le con tal humildad y obediencia que no se apartaba un punto de lo que personas tan santas le indicaban para su perfección y adelanto espiritual.

CAPITULO VII

Pónese bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús y no la deja hasta su muerte

El año 1555 fundaron los Jesuitas su primera casa en Avila en la iglesia y hospital de San Gil y así se llamó el Colegio de San Gil o de la Compañía o simplemente San Gil hasta que en 1623, como dice Carramolino, pasáronse a lo que actualmente es Palacio Episcopal e iglesia de Santo Tomé donde vivieron, tuvieron su colegio de San Ignacio en la casa y la iglesia que ellos levantaron y dedicaron a su santo Fundador. San Gil fué ocupado a la salida de los Padres de la Compañía por los Jerónimos y la advocación de San Jerónimo conserva hoy lo que por desdicha de los tiempos es lanera y parte del Cuartel de la Guardia Civil y que tan santos recuerdos guarda para todo buen avilés.

El P. Hernando Alvarez del Aguila, natural de Avila, cuñado del célebre Caballero Santo de quien tantas veces habla Sta. Teresa, fué uno de los primeros fundadores del Colegio de San Gil, quien después de haber sido sacerdote ejemplar y gran catequista con los niños de la doctrina recogidos en San Millán, entró ya de edad en la Compañía y vino a su patria a reclutar soldados para Cristo.

Con la venida y trato de gente tan Santa fué mucho lo que nuestra V. M. Maridíaz se alentó y consoló y comenzando a tratar con aquellos Padres las cosas de su alma fué mucha su alegría al ver que la hablaban de oración y del trato interior de su alma con Dios; y como ella afirmaba luego, aquello era lo que buscaba y por lo que tanto había suspirado.

Entonces con tan expertos confesores pudo ver que ya en su aldea y en los primeros años había tenido principios de muy subida oración y levantamiento de su alma, sino que ella no entendía bien lo que era y podía decir con Jacob: «Verdaderamente estaba Dios en este lugar y yo no lo sabía».

Como las personas todas que hasta aquí tratara nuestra V. Maridiaz eran tan amigas de la Compañía de Jesús, todas sin duda la pusieron en relación y trato con los primeros padres de ella en Avila, siendo el primero que nos consta dirigió su santa alma el P. Juan de Prádanos.

Aunque quiso nuestra Maridiaz hacer voto de obediencia a sus confesores éstos no lo consintieron; pero ella mostró tal sumisión y respeto a sus indicaciones y mandatos que ni un ápice se desvió del camino que la mostraban.

Grandes fueron sus adelantos en la perfección evangélica desde que comenzó a tratar con el P. Prádanos.

Alma tan perfecta quería, cuanto era de su parte, es-

tar sujeta al confesor privándose de toda libertad, no pretendiendo tener más querer que el que su Divina Majestad por medio de sus Ministros la ordenase.

Con esta tan admirable disposición no sólo cumplía con toda puntualidad los mandamientos de la Ley de Dios, sino que abrazando con valor la cruz de Cristo seguía los consejos evangélicos. En lo que más se ejercitaba era en llorar y hacer penitencia por sus pecados; confusión ciertamente causaba y causa a todos, ver una vida inculpable tan llena de contricción y penitencia, mientras que los que tantos pecados hemos cometido vivimos tan ajenos a ejercicios de penitencia y mortificación aun teniendo a la vista las tan ásperas que hizo quien se puede jamás creer ofendió a Dios mortalmente en todos los días que vivió.

Por este tiempo confesaba también a Sta. Teresa a quien hizo viese y tratase, al venir a nuestra ciudad San Francisco de Borja, que aprobó su gran espíritu.

Este santo Duque de Gandia también trató a nuestra Maridiaz como se desprende de una tabla antigua colocada sobre su sepulcro don le constan las personas principales que la comunicaron y trataron.

El P. Prádanos, pues, conociendo mucha virtud en nuestra Maridiaz procuró ayudarla, para que con más fervor caminase, con nuevos modos y ejercicios santos en particular en los de las virtudes de la paciencia y humildad, sufriendo ella con una alegría del cielo e igualdad admirable de ánimo todas las mortificaciones y despegos que padeció con este confesor, quien para que fuese su perfección y santidad, dice Luis Vázquez, de dura y permanencia en su alma, la ejercitaba en obras heroicas y mortificaciones admirables.

Una vez pidió Maridiaz a este Padre que en la oración y en la Misa encomendase a Dios muy de veras le inspirara en lo que su Divina Majestad quería se ejerci-

tase su sierva para servirle mejor, pues sentía en su interior la voz de Dios que la llamaba a mayor perfección sin indicarla en qué había de ser.

A la confesión siguiente aconsejóla el P. Prádanos siguiese y perseverase su vida tan perfecta; que no podía hallar modo mejor conforme a su estado, supuesto que todos los días iba a Misa de alba y se solía quedar con el Santísimo Sacramento hasta las once de la mañana, sus conversaciones solo eran tratar de Dios y con Dios, después trabajar entre el día para ganar dos *maravedies* con que comer sin importunar a nadie, de la noche gastaba la más de ella en oración...

Ella replicó que aunque eso era verdad, pero que Dios la estaba llamando a más perfección, que suplicase de nuevo a Dios le pusiese en el corazón el camino que había de seguir para que ordenándolo como su confesor y padre espiritual le siguiese ella con contento como verdadera y segura senda de perfección.

Mandóla el confesor lo encomendase ella al Señor con particular devoción, que él prometía hacer lo mismo. Después le dijo en otra confesión que, a pesar de sus ruegos, Dios nada la había dicho fuera de una cosa que le parecía no llevaba razón ni camino y así no la tenía por inspiración de Dios. Suplicóle ella se lo dijera, aunque le pareciese no llevaba razón. Entonces le dijo el padre: Que era que le dijese que dejase la casilla en que vivía; pero como veo, añadió, que eso no os sirve de estorbo para tan buenos y santos ejercicios, no me parece ser una cosa de importancia para vuestra alma. Volvieron ambos a encomendarlo al Señor y al oír a su confesor que no se le ocurría otra cosa que lo que antes le dijera de dejar la casilla, entendiendo nuestra Mari-díaz que Dios quería apartarla, aunque fuese cosa muy leve, de cuanto la pudiese inquietar dijo al punto a su onfesor: «Pues, Señor, yo prometo a nuestro Señor de

no volver a esa casa jamás, allí quedan un torno y unas gallinitas y la hianza de ayer, V.^a Reverencia disporná de ello y vea qué haré o adonde iré antes que salga de esta iglesia». (1)

Conociendo el P. Prádanos la determinación de la sierva de Dios y verla en ella tan resuelta, entró a tratar este negocio con el P. Rector y les pareció a los dos acomodarla entrando al servicio de una señora muy principal de Avila, donde pasó hartos trabajos, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII

Entra a servir a doña Guiomar de Ulloa.—
Trabajos que hubo de pasar y favores que
Dios la hizo

Soberanas e incomprensibles con las disposiciones de Dios, inmensa su sabiduría, pues muchas veces lo que a juicio de los hombres más sensatos y prudentes parece desacertado, es ordenado por su Majestad para mayor bien y provecho de sus siervos.

Tales son, sin embargo, las trazas de que se vale Dios que no suele comunicar sus regalos y mercedes sino a los que se ejercitan en toda paciencia y en la renuncia de la propia voluntad para así vencerse del todo a sí mismos.

Esto se vió en la ocasión presente. Había en la ciudad de Avila una señora viuda muy principal para el mundo y más ilustre aún para Dios por su mucha virtud y santidad.

Llamábase doña Guiomar de Ulloa y bien saben cuantos hayan leído las obras de Santa Teresa cuán

(1) Bartolomé Díaz de Luxán en contestación a la 5.^a pregunta.

Gran amiga fué de la Reformadora egregia del Carmelo y cuánto le ayudó en obra tan árdua como fué la que llevara a cabo Santa Teresa de Jesús nuestra doña Guiomar.

Como vivía cerca de San Gil, acudía con mucha frecuencia a dicha iglesia y se confesaba con los Padres de la Compañía, vió repetidas veces a nuestra Maridíaz, y al verla tan devota y reverente, al oír los elogios que todos hacían de su santidad, entró en deseos de tratar con ella y tenerla en su compañía, porque le parecía que nadie mejor que nuestra Venerable podría alentarla en el intento que había tomado de mortificación y humildad, como lo ejecutó; pues como dice el P. Luis de la Puente, tanto la mortificó el P. Alvarez que no solo dejó galas sino que parece olvidada de la ostentación y leyes del mundo, sola, sin escudero y paje llevando ella debajo del manto un corcho en que se sentaba, se iba a la iglesia de San Gil y estaba lo más del día delante de Jesús Sacramentado, por lo cual alcanzó de Dios muy particulares mercedes. Esta noble viuda, pues, pidió repetidas veces al P. Prádanos le mandase a su hija espiritual, nuestra Maridíaz.

Al ver el P. Rector y el P. Prádanos la determinación de Maridíaz de no volverse a su casa, les pareció conveniente que entrase a servir a doña Guiomar, sin duda en calidad de Señora de compañía y para que lo hiciese con más mérito, así se lo mandó el confesor.

Mucho agradeció esta merced la noble viuda y este agradecimiento se perpetuó en sus descendientes, pues veremos como su nieto don Francisco Dávila y Ulloa honró la memoria de la sierva de Dios así en su entierro como en el adorno que costeó para su sepulcro.

Sin arredrarse ante las dificultades que el desasosiego y tráfigo de la vida de palacio trae consigo para la quietud, retiro y modo de ser de nuestra Venerable, no

viendo en ello más que la voz de Dios que la llamaba, entró al servicio de tan noble dama.

A pesar de la estimación que de nuestra Maridíaz hacía doña Guiomar y de la recomendación que hizo a todos sus criados de la casa para que, lejos de molestarla y mortificarla, le guardasen toda clase de miramientos y atenciones, es indecible lo que tuvo que sufrir en los seis años que al servicio de doña Guiomar estuvo.

Padeció de los pajes y criados, gente amiga de mofas y juegos; era tanto lo que se burlaban de nuestra Maridíaz que no contentos con faltarla de palabra, se descomedían con ella hasta llenarla de salivas. Poco temerosos de Dios juraban y tenían conversaciones licenciosas por lo que eran con valor cristiano reprendidos de nuestra Venerable y como sabían que lejos de delatarlos a la Señora de casa, lo llevaba en paciencia, sin alterarse arreciaban más en sus denuestos y burlas. No sufrió menos en la comida, porque como solía irse a San Vicente y estarse largos ratos ante el Santísimo, a su vuelta se hallaba sin comida, que los pajes, permitiéndolo el Mayordomo, le salteaban, tanto que, como dice el Padre Luis de la Puente y lo mismo aseguran varios testigos «cuando había a las manos un poco de pan duro lo tenía a gran dicha». Y siendo ella de su natural muy limpia y aseada lo que ordinariamente tomaba, que era una escudilla de caldo, estaba tan mala y poco limpiamente guisado que lo tomaba como si fuera una purga.

También acompañaba en los viajes a su Señora. En cierta ocasión fué con ella a Salamanca y al ver tantos catedráticos y doctores en una fiesta religiosa a que asistieron no cabiendo en sí de gozo dijo: Que era porque tenía para sí que todos aquellos maestros y doctores eran unos santos y verdaderos siervos de Dios escogidos por El para amparo y adorno de su Iglesia.

Como no podía asistir a la Iglesia cuanto era su de-

seo y tenía de costumbre durante el día, por tener que asistir al servicio de su Señora. a la que cuidaba como si fuera una esclava, sin jamás negarse a ningún servicio, suplíalo con estarse lo más de la noche en oración y amorosos coloquios con Dios.

Aquí empezó su Majestad a concederla muy grandes favores. También el demonio procuraba inquietarla. Una noche que velaba en oración sintió un gran ruido extraño en su aposento y, aunque se turbó algo, no dejó su santo ejercicio. Al verse burlado fué tal el estruendo que armó que pareció venirse abajo las paredes mismas de la habitación de tal suerte que la sierva de Dios creyó que todo se desplomaba y caía al suelo, entonces mató la luz y pasóse corriendo al cuarto donde dormía su Señora; no había entrado en él cuando volvió sobre sí y dijo: ¿No estaba yo ahora con Nuestro Señor?, pues que más seguridad tengo ahora con mi ama dormida que con Dios despierto con quien estaba hablando? Y con ánimo varonil volvióse sola y a oscuras al aposento en que antes estaba a continuar su oración. Sintió entonces unos muy lastimosos y espantosos aullidos y conociendo Maridíaz ser éstos del enemigo que burlado y avergonzado huía por haber salido derrotado en su intento de estorbarla la oración, dió gracias rendidas a Dios que así la ayudaba no solo para seguir sufriendo por su amor cuanto padecía sino también en que ponía freno a esta furia infernal y le estorbaba los males que pretendía hacer para apartarla del esposo de su alma.

Véase cuanto dejamos dicho en este Capítulo confirmado por varios autorizadísimos testimonios. «Estando viviendo la dicha madre Maridíaz en las dichas casas de su padre de esta testigo fué a estar y residir en la compañía de doña Guiomar de Ulloa, viuda, vecina de esta ciudad, señora muy principal en ella, por orden de su confesor, que le parece fué el dicho P. Prádano, para

acompañar a la dicha doña Guiomar de Ulloa la cuál había dado orden de ello, conocida su virtud, bondad y ejemplo, y la dicha Madre Maridíaz dijo a esta testigo muchas cosas que en la dicha casa había pasado que eran prueba de paciencia, como era hacer alguna burla della y darla vayas algunos criados como pajes y otra gente moza y perseguilla mucho en muchas cosas que la habían podido provocar a enojo y pasado algunos trabajos que la podían ser desconsuelo y mohina y que nuestro Señor había sido servido de favorecerla para llevarlo en paciencia y por amor suyo «Esto que declara Ana Reyes contestando a la tercera pregunta coincide con lo que en pocas palabras afirma en contestación a la segunda pregunta el V. Julián de Avila:» Por orden de sus confesores más por proballa que por otro fin, vino a servir a cierta Señora a dónde padeció muchos trabajos y persecuciones como suelen padecer gente humilde y devota como gente seglar de palacio: «dice Bartolomé Díaz de Luxan en la segunda parte del proceso hecho en 1619». «El padre fué al rector o superior del Colegio de la Compañía de Jesús y por lo trató con él y ambos fueron y la llevaron a casa de (doña Guiomar de Ulloa—sobre la línea y tachado) una Señora de esta ciudad de mucho recogimiento y allí estuvo en su servicio algún tiempo y que esto oyó a la dicha Madre María Díaz y que estando en su servicio dejó de estar delante del Santísimo Sacramento las horas que solía estar de día, desde la misa del alba, que esa nunca la perdió ni antes ni después hasta las once: después de la dicha misa acudía al servicio de aquella Señora y de la casa como si fuera esclava, y aquellas horas que solía estar de día delante del Santísimo Sacramento lo suplía de noche después de acostada su ama y privándose del sueño por estarse en oración, y una noche estando en la dicha oración oyó delante de ella

un golpe como si dieran con un zapato, y aunque tuvo miedo, al fin estuvo queda y perseverante en la oración, y luego oyó otro golpe de la misma manera, que la puso algo más de temor, pero con todo eso estuvo también firme y queda y prosiguió en su oración hasta tanto que le pareció que se venía la pared, y caía sobre ella, del aposento y que siendo esta la primera vez que el demonio comenzó a hacerla ruido la hizo temer y separar y así desamparó el puesto y mató la candela y entró en el aposento de su ama que dormía y a poco que estuvo allí, entre sí dijo:» «Válgame Dios, no estaba yo ahora con Nuestro Señor ¿que más seguridad tengo aquí con mi ama dormida que con Dios despierto con quien hablaba? y con la gracia del Señor vencí la tentación de este miedo y me volví al puesto a oscuras, a dónde no osaba estar con candela y tornándome a recoger y volver a la oración dentro de poco rato oí unos aullidos y gritos lastimosos y espantosos y dí gracias a Nuestro Señor porque de los muchos enojos que le había dado ya me parecía que había dado uno al demonio».

Seis años pasó en casa de doña Guiomar como aseguran sus biógrafos, precisan algunos testigos y afirman a una Luis de Ariz y Gil González Dávila.

Dice al mismo propósito J. de Marieta:

En Avila sirviendo, me contaba que estando en las visitas su Señora, dejándola, los santos visitaba.

Para el trabajo fué como de acero, para sufrir dolores, delicada, porque fuese el dolor más carnicero, de algunos pajes siendo molestada, la sancta mansamente respondía: más soy de lo que dices, que no es nada, qual de ellos en el rostro la escupia y qual llegando con furioso estruendo

mil apodos y nombre le ponía,
más ella muchas veces sonriendo
sufría al que la estaba motejando
rogando a Dios por él, no respondiendo;

Estaba cuál la oveja está callando
al ronco ruido de la vil tixera
cuando la están la lana trasquilando,
que mansa mira, sufre, calla, espera,
sin dar en su defensa algún delirio,
siendo el balar una arma tan ligera,

Tanto y con tal paciencia fué lo que en estos años
padeció que se olgaba, dice el P. Gonzálo Pérez en su
declaración, de padecer por Dios injurias, y la venganza
que tomaba era decir: Que por cierto los sobraba la ra-
zón para tratarla de aquella manera.

Hora es ya de que veamos lo que en los últimos nue-
ve años de vida hizo en San Millán.

CAPÍTULO IX

Váse a la tribuna de la Iglesia de San Millán y
allí pasa los últimos nueve años de su vida

Aunque siempre la virtud despide tan buen olor de
sí, que por más que se quiera encubrir nunca deja de
ser conocida; pero donde más se manifiesta y declara es
en los trabajos y persecuciones.

Dióse tanto a conocer la de nuestra V. M. Maridíaz
en lo que padeció en casa de Doña Guiomar que cono-
ciéndolo muchas personas, en particular, dice nuestro
biógrafo, el maestro Gaspar Daza y Francisco Salcedo,
valiéndose de la amistad y trato que unía al celebérri-
mo M^o. Juan de Avila con D. Alvaro de Mendoza, Obis-
po a la sazón de Avila, escribieron al Apóstol de Andá-
lucía para conseguir del Prelado ábulense licencia de

que pudiera habitar en la tribuna de la Iglesia de San Millán, para que así pudieran saciarse los deseos de alma tan eucarística, de estar libre de todo cuidado haciendo día y noche la vela y dando guarda a Jesús Sacramentado, así lo pedía ella ante el Santísimo Sacramento, con quien, como dice el P. Gonzalo Pérez, eran «*sus dades y tomares*», y el esposo atento a los justos deseos de su esposa hizo que se consiguiera lo que con tantas ansias le pedía. A la Iglesia de San Millán cupo la dicha de albergar a N. V. Maridíaz en los nueve últimos años de su vida y ser después la depositaria de sus restos sagrados.

Antes de morir en 1469 el noble y distinguido caballero avilés D. Juan Núñez Dávila y después de edificar y reedificar varios templos en nuestra capital fundó el Monasterio y convento de San Millán en cuya capilla mayor y al lado del evangelio en un lucilo con una hermosa estatua yacente está enterrado frente al sepulcro de nuestra Venerable.

En este Monasterio vivieron primero las religiosas Bernardas hasta que por haber venido la hacienda a menoscabo y por persuasiones de las religiosas del convento de Santa Ana, que son del mismo instituto, se trasladaron a él. Aunque alcanzaron breve de Su Santidad Julio II el año 1503, no se puso en ejecución este breve hasta que dando'o nuevo Clemente VII se hizo dicha traslación el año 1529. En San Millán fundó una capellanía D. Juan Núñez Dávila y dejó por patronos de ella a la abadesa de su convento y a los patronos de la cofradía de la Iglesia de la Trinidad y de las Vacas que tan valiente como munífico capitán reedificara a sus expensas.

Posteriormente fueron cedidas casa e Iglesia a los «Niños de la Doctrina». Tuvo principio esta piadosa institución por el celo de Hernándo Alvarez del Aguila, hi-

jo de Avila, y Sacerdote ejemplar que después entró en la Compañía y fué uno de los fundadores de su casa colegio en San Gil, como anteriormente dijimos. Propúsose recoger en San Millán a cuantos niños pobres pudo, enseñándoles la doctrina cristiana e inspirarles buenas costumbres y para lograr tan noble fin obtuvo en 1545 de la abadesa y religiosas de Santa Ana la cesión del edificio e iglesia de San Millán.

Una nueva cesión obtuvo D. Alvaro de Mendoza para establecer en él un Colegio de Sacerdotes en 1568 donde se mejorase la instrucción y moralidad de los que se consagrasen al servicio del altar.

Avila, como se ve, se adelantó al Concilio de Trento que decretó la erección de Colegios o Seminarios a ese objeto en todas las Diócesis; aunque el Seminario propiamente dicho y con arreglo a las prescripciones del Concilio no fué erigido hasta el año 1613, en el mismo local de San Millán, ampliado y modificado en gran parte, si bien la Iglesia, a lo menos en su capilla mayor, se conserva como en los tiempos de nuestra Venerable Maridíaz.

Vivió, pues, N. V. Maridíaz cinco años con los Niños de la Doctrina y cuatro con los colegiales, si bien aislada de unos y otros en un aposento que se hizo en el coro que tenían las monjas benedictinas a costa de Francisco de Salcedo. Abrieron en él una ventanilla que salía al altar mayor para consuelo de la sierva de Dios, porque desde allí pudiese estar asistente al Santísimo Sacramento, imán de su santo corazón y centro de sus más caros amores.

Por bien empleados dió los sufrimientos todos que pasara no solo en casa de Doña Guiomar sinó en su larga vida cuando se vió en la casa de Dios y en su presencia sacramentado.

Pero Dios, Nuestro Señor pródigo y cariñoso con los

que por su amor dejan to lo lo terreno, hizo que sin necesidad de salir nuestra Maridíaz fuese socorrida por una santa doncella muy principal y nada sobrada de bienes de fortuna que se llamaba Doña Juana de Vera (1).

Así se realizó lo que su madre dijera a nuestra Maridíaz de pequeña: «*Que la Iglesia te dará de comer*».

«*Se sustentaba la dicha Madre Maridíaz de lo que la enviaban de limosna sin que ella jamás pidiese, y que le acontecía hallándose con necesidad ponerse de ante del Santísimo Sacramento decir: «Mi Señor y mi proveedor, mirad que soy vieja y estoy desmayada, provee» y enviarle de donde nunca jamás solía para su sustento, y que era tan grande la fe y confianza que tenía que sin tener a qué, convidaba a esta testigo y preguntándole: Madre, ¿qué teneis que darme? respondia: «No tengas tu deso pena, que yo tengo buen proveedor, y acontecía venir la limosna en mayor cantidad que la que la solían enviar. Y esta testigo lo consideraba y le parecía obra de Dios, y solía decir la Madre viendo la mucha provisión: ¡Ah Señor, no bastaba esto sino que inbais para la güespeda».* (2).

Aunque muchas personas deseaban hacerla largas limosnas para que ella las repartiese entre los pobres, nunca quiso admitirlas, por haberla aconsejado el P. Julian de Avila que no admitiese más de lo necesario, huyendo tanto de todos los bienes de la tierra que no los quería tocar ni aun para darlos a otros.

Aunque Ana Reyes dice contestando a las V y VII preguntas del interrogatorio que no sabe que la Madre Maridíaz hiciese voto de pobreza, castidad y obediencia, sostiene sus biógrafos todos que los hizo, al menos

(1) Luis Vázquez la llama Juana del Peso.

(2) Ana Reyes en su respuesta a la V pregunta del Interrogatorio.

desde que en S. Millán se recogió y hasta el de clausura en sus últimos cuatro años, aunque este solo condicional, mientras otra cosa no dispusieran sus confesores.

Lo que sostienen unánimes, y esto no ha lugar a duda, es que cumplió esmeradamente con lo que piden y exigen tales votos aun en las religiones más austeras. Era tanto, dice el P. Julian de Avila, lo que gozaba en hacerse pobre por Cristo y desprenderse de todo que se veía verificarse en ella lo que Cristo dijera en el sermón de la montaña: *«Bienaventurados los pobres de espíritu, por que de ellos es el reino de los cielos.»*

Mas antes de mostrar las virtudes todas que en sus últimos años principalmente resplandecieron en ella, veamos lo que adelantó bajo la sabia dirección del Padre Baltasar Alvarez, cerrando antes este capítulo con lo que a propósito de lo contenido en él canta Juan de Marieta:

«Llegando una vez Dios, como solía,
poniéndola de gozo en tal aprieto
que casi reventaba de alegría,
Dijo; Señor, en pago yo prometo
guardar mi corazón en tal manera
que en solo vos, mi Dios, esté muy quieto,
prométoos la pobreza verdadera,
castidad, obediencia y en mi vida
de no dormir en cama hasta que muera (Canto 5.º)

.....

Estando de trabajos consumida
hizo al Señor un voto de clausura
y estar siempre en un templo recogida.
No menos que la fruta de madura
se cae sin recogerla, así la santa
iba cayendo ya en la sepultura.

Nueve años hizo penitencia tanta que como si de nuevo comenzara de nuevo su vergel traspone y planta. (Canto 9.)

CAPÍTULO X

Cómo el V. P. Baltasar Alvarez, su confesor, la ejercitó en la perfección

¡Cuántas veces, dice San Juan Crisóstomo, la causa de dar Dios a un alma un buen confesor, un padre espiritual que prudentemente la dirija, es el ver en ella lo bien que aprovecha en sus santas inspiraciones, el fruto que sacara antes de los otros sus confesores!

Como nuestra Maridíaz se adelantó tanto en el camino de la perfección con la doctrina de los confesores que antes tuviera tan siervos de Dios, lo mismo el M.^o Gaspar Daza, que el P. Julián de Avila y últimamente el P. Prádanos, quiso su divina Majestad darle un padre espiritual tan santo y deseoso de la salud de las almas como fué el V. P. Baltasar Alvarez, a quien aun estando en esta peregrinación aseguró Dios el premio de lo mucho que trabajó en adquirir almas santas que le sirviesen y como testifica Santa Teresa, la dijo Dios tenía este Santo padre tan altos grados de perfección que no había entonces en el mundo quien los tuviese mayores, y eso que eran muchísimas las personas santas y de admirable perfección que vivían en tiempos tan dichosos.

Como eran pocos entonces los padres de la Compañía y muchos los sitios donde los querían y buscaban, trasladaron de San Gil al P. Prádanos y se encargó de su confesonario un padre joven que a los 25 años de

edad acababa de cantar misa. Esto era el año de 1558 y el 1566 se fué de Avila. Como se ve, pudo estar este Santo confesor dirigiendo a nuestra Maridíaz cinco años de los seis que estuvo con Doña Guiomar y los tres primeros que vivió en San Millán sin el encerramiento que en los cuatro últimos años. Este Padre, dice Luis Vázquez, tomó muy por su cuenta el cuidado de esta alma tan querida y favorecida de Dios.

Mucho ayudó el P. Alvarez en Avila en la dirección de las almas tan santas y perfectas como en este tiempo florecieron en nuestra ciudad, dice el P. Juan Torres, y añade haber oído repetidas veces a este V. Padre unas palabras dignas de estar en la memoria de todos los confesores: *«Que no sólo temían la cuenta que había de dar a Dios de las faltas en que caían los que estaban a su cargo sinó también la que Dios le había de pedir de las virtudes que no tuvieran por no saber instruirlos ni industrialos».*

Lo primero que hizo, al tomar bajo su dirección a Maridíaz, fué quitarle las faltas e imperfecciones que en ella advertía y fundarla en profunda humildad y paciencia y en grande obediencia y resignación haciendo mil santas invenciones para mortificarla. Respondíala seca y ásperamente, cuando la preguntaba alguna cosa y cuando iba a confesarse, aunque se había prevenido en ir muy de mañana, muchas veces la hacía esperar largo tiempo, confesando antes a muchas personas que vinieran después.

A veces, cuando ella afligida iba a pedirle la oyese, para con él desahogar su corazón, este bendito padre la mandaba volviese a su casa sin oírla palabra, viendo la devoción de nuestra sierva de Dios al Santísimo Sacramento y habiéndola concedido comulgar tres veces en semana, en esto mismo la ejercitaba porque la entrase más en provecho la comunión y porque como las al

mas espirituales no suelen tener pegado el corazón a las cosas materiales suelen sentir más estas mortificaciones y con ellas han de ser probadas para que en todo estén resignadas a la voluntad de Dios y de El estén solo asidas. (1)

Para esto una vez le mandó que no comulgase sin antes confesarse con él, (porque muchas veces la hacía confesarse con otros). Vino al día siguiente y el P. Alvarez no quiso bajar, a pesar del aviso que Maridíaz le enviara, hasta que llegaron nuevos penitentes; bajó, confesó a estos últimos y otros muchos que fueron llegando y al dar las once dijo a nuestra madre que no podía confesar más, que volviese al día siguiente. Volvió y se repitió la escena; disponiendo de tal suerte las cosas el Padre que la tuvo más de veinte días sin confesar y comulgar; porque juzgaba este santo varón, dice su biógrafo el P. Luis de la Puente, que lo que dejaba este tiempo de ganar con los sacramentos, lo recompensaba con la cotidiana disposición y deseo que tenía de recibirlos y en tan heroicos ejercicios de paciencia y mortificación que la disponían para recibirlos después con mayor fruto.

Bien se deja entender lo que sentiría esta dilación nuestra Madre; con todo, no se atrevió a replicar por el respeto que a su confesor tenía, ni a dejarle por el amor que le había cobrado aunque la trataba con tanta aspereza que solía ella decirle con mucha gracia: *«Mi padre y las mis rencillas»*.

Otra vez, entrando nuestra Maridíaz en San Gil con chapines y báculo y dándose, al parecer, alguna autoridad y viéndola el P. Alvarez entrar así, la dijo *«que si quería hacerse dueña y señora y que no la taltaba más a su soberbia»*, luego la mandó que saliendo a la calle y

(1) V. P. Luis de la Puente en la vida del P. Baltasar Alvarez.

dejando los chapines entrarse como quien era. Hízolo al punto sin reparar que se los podían hurtar y cuando entró de nuevo le dijo que no comulgase en pena de su desvanecimiento, aunque después al verla tan rendida y humilde le concedió pudiese comulgar.

Estando en San Millán solía la sierva de Dios salir algunas veces a visitar muchas señoras principales y devotas que deseaban comunicarla y en diciéndola el P. Alvarez que excusase estas visitas y gastase el tiempo en estarse con Dios esto fué causa, como después veremos, de estarse como reclusa en su aposento haciendo voto de clausura. Y quejándose las señoras de su confesor porque las privaba del consuelo de tratarla, lejos de acusarle, le excusaba diciendo: *«Mi confesor no me dice que no visite, sino que guarde mi recogimiento»*.

Finalmente, mostró esta sierva de Dios su virtud en la perseverancia en rendirse y obedecer a quien tanto la mortificaba, amándole tan de corazón por el bien que de él recibía, que aunque se ausentó este de Avila, nunca le perdió de vista ni se olvidó de las cosas que le había oído y estimábale en tanto que en su comparación se tenía por niña en la virtud. Y solía decir que estaría ella en un rincón detrás de la puerta del cielo con los párvulos bautizados, y cuando su padre entrase en el cielo con grande gloria y acompañamiento a lugar muy alto, al verla tan bajo había de decirle: *«Ahí te quedaste, vieja harona?»*.

Pero aunque nuestra venerable sentía tan bajamente de sí era muy grande a los ojos de Dios y de su confesor, el cual, aunque la mortificaba y humillaba, tenía de ella muy grande estimación y así conocedor del afecto y devoción de Maridíaz al Santísimo Sacramento, le concedió que comulgase más a menudo por lo que, al mismo tiempo que la puso en ocasión de granjearse ricos

tesoros de gracias al acercarse a la fuente de toda santidad, dió testimonio del aprecio singular que hacía de su santidad extraordinaria.

CAPITULO XI

De una conferencia espiritual y muy provechosa que nuestra Venerable Madre tuvo con el Santo P. Baltasar Alvarez

Mucho fué el amor y respeto que nuestra Maridíaz profesó siempre al P. Alvarez; reconocía en él tantos dones de Dios que la obligaban a sufrir con gusto y hasta estimar la aspereza con que la trataba, pues conocía que este punto era el P. Baltasar de la condición de Dios, que, como dice S. Agustín, con el hijo que más ama se muestra más áspero; era tal empero la estimación que a tan santo confesor le merecía la virtud y santidad de su hija espiritual que parece no tenía otro ejemplo que proponer a los novicios de la Compañía, siendo después maestro de ellos, que las virtudes, los ejercicios santos de nuestra María Díaz para que la imitasen principalmente en la obediencia y conformidad con la voluntad de Dios y sus superiores.

Como el P. Baltasar Alvarez haciendo una plática a sus novicios, entre los que se hallaba el P. Luis de la Puente, biógrafo después de su santo maestro, les relatará una conferencia espiritual que estando en Avila había tenido con nuestra María Díaz, sobre el bien tan grande que se originaba del padecer y sufrir trabajos por Dios, parecióle bien al P. Luis ponerla en la vida de su maestro, por ser, dice, una cosa de mucho consuelo, y como de la doctrina de esta conferencia se manifiestat

y declara más la virtud de Maridíaz, porque cuanto en ella habló fue de propia experiencia, he querido copiarla también aquí:

»Entre otras cosas, dice, pues, el P. Luis de la Puente, nos dijo una conferencia que había tenido con la madre Maridíaz sobre cinco fuentes que había de padecer sin culpa propia, las cuales juntamente eran fuentes de grandes merecimientos para los que sabían aprovecharse bien de ellas con la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios que las envía, y habiendo hecho reflexión para acordarme bien de ellas, dice el P. La Puente, me parece que eran estas cinco.

La primera es sufrir las injurias de los tiempos, cuando hay excesivos frios o calores, humedades o sequedades y otras terribles tempestades de truenos, vientos y terremotos, gustando de todo porque Dios lo quiere, y a este propósito nos contó que como en Avila hiciese muy crudos frios y ella lo sintiese mucho, por andar mal vestida y mal calzada y tener aposento poco abrigado, estando un día delante del Santísimo Sacramento temblando y quejándose del riguroso frío que hacía, la dijo nuestro Señor: «*Hágalo yo y quéjaste tu*». Dándole a entender (como ponderaba mucho el P. Baltasar) que basta la consideración de que los trabajos vienen por voluntad de Dios, para que todos se acepten sin queja y con mucho consuelo, conforme a lo que dijo David, (Salmo 38 V. 10); «*Enmudecí, porque tu lo hiciste*».

La segunda fuente es sufrir las molestias e incomodidades del cuerpo de donde quiera que procedan, ora sean de humores demasiados, como son las enfermedades, dolores, achaques, melancolías, tristezas y tédios, ora de las necesidades a que todos estamos sujetos, como son hambre, sed, sueño, cansancio y fatiga, o pobreza y falta de las cosas necesarias, en la comida, vestido, casa y cama, ora de otras criaturas que por mil modos

nos afligen, pues hasta los mosquitos y pulgas y otras sabandijas nos persiguen y en todo esto se ha de mostrar la paciencia, mirándolo como cosa que viene por la divina Providencia o en castigo de culpas o para ejercicio de virtudes o por otros fines que no alcanzamos.

La tercera fuente es sufrir las condiciones ajenas que son contrarias o muy diferentes de la nuestra, por ser fuerza tratar con otros que son o muy coléricos y ceñudos, o muy fiemáticos y espaciosos, o con otros malos siniestros, o complexiones que afligen mucho a quien tiene lo contrario; y en esto tienen mucho que sufrir los señores a los criados y los criados a los señores y los Religiosos y todos los que viven en Comunidad, donde hay muchos de encontradas condiciones permitiéndolo Nuestro Señor para prueba de los escogidos. A así, nos decía el P. Baltasar que no hay virtud perfecta si no es probada con prójimos en estas y otras ocasiones.

La cuarta fuente es sufrir las deshonras, desprecios y daños que se nos recrecen por los que padecen las personas que nos tocan, pues es cosa cierta que la fama de un pariente muy cercano o de un gran amigo redunda en infamia de los demás de su parentela, y en las Religiones es esto más ordinario, porque el delito o infamia de uno es causa de que los demás queden notados y manchados, porque el vulgo ignorante piensa que los demás son como aquel cuya culpa o infamia saben; sufrir, pues, los que no tienen culpa estas deshonras con paciencia y humildad es fuente de grandes merecimientos y el P. Baltasar nos decía que todo esto era bocado de pulpa sin mezcla de hueso, por estar libre de culpa propia.

La quinta fuente era sufrir las aflicciones del espíritu en el divino servicio que suelen ser muy penosas, sin poder muchas veces nosotros remediarlas, como son se-

quedades, distracciones, escuridades, desmayos, escrúpulos y varios géneros de tentaciones del demonio con representaciones horrendas que atormentan el alma. Pero todas vienen registradas por la Providencia de Dios, por cuya voluntad han de ser sufridas, mientras no podemos quitarlas, y a esta fuente reduce sufrir bien las pruebas que hacen los confesores y ministros de Dios y los prelados para examinar o perfeccionar la virtud de los que son gobernados por ellos.

Estas son las cinco fuentes de padecer de las cuales se aprovecharon mucho los dos que conferían sobre ellas y la madre Maridíaz hablaba de experiencia por las grandes ansias de padecer que el Señor la había dado ejercitándola con larga mano en las cinco cosas referidas.

CAPITULO XII

Lo que hizo Nuestra V. Maridíaz en S. Millan.
—De la ereccion del Colegio de Sacerdotes
en él

Viendo nuestra Maridíaz que al P. Alvarez no le gustaba que saliera y perdiera el tiempo en visitas, aunque éstas eran a personas espirituales, y que era más perfecto vacar a Dios en la oración, ella que aspiraba a ejercitarse en lo más perfecto guardó más estrecha clausura y, si es cierto que en los cinco primeros años salía a San Gil a confesarse y comulgar, después fué tal su encerramiento que, como dice el P. Julián de Avila: *«teniendo ella a dos pasos un corredor de muy lindo sol, ni por un punto la ví salir a tomar un credo de sol, sinó que con un tesón se estaba delante del Santísimo Sacramento que daba bien a entender tener dentro de sí otro mayor*

sol, y por mejor decir, que tenía en su alma al Señor que crió el sol y la daba tanto calor espiritual que no había menester salir a tomar calor material.»

No puede explicarse con palabras lo que gozó al verse retirada y a solas con su Dios en San Millán. Alma tan devota del Santísimo Sacramento, al tenerle siempre presente, pues se decía misa de fundación y muchos santos sacerdotes venían a San Millán para que la madre Maridíaz oyera más misas, (cosa de que, como hemos visto, gustó siempre tanto) con esto se creía feliz y pagada de tantos trabajos como antes pasara

Ana Reyes afirma haberle oído decir: «Yo os prometo, Señor, que si me dais Misa de no salir de aquí hasta el día del Juicio».

Quiso Dios que se lograra su deseo, porque después de que «l'a se lo pidió muy encarecidamente al Señor y trabajó con los Sacerdotes que tanto la estimaban e hizo que el P. M.^o Juan de Avila escribiera a D. Alvaro de Mendoza para que en San Millán se erigiera un colegio de clérigos donde se formaran más y más en ciencia y virtud, el año 1568 quedó en San Millán erigido tal colegio.

Los colegiales eran ya sacerdotes y aunque en San Millán continuaban sus estudios les dió licencias el señor Obispo para poder administrar los Sacramentos; por eso eran muchas las misas que celebraban y oía nuestra Maridíaz.

Aunque su confesor ordinario era el P. Baltasar Alvarez y después lo fué el P. Luis Muñoz, de ordinario se reconciliaba con uno de los colegiales, con el que después de serlo y hacer de Rector de San Millán, fué padre de la Compañía, Gonzalo Pérez, como él nos dirá después.

Sin salir por tanto de San Millán, en sus últimos años comulgaba con tales ansias y fervorosos deseos, que con

ser algo larga y penosa la escalera por donde se bajaba de la tribuna a la iglesia y ser nuestra Maridíaz de 70 años, dice la sierva de Dios Ana Reyes, la bajaba con tal presteza y aliento que parecía que volaba. En este tiempo, pues, se procuró adelantar más en el trato y comunicación con Dios, reconocida a las mercedes que la hacía y al cuidado que tenía de socorrerla en todas sus necesidades así corporales como espirituales.

No podía sufrir el demonio tanta santidad y perfección como veía en la sierva de Dios y como era vencido por una mujer flaca y humilde, y así parece que empleó todas sus fuerzas para hacer que Maridíaz desistiese de sus propósitos santos.

Mas como fueron tantas sus virtudes y a estos últimos años principalmente se refieren las testificaciones de la Información, quiero, aunque sea de ligera, reseñarlas.

CAPÍTULO XIII

Virtudes que más brillaron en esta Sierva de Dios, en los últimos años de su vida principalmente

Si el temor de Dios y aborrecimiento del pecado es el principio de la sabiduría y este aborrecimiento se manifiesta por señales exteriores tomando venganza del cuerpo, como instrumento que fué de las ofensas hechas a Dios, la cual se hace por la penitencia y maltratamiento propio, por esta razón empieza el P. Torres a tratar de la penitencia de nuestra Maridíaz.

Ahora, bien; si no hay otros caminos para ir al cielo que el de la inocencia o de la penitencia, a los que perdimos el primero, no nos resta sino el último. Aprenda-

mos, pues, a practicarla con el alto ejemplo de nuestra Venerable.

Era tal que admiraba a cuantos la conocieron y lo que debe admirarnos más es que el penitente y austero. San Pedro de Alcántara tuviera tan alto concepto de la de Maridíaz que la llamaba «la virgen y santa penitente».

Dice de ella Ana Reyes: (1) *Y que la forma y manera de vivir que tuvo en la dicha iglesia fue de mucha mortificación y penitencia en el vestir, comida y cama. porque no tenía sino una manta y tarima y un corcho y un escabelejo a que se arrimaba y dos almohadas de estrado que la habían dado de limosna y con ser los fríos de Avila muy rigurosos, nunca mudó otra manera de cama ni abrigo della!* (2) «Que aun al sol no quería salir, y decía ella que por dar más a Dios como padecía tanto frío, que entiende esta testigo que usaba de cilicio y disciplina a la cual llamaba «conserva», que no supo trujese cadena pegada a las carnes pero que toda su vida era una continua penitencia de mucha aspereza, tanto que solía descir, cuando le preguntaban si se quería morir decía que no, y que de flojos y bobos era quererse morir, porque si ella hubiera de gozar a Dios por tiempo, ella se quisiera morir, pero que habiéndole gozar por eternidad no quería sino padecer y pegado el cuero con el queso estar en el estradillo.»

Y el P. Julián de Avila: (3) «y vió y supo como la dicha Madre Maridíaz estaba mal vestida y desabrigada y no traía camisa, todo por la proveza y santidad, ni tenía cama y dormía sobre un corcho expuesta al frío que en Avila suele hacer y hace en invierno muy riguroso y que para defenderse del es menester buen vestido».

(1) Contestación a la IV pregunta del Interrogatorio.

(2) Id. a la VIII, Ana Reyes.

(3) Pregunta II.

buena cama y buen aposento y esto ayudado con lumbre y con todo el dicho desabrigo (dice este testigo) que muchas mañanas de mucho velo y frialdad y el sol a dos pasos en un conedor nunca vió ni supo que saliese a tomar el sol!.

Y Luis Vazquez añade que solía decir nuestra Mari-díaz a este propósito «Mientras yo pudiere doblar y mover mi brazo, no ha de faltar a mi cuerpo castigo».

De esta virtud escribe Juan de Marieta

«La virtud que se llama penitencia
en bien hercico grado poseía

pidiendo al confesor siempre licencia

no digo del cilicio que traía,

canas, cadenas, sogas trabajosas

ni del disciplinarse cada día,

que aquestas, como son comunes cosas,

no hay para que contarlas a menudo,

pues tuvo otras sin estas más penosas,

¿No fué harta penitencia en cuanto pudo

negar su voluntad con fuerte pecho

que es un dolor más denso y más agudo,

y aunque parece fácil este hecho,

es el más triste, amargo y duro trago

el paso más sin paso y más estrecho?.

No es tanto de su sangre hacer un lago

comiendo yerbas y la hiel bebiendo

cuanto es en su querer hacer estrago,

el no querer lo que uno esta queriendo,

amar la muerte, aborrecer la vida,

y andarse en cuanto gusta persiguiendo

es una penitencia tan subida

que muchos dan sus cuerpos al tormento

mas no su voluntad que es mas querida».

Al contrario de lo que sucede en estas cosas ordinarias que para realizar acciones grandes y heroicas es

necesario emprenderlas con ánimo esforzado y valeroso (porque los que tienen temor suelen ser en el mundo cobardes) en el camino del cielo el más esforzado y alentado es el que tiene siempre delante de los ojos el temor santo de Dios.

Aunque nuestra Maridíaz estaba tan adornada de virtudes ejercitándose en altísima contemplación y sin dejar, como vimos, la penitencia, nunca se aseguraba, antes como afirma el P. Torres, vivía con un grande y reverencial temor de Dios, y cuando el Señor la favorecía en la oración comunicándole altísimos conocimientos de las cosas del cielo, temblaba después de temor confesando de sí con copiosas lágrimas que era una mujer miserable y que cada momento se descomponía y faltaba en los deseos y obras de agradar a Dios y así repetía muchas veces: «Plegue a Dios me salve yo» viviendo siempre con este temor santo.

Visitóla un día San Pedro de Alcántara y después de confesarle con muchas lágrimas sus faltas le preguntó muy afligida: «Padre, salvarme ¿eh?. El siervo de Dios la consoló asegurándole de parte de Dios la salvación. Así lo afirma el P. Torres, que lo sabía, pues fué confesor también de nuestra Madre.

Hizo voto de no pecar venialmente conociéndolo y decía temía mucho a Dios porque era gran Señor y que por ningún género de tormento quisiera haber caído en una culpa venial.

A personas santas que la comunicaban y trataban preguntó una vez si sería imperfección tener una gatilla que la acompañaba. Reprendiendo a un muchacho le dijo: «No seas mentiroso» y no se aquietó y consoló hasta que con hartas lágrimas confesó su culpa por parecerla, dice el P. Torres, haberle desagradado a Dios y hecho agravio a este rapaz.

Ana Reyes dice: «que conoció en la dicha Madre Ma-

ridíaz un grande temor de Dios y gran recato de no ofenderle» y que jamás la experimentó escrupulosa sino recatada y con grande confianza de su salvación» (IX pregunta).

Y el P. Gonzalo Pérez en la II pregunta *«Esto la causaba derramar muchas lágrimas por sus pecados y tantas que una persona movida de caridad fue a la botica a buscar remedios medicinales para que no perdiese la vista del todo, la cual tenía muy flaca de llorar, y llegaba su sentimiento a tanto extremo que un su confesor (aunque era harto severo y riguroso) la dijo: mirad, no os haga daño a la salud corporal tanta atlicción y pena como tenéis».*

Para ver que lejos de ser escrupulosa remediaba a los que de escrúpulos padecían, termino con el relato del siguiente caso que tomo del P. Torres.

Vino a ella un religioso afligido de lo mucho que le atormentaba el temor de si no rezaba bien el Oficio Divino. ¿Que haré, madre, dijo a nuestra Maridíaz para defenderme de una pesada contienda que perpétuamente traigo conmigo sobre si recé o no recé, si dije o pronuncié bien, o si no tuve atención? Respondióle Maridíaz con singular gracia y razón: «No haga caso, Padre mío, de esa tentación; antes diga al demonio con gran valor: «que por mas mal rezado que haya rezado el salmo o verso, que no le rezará él mejor». Y con esto tranquilizó su espíritu. Era, pues, grande su temor y no servil sino filial y reverencial de ofender a Dios a quien tanto amaba.

De su temor santo a Dios, dice Juan de Marieta.

Temía tanto a Dios que habiendo sido cual vemos, me decía: ¡hay cuanto temo lo mucho que al Señor tengo ofendido! y así la que volaba a vela y remo, hablando en este punto se encallaba,

como si muerte diera el golpe extremo.

.....

Así como a la rémora que traba
del corvo sagro del veloz navío
y entre las ondas le detiene y clava,
ni más ni menos cuando en el vacío
tocaba del temor, se detenía
cubierta de un temor helado y frío.

CAPÍTULO XIV

De la tierna devoción y afecto que tuvo al Santísimo Sacramento y de los favores que recibió de Dios mediante este Pan de Angeles

Admirable se mostró Dios en la vida toda de nuestra Maridíaz, pero donde parece quiso de una manera especial su Divina Majestad dar a conocer al mundo el amor que a su fiel esposa tenía fue en los favores y misericordias que mediante el Santísimo Sacramento del Altar la hizo.

Si dice David que a los que le temen, da Dios el manjar eucarístico para memoria de sus maravillas, con el santo temor de nuestra Venerable, ¿cual no sería el gusto de tan sabroso manjar? Si solo pueden participar y lograr los deleites y regalos de la Eucaristía, dicen los santos, los reyes, esto es, los que logran mediante la penitencia y mortificación ser dueños de sí, después de alcanzar plena victoria de sus propias pasiones, ¿qué diremos de nuestra Maridíaz tan mortificada y paciente como dicho queda atrás?

Que en ella se manifestó de un modo especial la gran promesa de Cristo y que por culpa nuestra no llega a cumplirse, de que: «Quien se alimente de El Sacramento vivirá por El; vivirá su vida, se divinizará, en cuanto

cabe, hasta poder decir con S. Pablo: «Vivo yo; ya no yo, sino que Cristo vive en mí.»

Parece que desde que amaneció en ella el uso de la razón no participó de otra luz que la que este sol divino la comunicaba; por eso la vimos en su tierna edad poner todos sus encantos, sus entretenimientos y descanso en estarse junto a Jesús Sacramentado y pasarse la mayor parte del día en la Iglesia.

Con la edad creció su devoción eucarística y Dios en pago le comunicó un altísimo grado de oración según sus confesores afirman; en Jesús Sacramentado buscó y halló consuelo en todas sus tribulaciones y así vimos como el Señor fue servido librarla de su esposo; su ardiente devoción a la Eucaristía la llevaba a comulgar en su misma aldea con extraordinaria frecuencia, dada la tibieza de aquellos tiempos en que tan rehacios se encontraban los hombres para dar y recibir la Comunión; el amor al Sacramento le sacó de su patria en busca del Amado que la brindaba más retiro y perfección, mas vida eucarística; éste la llevó a penitencias tan ásperas, y que ella, como dice Julian de Avila, llevaba con gusto porque la disponían a recibir a Jesús Sacramentado; fué tal su devoción y especial afecto a Jesús en el Altar no solo el tiempo que vivió en S. Millán sino en todo el que en Avila pasó, «que la razón de ser tan alabada y conocida su virtud, afirma dicho testigo, fue por ver todos la devoción y asistencia que tenía a este Señor Sacramentado».

El amor que a este Sacramento tenía era tan fervoroso que solía decir, y así lo afirma su confesor el Padre Torres, que en Cristo debajo de las especies y accidentes de pan «pensaba velando y soñaba durmiendo.»

Aconteció estando ella en San Millán en uno de los cinco primeros años, que hubo en Avila cesación A DIVINIS y no se podía por el entredicho oír Misa en toda

la ciudad. Maridíaz se fué a San Pedro de Linares, pueblecillo que distaba unos tres kilómetros de la población, con suma ligereza a pesar de sus casi 70 años para no quedarse sin oír Misa. Era grande su sentimiento al considerar por el camino que no podría comulgar por no haber avisado que el celebrante tuviera formas de comunión preparadas, cuando vió a un gran siervo de Dios que en la misma dirección caminaba y al ver a nuestra Venerable dijo con mucho gozo: «Todos, madre, venimos a una misma cosa, que es a oír Misa, y sepa más: que con el favor de Dios entiendo comulgar y porque no falten formas traigo dos y creo su Divina Majestad lo ha dispuesto para que Vuesa Merced también comulgue».

Gozosa dióle las gracias a su buen Dios que así cuidaba de su Sierva y vuelta a su fiel acompañante le dijo: «Sabed, señor, que yo sentía mucho el no poder comulgar; mas viendo esto era imposible, me contentaba con oír Misa; traía a la memoria para mi consuelo, que los amantes del mundo padecen por las personas que quieren bien; cómo velan de noche y pasean las calles sin dormir ni reposar, sufriendo las incomodidades de los tiempos, los frios y nieves de los inviernos, los soles y calores de los veranos, y si acaso ven solo a la persona que aman, con aquello se contentan y dan todo su trabajo por bien empleado: y pues esto hacen los aficionados al polvo y basura, cuanto más razón era que yo no tuviese en nada el cansancio del camino por ver a mi Dios, aunque no le recibiese en mis entrañas».

Con estas ansias se iba encendiendo por el camino esta sierva de Dios y comunicando estos fervores a su buen acompañante.

Esto dice el P. Torres, el cual añade que pasa en silencio el aumento tan grande de gracia y de todas las virtudes que en el Sacramento recibía, solo diré, añade,

que, como asegura el P. Luis de la Puente, veía en la Hostia un mancebo de extremada hermosura, y el P. Julián de Avila en el testimonio que prestó, ya que el informe original que tengo a la vista le transcribiré después: (1) «muchas veces le dijo ella, que cuando veía alzar el cáliz en la Misa, veía en él una cosa que ella no sabía llamarla otro nombre, sino una cosa tan grande y de tanta consolación suya, que este testigo siempre entendió que era una cosa sobrenatural».

Y Ana Reyes: (2) Y también la tenía (oración) muy particular en el misterio del Santísimo Sacramento del altar con el cual tenía tan viva fé que solía decir que si le pusieran una hostia consagrada y otra por consagrar conociera cual era la consagrada porque veía en ella un enchimiento muy grande», «y que sabe que era ternísimo y devotísimo el afecto que tenía al Santísimo Sacramento».

Bartolomé Díaz de Luxán responde (3) «y que siempre estaba delante del Santísimo Sacramento en oración, y también se decía según común sentir de todos que la tenía también toda la noche». Al concederla un año antes de morir la comunión diaria (pues antes la tomaba solo tres o cuatro veces a la semana) llena de contento, como atestigua su último confesor el después padre Gonzálo Pérez: «Decía que como la quedaba ya poca vida al cuerpo se le iba acercando más la vida al alma recibiendo el Santísimo Sacramento tan amenudo y así con el pan de cada día recibiría acrecentamiento de gracia y se hallaría más dispuesta y pronta para la obediencia», «y que estaría cerca del Santísimo Sacramento, con el cual eran sus dares y tomares (como ella decía)», «que las quería haber un poco con su vecino (que así solía llamar al Santísimo Sacramento)».

(1) Julián, pregunta II,

(2) Ana Reyes, pregunta IV.

(3) Bartolomé IV p.

Gil González Dávila en su «Theatro Eclesiástico» dice: Era devotísima del Santísimo Sacramento del altar; hablaba de El altamente; las noches se le pasaban como enamorada a lo divino en la consideración de los altos misterios que en sí encierra, y si alguna persona (que eran muchas) le pedía que le encomendase a Dios, respondía con una llaneza santa: «yo se lo suplicaré a mi buen vecino», así llamaba al Sanctísimo Sacramento del altar. El Dr. Miguel González Vaquero en la «Mujer fuerte»; era muy aventajada y no menos en la devoción del Santísimo Sacramento, que como le tenía allí le llamaba el vecino. «El P. Luis de la Puente en la vida del P. Baltasar Alvarez; asistiendo siempre delante del Santísimo Sacramento de quien era devotísima».

Mucho más podríamos decir de esta su especial devoción que se irá viendo al tratar de otras virtudes, porque querer decir en este Capítulo lo que constituye el secreto y fuente y centro de vida tan larga y santa es imposible.

Permítasenos antes de terminar este ya largo Capítulo reseñar otras cosas de gran consuelo y edificación que trae Luis Vázquez en su biografía y que como llevamos dicho repetidas veces, toma del P. Torres su confesor, quien demuestra estar bien enterado de la vida y virtudes de nuestra Maridíaz.

Cuando el sacerdote partía la Hostia decía que entre las hendiduras le parecía ver a Dios entero, y tratando de este misterio con el célebre teólogo dominico, M.^o Domingo Báñez afirmándole ella lo que en él veía y admirándose el P. Báñez le dijo con una santa sencillez; «*Por cierto, padre, que pensé yó vian esto todos los demás*». Cuando el sacerdote consagraba el cáliz dice el P. Luis de la Puente, veía en él la sangre de Iesucristo roja y vaheando».

Esto mismo afirma el que era en 1620 Obispo de si-

güenza, aunque en el tiempo de que tratamos era Canónico en Avila, en una carta que consta en el proceso; «oi decir a un confesor suyo de la Compañía de Jesús que se llamaba el P. Torres, que había visto esta santa alzando el caliz en la misa vahear la sangre del Señor allí; como si la acabaran de echar caliente en el caliz y que decía la santa *passito*: «*A mi no, Señor, sino a esos moros de Granada*», pues que entences se levantaron los moriscos.

Otras veces le parecía ver el cáliz lleno de una gloria admirable; y otras considerando a Cristo en cualquier partícula de la hostia le decía con amoroso afecto: *¿Mi alma, ahí cabéis?*

Vió en una ocasión desde su tribuna comulgar a cierta persona y al tiempo que recibió al cuerpo de Cristo exclamó: «Mas qué gran labor harán, Dios mío, si hallais aparejo y disposición». Preguntáronle en otra ocasión a Maridíaz si se arrobaba al tiempo de comulgar y respondió: «Yo bien sé no me canso, mas también sé si recibo a Dios».

Después de la comunión estaba tan endiosada y llena del Señor que había recibido que no sufría su fervor el dar gracias a este Señor allá quedó en lo interior de su corazón, sino que dando voces y tratando a su Majestad con gran familiaridad le llamaba. «Mi bien, mi dueño. mi esposo, mi gran Dios y Señor» y otros renombres que muchas personas que esto sabían procuraban acercarse a esta sierva de Dios en acabando de comulgar para oirla los amorosos coloquios y santas y devotas palabras con que hablaba con Dios, y quedando cuantos la oían admirados del incendio amoroso que este Santísimo Sacramento levantaba en el alma de esta su sierva y esposa.

A veces acabando de comulgar y hablando consigo misma decía: «¿Cómo no revientas, cuerpo con tanta Ma-

jestad?, otras dirigiéndose al Señor le decía:» Señor, tenéis más allá que me deis, dando a entender con esta amorosa pregunta el don tan soberano de dárseos todo Dios en este Misterio Augusto,

Cuando un año antes de morir el P. Luis Muñoz, Jesuíta, que era su confesor la permitió comulgase cada día, cuando vino a S. Millán a comunicarla tan fausta noticia, nuestra Maridíaz exclamó: «A mí, Padre, que me está diciendo el corazón que me trae alguna cosa muy buena, bien lo sé y bien lo veo».

Tan encendidos eran los deseos que tenía de recibir a su Dueño que las noches aún de verano se le hacían largas, esperando llegase el día para poder recibir en sus entrañas a su esposo y Señor; siendo tan amante suya y deseando tanto estar continuamente en su presencia que el tiempo mismo que gastaba en comer, le era penoso por no poder estar entonces devota y reverente delante de este Señor Sacramentado: cuando en la Iglesia estaba procuraba estar cerca del Santísimo y decía que si le fuera permitido no descansara hasta unirse y llegar a la custodia no habiendo para ella otro descanso y contento sino estar con este Señor que era el centro de todos sus deseos. Y es que, como dice S. Basilio, concluye el P. Torres; para el alma santa que vive en incendios amorosos de su Dios no hay otro descanso ni reconoce otro amparo que a este Señor Sacramentado.

Lo que sí haremos es copiar el undécimo canto del P. Juan de Marieta que trata todo de esta su especialísima devoción.

UNDECIMO CANTICO

De la suma devoción con el Santo Sacramento y de lo que allí veía.

Al tiempo deseado soy venido
de mostrar la raíz y fundamento

por donde vino a ser lo que es y ha sido;
aqueste fué el Divino Sacramento
al cual todas las veces que venía
cobraba el alma vida, el cuerpo aliento.

No habrá dulzura, amor, gusto, alegría,
entre dos muy amantes que se igualen
con el que comulgando ella tenía;
si aquel si sale ya más, si no sale
le da tormento della, se le daba
lo que es tanto mejor cuanto más vale;
un día por mil años estimaba,
mil años por gozarle se estuviera;
mirad su tanto amor a dó llegaba

Mirad la suma angustia en que se viera
la mujer de Tobias esperando,
cuando su amado hijo estaba afuera,
mirad como le estaba deseando
y con desear más, el deseo
se iba cada rato acrecentando;
al hijo, lamentaba; «no te veo,
no te veo, mi bien, le dice y llora,
sin ti, mi bien, no es bien lo que poseo»,
pues no menos a nuestra labradora
el tiempo más que largo parecía
haciéndosele un año cada hora;
al fin, cuando llegaba el claro día
y el punto de gustar del pan de vida
de puro sentimiento no sentía.

De aquesto tuvo fe tan encendida
que por pagarla a Dios la fué mostrando
la gloria en que allí estaba escondida.
Veo, decía, en el caliz vaheando
la sangre, y en la hostia un muy hermoso
mancebo, más que el cielo relumbrando.
Quedóle un corazón tan deseoso

desde que así le vió por conversarle
[que nunca más sin El tuvo reposo;
al tiempo de comer iba a llamarle
que fuera de su mesa convidado
pues El la convidaba a desearle;
llamábale; mi bien, mi enamorado
gran Dios y en este nombre se pasmaba,
de todo descuidada en tal cuidado.
¡Oh cuántas veces El la visitaba
con un refresco tal cual convenía
a quien con tanto amor le deseaba!
¡Oh cuantas veces ella le tenía
y estaba de su amor tan abrasada
que viéndole, pensaba que no vía!
De cierto religioso fué rogada
le dijese que vía, pero ella
por ser de sus secretos informada
«veo, dijo, un galán, cosa más bella
que está la luna en todo su creciente,
y más que el sol, lucero y cada estrella».
De aquí tenía el deseo tan ferviente,
que el día que no había comulgado
paresce se moría de repente.

CAPÍTULO XV

De la caridad y amor de Dios de nuestra Venerable

Decía el P. Gonzalo Pérez hablando de esto: (1) «En sus acciones de mortificación y palabras sentía tener

(1) Segunda Pregunta.

echadas muy hondas raíces en el amor de Dios, abrazando las dos cosas que para la perfecta cristiandad se requieren: un encendido amor al sumo bién, que es Dios y grande aborrecimiento al pecado, de Dios hasta lo último de su vida en hablándola de Cristo Nuestro Señor y cosas que es sumo mal y ofensa suya, «en aquel punto rompía en una risa y en unos apacibles júbilos que mostraban bien lo que dentro en su corazón ardía, sin jamás faltar»; «deseaba sumamente que la hiciesen pedazos sin quedarla cosa sana en su cuerpo por amor de Dios»; «si se le iba alguna persona de la ciudad que mucho amaba como el Obispo o confesor, decía luego: *Bendito seas Vos. bien mío, que no os podéis ir*»; y puesta delante el santísimo Sacramento decía: «*Quedaos, Vos Señor, y váyanse todos*». Ana Reyes contesta a la pregunta XI: «que conoció en la dicha madre Maridíaz tan grande amor de Dios que le parece que si se le ofreciera hacerla pedazos por Dios lo tuviera por mucha ventura, porque era amiguísima de padecer por Dios. (1) El P. Gonzalo Dávila continúa: «y en cuanto a la caridad fué también insigne mente señalada de Dios, nuestro Señor, porque se vía en ella un amor a Dios, nuestro Señor, intensísimo y tiernísimo con singular y extraordinario afecto y estima de su bondad y grandeza; que en alguna manera parecía amar a Dios, nuestro Señor, y aun en mucha manera, con la intensión y ternura de amor que la más amorosa madre del mundo ama a su hijo, y en esta materia le parece a este testigo que todo lo que se dijere no será encarecimiento».

Ya vimos cómo el amor de Dios la llevó siempre a tenerle con amor filial para jamás ofenderle; como ese mismo amor, le daba fuerzas para someter a fuerza de terribles penitencias la carne al espíritu y este a Dios;

(1) Contestación a la 5.ª pregunta,

veamos pruebas positivas de este amor tierno, dulce e intensísimo, como dicen los testigos todos en las informaciones, siguiendo no a estos, porque sería muy pesado, sino al P. Torres a quien extractamos.

Si Dios es amigo de que se le ame con todo el corazón y no gusta de corazones partidos, como sucede siempre que el afecto a personas o cosas es desordenado y excesivo, bien se deja entender que la que ponía acíbar en todos sus gustos, y era la Santa Evangélica, en frase de S. Pedro de Alcántara y tan despegada tenía su voluntad de todo, aleccionada por el P. Alvarez, tenía todo su corazón puesto en Dios.

Cierta religiosa, muy sierva de Dios, a quien su docto y espiritual confesor para desprender su corazón de todo afecto particular me contó, dice el P. Torres, cómo su confesor la animaba con el ejemplo de nuestra Maridíaz, la cual, cuando vivía en su casita con una niña que criaba por amor de Dios le pareció tener mucho afecto a una arquilla pequeña que había y dijo: *Mucho me embaraza esta arca; vaya fuera de casa, que no quiero cosa que me estorbe a amar a Dios*», y que respondiéndole la muchacha: Madre, ¿que estorbo la puede causar una alhaja tan pobre y tan necesaria? la respondió: «*No me seáis también estorbo para mis intentos, que saldreis fuera de casa*».

Había, dice el P. Gonzalo Pérez, una persona en Avila que decía estar deseosa de su salvación, la cual tenía mucha hacienda y como se quejase de hallarse muy tibia y falta en el amor de Dios, al contárselo a nuestra Maridíaz, respondió: «*No me maravillo yo mucho deso, porque quien tiene tanta hacienda como esa persona y amor a ella, no es mucho que ande tibio en el amor de Dios*».

Envióla una vez el M.^o Daza un regalito envuelto en una servilleta pobre con ánimo de que se quedara tam-

bién con ella; Maridíaz la devolvió y al preguntarle por que así lo hicieran, ésta respondió señalando el pecho: «*Para deciros la verdad, no me cabia acá ni había lugar vacío donde cupiese*».

Mandóle una vez D.^a María de Mendoza un manto para que pudiera salir, en vez de uno muy viejo y mantellina que ella a tal efecto usaba; a instancias del M.^o Daza le admitió, pero al día siguiente, al venir el M.^o a S. Millán a decir Misa, le avisó dijera a la hermana del Sr. Obispo que ya no le quería. Quejóse él, por haber dado palabra de aceptación y ella con gran valor le respondió: «*Señor, yo vi anoche a Cristo, mi bien, desnudo y pobre en una cruz; y yo con manto? No lo permitáis por vuestra pasión*», dijo vuelta al Señor.

Santa Teresa de Jesús escribió a D.^a Leonor de la Misericordia y la animaba con el ejemplo admirable de nuestra Maridíaz: «Me he acordado de una santa que conocí en Avila, que cierto se entiende lo fué su vida de tal; habíalo dado por Dios cuanto tenía, y habíala quedado una manta vieja con que se cubrir y dióla también luego Dios un tiempo de gravísimos trabajos interiores y sequedades y después quejábase mucho y decía: «*Donoso sois, Señor: ¿y después que me habeis dejado sin nada os me vais?*»

Mucho es, prosigue el P. Torres, lo que en esta parte se puede decir, porque aparte de los éxtasis que tuvo y que sólo por mayor se sabe que fueron muchos, sobre todo al recibir el Santísimo Sacramento, pues entonces era muy ordinario quedar arrobada, gozaba muchísimo y se derretía en amores en los dulces coloquios con su Dios, al asistir día y noche delante del Santísimo Sacramento, que sin duda fueron admirables, porque estaba tan bien dispuesto el corazón de esta sierva de Dios, que con cualquier centella, por pequeña que fuese, se encendía una llama ardiente del amor divino; de ahí que al

hablarla de su Dios, como antes dijimos, sonreía y se alegraba; por su amor deseaba la hiciesen pedazos y sólo sentía la ausencia de su amado cuando a sus ojos se ocultaba. A veces le decía con santa sencillez: *«¿Qué os daré yo, Señor, habiéndome Vos dado tanto y usado conmigo de tantas misericordias?, os daré mi alma y mi corazón para que todo se emplee en amaros y servirlos»*.

Y era tan fervoroso y fino este amor que la hacía olvidar las penas del infierno, y así el motivo de sus temores de ofender a Dios no era lo que ella con eso perdiera sino el considerar que el pecado es ofensa de un tan soberano Señor. Fué en cierta ocasión a verla D. Alvaro de Mendoza acompañado de otras graves y doctas personas, entre ellas el M.^o Daza, y movieron en el camino la cuestión de: si Dios podía tener en el infierno un alma que estuviese unida con El mediante el amor y caridad. Después de oír el parecer de tan doctos letrados, el Señor Obispo, que sabía por experiencia de la sabiduría celestial que brillaba en nuestra Venerable, les dijo: Ahora entremos en la Iglesia y consultemos a ver lo que en esta parte dice María Díaz. Hicieronlo así y respondió la sierva de Dios: que muy bien podía estar un alma santa y amiga de Dios en el infierno, y, que si tal fuese la voluntad divina, ella por hacer la de su Dios estaría en el infierno aun por tiempo eterno, si fuese necesario, no perdiendo punto de su amor y caridad a Dios.

A esto Francisco de Salcedo, que acertó a estar allí, aplicó a la mano de Maridíaz el ascua de un brasero (era en el invierno) y la repuso: No debeis de saber, madre, como quema el fuego; experimentad éste que es una sombra del eterno; a lo que respondió ella dejando a todos admirados: *«A dónde se sufre que estando yo con fuego y amor de Dios me pueda quemar el del infierno, estando en él sin culpa mía, solo porque es voluntad de Dios?»*

Manifestaba bien a las claras este amor en los nombres y particulares títulos que agradecida a los favores del Señor le daba. *Llamábale mi buen vecino, mi huésped, mi amigo, mi bien, mi alma, mi dador manirroto que todo os comunicáis al hombre*». Al Hijo de Dios le decía: «*mayorazgo del cielo*» y era muy corriente en ella repetir muchas veces: «*Padre Eterno, Padre Eterno*» de clarando así los incendios amorosos que abrasaban su corazón.

Si algo pedía que su Divina Majestad no le otorgaba, solía decir con gran contento espiritual: «*¡Oh, Señor, y qué amigo sois de vuestra voluntad, bendito seais Vos que no podeis errar en cosa que hagais!*» y cuando con motivo de esto los que la encomendaban sus negocios se quejaban respondía: «*Si hice, pero no quiere, que es muy entero en su voluntad este Señor*».

Hablando del valor heroico de la Magdalena, cuando habló con el hortelano buscando a su Jesús, dijo Mari-díaz que ella también lo hiciera, y al decirle un Sacerdote: «Eso que dice, no advierte es soberbia? Es por ventura tan buena como la Magdalena? Respondió la sierva de Dios: «*No soy por cierto sino muy gran pecadora; mas quien a Santa Magdalena dió ese amor, me lo podía dar también a mí*». Ese gran amor a Dios le hacía olvidarse de los santos sus devotos a quienes decía la perdonasen porque el amor de Dios la tenía ocupada «*y de esto no os pesará*» decía ella «*porque todo lo bueno que teneis os lo ha dado Dios...*»

Sentía tanto las ofensas que contra Dios se cometen en el mundo, que de pena y dolor parecía arrancársele el alma y era tanto lo que sentía que por falta de luz y conocimiento de la Suma Bondad se la ofendiese tanto que como dice Ana Reyes, pedía al Señor y le decía: *Dad, Señor, conocimiento y luz a todos, para que no os*

ofendan, siquiera una briznita como a mi me la habeis dado». (1)

Deseaba ardientemente dar su vida por Dios, derramar su sangre toda en defensa de la fé, y así, al rebelarse los moriscos en Granada díjole un siervo de Dios, al ver la suerte adversa de nuestros soldados. «¿Qué sería, madre, y que pudiesen tanto los moros, que se enseñoreasen de toda España como nos tienen amenazado; y qué haríamos entonces? Y respondió: *«ya fuese Dios servido me viese yo en poder de moros; y que parte por parte me desmembrasen por amor de Dios y mi Señor Jesucristo»*.

Era este su amor a Dios tan admirable y desinteresado que la hacía olvidarse de sí y de su misma alma y así decía que no pedía a Dios la llevase al cielo ni trataba con El en la oración de que la salvase sino solo de desear amarle sobre todas las cosas.

Y así dice el P. Torres; sus oraciones y peticiones no eran: «¡Señor, salvadme; llevadme a vuestra gloria! sino: *«¡dadme gracia para que os ame yo sobre todo lo que habeis criado; del alma haced lo que quisiereis, que vuestra es; no tengo cuidado de eso, que en vuestras manos me resigno toda!»*

Bien lo cantó su biógrafo poeta:

«Tenía en Dios tan firme confianza
nacida del amor, que acaso un día
hablando del infierno y su tardanza
fué preguntada ella si quería
estar por algún tiempo en el infierno
teniendo el mismo amor que a Dios tenía;
diciendo (ella) que sí y aun tiempo eterno,
como uno de un tizón arrebatase
probándola quemar el cuerpo tierno

(1) Contestación a la IX preg.

dijo: «en qué ley cabe que yo amase
a Dios, y por amor con tanto celo
el fuego del infierno me quemase»!

Pedía a Dios la diese acá en el suelo
el Purgatorio y una larga vida
gustando de no ir tan presto al Cielo,
y daba una razón harto subida:
que para merecerle el plazo es breve,
mas para le gozar es sin medida,
y así caía como cuando llueve
tan gran pedrisco en ella de dolores
que mi pluma a contarlo no se atreve» (Cant.^o IV)

.....

En tanto grado el mal aborrecía
que habiendo ya hecho voto alegremente
que nunca mortalmente pecaría
queriendo descubrir su amor ferviente
hizo otro allá en el cabo de su vía
de no pecar, (pudiendo) venialmente.

Jamás se vió quedar desfallecida
si estaba en la oración cual frío yelo
o cual el pedernal endurecida
diciendo: aunque se hunda todo el cielo,
y formen tierra y mar una tormenta
para me atormentar con desconsuelo
de cuanto va y viene hecha la cuenta
hallo que si el consuelo huye y falta
no huye y falta Dios, pues me sustenta.

Es obra de virtud más fuerte y alta
sufriendo sequedad ir adelante,
pues cualquiera con gustos corre y salta.

Estar en la oración firme y constante
cuando regala Dios es fácil cosa,
el tiempo adverso prueba al fino amante;
por eso en el rosal la blanca rosa

mejor parece por estar cercada
de espinas que la ponen muy hermosa,
y el alma fuerte, si desamparada
de Dios, en la oración aún persevera
más gusto es a Dios verla espinada.

CAPITULO XVI

Del amor y caridad que tuvo para con los prójimos

Quien tanto se distinguió en el amor a Dios sobre todas las cosas, bien se deja entender que amaría con entrañas de caridad a sus prójimos en Dios y por Dios, ya que tal amor a Dios y al prójimo por El suelen correr parejas.

Ya vimos en los primeros capítulos como, siendo niña, procuraba ser limosnera, cuanto le era dado, buscando por casa lo que podía haber a mano, no como otras niñas para travesuras y niñerías, sino para darlo a los pobres y afligidos. Creció su compasión a los pobres y los socorría y remendaba en el corral de casa distribuyendo sanos consejos y sencillas y fáciles prácticas de Doctrina Cristiana junto con el socorro material.

Su encendida caridad aquí en Avila gastaba mucho tiempo en suplicar a Dios que todos le conociesen y amasen y, porque los predicadores y confesores son los obreros de la viña del Señor, pedía mucho por ellos, para que llenando bien su difícil ministerio se salvaran por su medio muchas almas. Al ver subir al predicador al púlpito pedía al Señor que pusiera su doctrina en sus labios y que corriera de su cuenta, apartándole de todo lo que eso no fuera, y darle qué decir con que moviera

los corazones de sus oyentes para que sacasen fruto y se aprovecharan de la palabra de Dios. Esto mismo pedía para los confesores diciendo: *«Ayudadles, Señor, y enseñadles para que lleven a vuestra voluntad muchas almas y las saquen del pecado y del mal estado en que estuvieren y queden con la luz del conocimiento de sus culpas para que hagan verdadera penitencia»*.

No solo pedía constantemente por la santificación de los sacerdotes sino que, como anteriormente dejamos expuesto, ella trabajó cuanto pudo por sí y por medio de los santos varones que la trataban y aun con el V.P. Juan de Avila para conseguir de D. Alvaro de Mendoza la erección de colegiales sacerdotes ya o próximos a serlo en S. Millán, para que creciesen más y más en ciencia y virtud con lo que santificasen a muchos. Y estos colegiales reconocidos a la oración y acción eficaces de nuestra Maridíaz la tuvieron siempre por Madre y fundadora del Colegio, diciendo el Dr. Antonio López (según el P. Torres) que el llamarla como la llamaban la Madre María Díaz fué por los muchos hijos que había de tener por ser madre de los colegiales de San Millán de Avila.

Hasta de las luces y regalos del cielo quería privarse en beneficio de los demás, como cuando se le manifestaba en el Santísimo y decía: *«A mi no, Señor, a los moros de Granada»*.

Supo una vez que vivía un alma atormentada de grandísimas tentaciones que el enemigo le ponía de desesperación, pidióle al Señor por ella y mandóle a decir tuviera buen ánimo, ya que todos los pecados respecto a la misericordia eran como una gota de agua comparada con el mar inmenso. Con tan sencilla respuesta aquietó y tranquilizó aquel alma.

A todas las personas que la visitaban exhortaba a que guardasen los mandamientos de la Ley de Dios y

de su Iglesia y llena de fervor les decía: «*No ofendais a Dios, aunque reventéis*».

Muchísimas eran las personas que de Ávila y fuera desfilaban constantemente por S. Millán en cuya tribuna estaba el amparo de tristes y desconsolados, porque todos hallaban allí respuesta a sus dudas y remedio a sus trabajos y aflicciones. A todos aconsejaba conforme a su estado, dejando a todos confusos el tino y la prudencia divina de aquella pobre aldeana mujer, que ni sabía leer siquiera, y que vino a ser por su santidad el oráculo para tantos y tantos doctos y sabios como la trataron.

La poca ropa que tenía la daba en cuanto se la pedían por amor de Dios; lo que recibía no quería fuese prestado sino de limosna para más mérito de quien lo dá y libertad suya para darlo de nuevo. Son muchos los casos que cuenta Luís Vázquez.

Supo que sumidas en gran necesidad cierta madre e hija corrían gran peligro de ofender a Dios por ello y al saberlo nuestra Madre consiguióles buena limosna junto con grande ánimo que recibieron de ella para perseverar fieles a Padre tan bondadoso. En materia de juicios temerarios de sus prójimos estaba muy libre, porque a todos los tenía por buenos y santos y le parecía que nadie, fuera de ella, podía haber que ofendiese a Dios, procediendo esto no solo de su bondad sino del conocimiento altísimo que tenía del ser de Dios y se persuadía que era imposible que los hombres teniendo fe divina y sobrenatural se pudiesen atrever a ofender a esta Majestad tan inmensa y a un Señor que, solo movido de su bondad y misericordia infinitas, hizo tantos y tantos trabajos y padeció una tan afrentuosa muerte por salvarlos y sacarlos de la tiranía de Satanás. Verdaderamente que nuestra Maridíaz se hacía a ejemplo de San Pablo toda a todos para ganarlos a todos para Cristo.

Dice Ana Reyes: «Que conoció en la dicha Madre Maridíaz grandísima caridad para con los prójimos, a los cuales daba de lo que tenía cuando eran *probes*, consolando a los afligidos, dando sanísimos consejos a todos, a cada uno según su condición, estado y capacidad, enderezándolos en el camino del cielo deseosa de que todos se salvaran. Y que enseñando a los niños el Pater-noster y el Ave-María los enviaba diciendo: «*andá, niños, qué tengo yo que hacer*» y esta era la principal razón de que la llamaran *Madre*, porque todos hallaban en ella Madre espiritual (1)».

Y Julián de Avila respondiendo a la II pregunta dice: «Y así de esta manera consolaba a todo género de gentes, porque para cada cual le daba Dios lenguaje y espíritu para *enviallos* consolados y edificados; y vino a ser tan notoria la virtud y santidad de la dicha Madre Maridíaz y comunicación que tenía con Dios Nuestro Señor, que de fuera de esta ciudad venían gentes a *comunicalla y tratalla* y consolarse y pedirla suplicase a su Divina Majestad les favoreciese en sus necesidades con una cierta esperanza y confianza de que por su medio habían de alcanzarlo».

Oigamos antes de terminar este largo Capítulo a nuestro poeta:

(Canto X). «Tenía un pecho blando y regalado
y un muy gracioso amor a quien venía,
para se consolar, atribulado;
así de su congoja se dolía
como si aquel trabajo solo hubiera
aunque ella otros mayores padecía,
y siendo para todos toda entera
mostraba el corazón tan lastimado
como si el mal de todos padeciera.

.....

(1) Contestación a la pregunta XII.

(Cant.º VI). Viendo en el sumo Dios tanta grandeza
tenía el corazón tan satisfecho,
que nadie le osaría hacer vileza
que decía; no había tan duro pecho
tan bárbaro que haga algún pecado
y yo sola, triste, soy quien mal ha hecho.

.....
Cual suele hacer la abeja zumbadora
que sacando lo bueno del tomillo
trueca lo amargo en dulce y lo mejora,
bien tal su corazón puro y sencillo
sacaba confusión de cuanto vía
y no curaba vello ni sentillo

CAPITULO XVII

Del conocimiento y luz que tenía de los misterios altísimos de Dios

Cumplióse en ella lo que dice Dios en el Evangelio:
«escondiste tus secretos a los sabios y prudentes del mundo, mientras que se los descubriste y manifestaste a los pequeñuelos».

Fué la sierva de Dios muy humilde y reconocida siempre a las misericordias que Dios usaba con ella y así la hizo participante de los infinitos tesoros de su sabiduría.

Acerca del sublime e inescrutable misterio de la Santísima Trinidad tuvo tan particulares y altísimos conocimientos que al hablar de él dejaba admirados a los más grandes letrados y teólogos excelentes que la oían, a pesar de que ella solía decir que no sabía explicar ni dar a entender lo que dentro de su alma sentía y la luz con-

que el cielo tenía ilustrado su entendimiento. Ana Reyes testifica que en cierta ocasión habló con los padres Lares y Luís Muñoz de la Compañía y que al mover plática del misterio augusto de la Trinidad y escuchar sus razones maravillados decían que no parecía mujer sino angel del cielo y maestra muy docta en Teología. Objetáronla con unas palabras tomadas de S. Pablo a las que contestó tan sabiamente que dijeron: «Razón tiene la buena vieja». Los célebres teólogos y sabios profesores de la Universidad de Salamanca, M.^o Mancio y Fray Domingo Bañez que la visitaron, como atestiguan Julián de Avila y el P. Gonzálo Pérez, habiendo hablado con ella de este y otros misterios de nuestra fe, decían era imposible que sin don muy particular de Dios pudiese tratar de materias tan altas, con la precisión y propiedad como pudiera hacerlo un gran y docto teólogo.

Y el santo arzobispo de Burgos D. Cristóbal Vela solía decir que estaba mejor N. V. Maridíaz y daba mejor razón del artículo más dificultoso de Sto. Tomás que el que le acabara de leer, por más docto y consumado teólogo que fuese.

Dice Julián de Avila: «Y que la dió Dios Nuestro Señor un don de hablar de Dios, que todos cuantos la iban a hablar, así letrados como personas seglares, todos iban tan consolados y edificados que rescibían grandísimo provecho en sus almas, y esto era en tanta manera que sabe este testigo que letrados que leían Teología iban espantados de los términos con que trataba hablando en Dios y de la Santísima Trinidad, pareciéndoles que humanamente sin don particular de Dios Nuestro Señor no lo podía tratar ni alcanzar como ella lo trataba, entendía y alcanzaba (1)».

Y el P. Gonzalo Dávila: «Y en su plática y conversa-

(1) Contestación a la II pregunta.

ción no había otra cosa sino de Dios Nuestro Señor, de quien hablaba tan alta y excelentemente y con aquella propiedad como podía hablar un gran teólogo, diciendo cosas muy subidas y levantadas (1). En su trato mostraba ser singularmente ilustrada de Dios, Nuestro Señor en su entendimiento para conocer las cosas y misterios de nuestra santa fe con muy especial y singular luz (2).

Y ella procedía con tal humildad y reconocimiento que en en estas mismas pláticas preguntaba a los que trataba; en particular el M.^o Daza que fué con quién comunicó más, dice el P. Torres: *«si iba bien y si en lo que decía iba conforme a lo que la Iglesia nos enseña y propone»*.

Estuvo cierto día hablando el M.^o Daza con Maridíaz y como el Maestro saliera de la plática entusiasmado contóselo al P. Julián de Avila. Este dijo al día siguiente a la sierva de Dios: «Madre, muy contento envié al Maestro que ayer la visitó en la buena y santa conversación que tuvieron. Lo que contestó la sierva de Cristo fué decirle: *«Dios fué servido por su misericordia y por lo mucho que el Sr. Maestro merece de darme tales palabras para que yo pudiese decir lo que dije»*.

«Mostrando estar singularmente encendida y abrasada en el amor de Dios, Nuestro Señor, y singularmente atenta a su divina presencia de modo que se colegía y vía en ella que un punto no se apartaba de la vista interior y presencia de Nuestro Señor, y entendiéndose esto de los que la comunicaban, estando este testigo presente (Gonzalo Dávila) se le preguntó por este testigo o por el P. Luís Muñoz de la dicha Compañía: Madre, pues ustedes teneis siempre presente a Nuestro Señor

(1) VIII pregunta

(2) III pregunta.

Dios, ¿qué es de su divina Majestad la cosa que más traba vuestro entendimiento y le ocupa?, y respondió aquel ser, aquel ser, ser, ser, ser» y esto repetía muchas veces y era cosa tan vulgar que tenía tan presente a Dios, nuestro Señor en todas las cosas, que se recataba de escupir considerando que su Divina Majestad estaba en todas partes». «¿Qué tengo yo que pensar sino en lo que mi Dios me dá, y sabe como le llamo?, decía al P. Luis Muñoz: «El mi señor, y el dador; nunca hace sino dar, dar, dar y estar dando siempre a todas las criaturas y llámole yo siempre el dador, el dador, el dador, repitiendo esto muchas veces» (1). También decía le movía mucho ver todos los bienaventurados como colgados y tirando de Dios y que su alma tiraba de El y El de ella».

Cuando se edificaba la Iglesia de S. José (primer convento que de su reforma fundó Sta. Teresa de Jesús), como las dos santas tenían tanta comunicación y amistad, fué un día avisarla y después habiéndose quedado nuestra Maridíaz en la iglesia con el Santísimo Sacramento, como andaban en obra en ella era mucho el ruido de los canteros. Entonces la sierva de Cristo estando toda absorbida en su amor echando la mano como quien se la da a otra persona para despedirse se salió del templo. Al reparar después en la llaneza conque había tratado a tan gran Majestad pedía perdón a Dios diciendo que el amor que le tenía y los favores que la dispensaba habían hecho que llevada del afecto fuese descomedida en tratarle, si bien con amor, no con la reverencia debida.

Tenía tanto conocimiento de Dios que allí donde ponía los ojos se hallaba con su Majestad y así le veía dando el ser, vida y movimiento a todo; y así en las arenas del río y en las yerbas del campo y en los rayos del sol allí respetaba y miraba a Dios diciendo que no había

(1) P. Gonzalo Dávila en la Vill preg.

arenita ni flor, por pequeña que fuese, donde no estuviese todo Dios, porque muchas veces mirando estas cosas criadas no las veía sinó solo a Dios en ellas, porque en las criaturas le parecía ver no más que una telita como de araña y a través de ella encerrado a todo Dios.

Si la preguntaban ¿cómo podía ver aquello? respondía: «*con esta te que tengo*». Era tan viva y tan eficaz la consideración de las cosas de Dios y de cuanto de su criador la enseñaba la fé, que la causaba en ella más evidencia y certeza el entender que a otros el ver.

Tratando de la pasión de Cristo, que era la materia ordinaria de su oración, solía decir que miraba en Cristo puesto en la cruz cómo se desencajaban las coyunturas y que allí veía la divinidad. Decía también tratando de las llagas de Cristo que no había en el Cielo otra puerta sino la llaga del costado y muy de ordinario repetía: «*fe viva, esperanza firme y caridad perfecta*».

Un día de Pentecostés pensando en la festividad decía: «*Más, ¿qué enojado fué Cristo, nuestro bien, del mal tratamiento del mundo, pues luego pidió al Eterno Padre que enviase al Espíritu Santo para la santificación del mundo?*»

Preguntándole en una ocasión ¡madre, ¿qué sería lo primero que hiciera si ahora Dios la quisiera llevar a su cielo?, respondió: «*Echar el ojo*» sin decir a qué, pues claro se entendía ser a Dios, que la ocupaba y llenaba siempre. «*Vicio por vicio*, decía ella, *no le hay como servir a Dios*», dando a entender con esto cuanto es lo que se goza en el divino servicio aun en esta vida.

(Cant.º V.)—Vi yo llegar muy doctos religiosos y hablarla en puntos de la Teología no menos delicados que dubdosos; más ella tales cosas respondía que los dejaba a todos admirados

como si les hablara algarabía
.....

No era parladora y arrojada
antes habiendo de esto un poco hablado
volvía a su oración acostumbrada,
cual suele el caracol encornijado
a su torcida concha retirarse
al punto que algún niño le ha tocado;
lo mismo tuvo ella en apartarse
de cuanto la estorbaba la presencia
de Dios, a quien moria por llegarse.

Como es tan hermoso lo que Juan de Marieta dice
hablando de cómo sentía nuestra Marí Díaz la presencia
de Dios, no resistimos al deseo de copiarlo».

«Nunca paró su vista en lo de fuera
mas veía a Dios con fé tan clara
como si solo ella y Dios hubiera,
diciendo: antes que el mundo se formara
enchía Dios todo y sin mudarse
do estaba Dios el mundo se criara
y desto viene todo a conservarse
estando al ser de Dios su ser atado,
pues que no pudo Dios de sí apartarse...
El campo (me decía) veo sembrado
y en medio de las verdes yerbecillas
a Dios, que les da vida, allí pegado;
si bullen las doradas arenillas
entre el murmullo de la clara fuente
y crecen las vistosas florecillas,
si al rayo del sol claro y refulgente
miro como los átomos voltean
en todo miro a Dios, que está presente;
cuando los gusanitos se rodean
en busca de lo que es para su vida
Dios es con cuya vida se menean;

andaba en este punto tan metida
que pisando la tierra a Dios decía;
yo soy, pues piso a Vos descomedida,
de suerte que la santa en cuanto vía
mirando con los ojos lo criado
al Criador en ello descubría,
como el que va a alta mar muy engolfado
ve que el azul del cielo reberbera
y el mesmo azul se ve en el mar salado,
así miraba a Dios en lo de fuera
diciendo: «con la fe mejor lo veo
que si con estos ojos yo lo viera».

CAPITULO XVIII

Del don de profecía que tuvo y casos particulares en que se manifestó

Al saber nuestra venerable Maridíaz la rebelión de los Moriscos en Granada y las crueldades que con los católicos usaban procuró cuanto pudo ayudar las armas católicas intercediendo con sus oraciones por ellas a Dios.

Su confesor (como afirma el P. Juan de Marieta) la preguntó el fin que había de tener aquella guerra y respondió que Dios había de dar victoria a los cristianos y sujetar a los rebeldes, y como afirma D. Sancho Dávila Obispo de Plasencia: «oi decir a un confesor suyo de la Compañía de Jesus que se llamaba el P. Torres que había visto esta santa alzando el cáliz en la Misa vahear la sangre del Señor allí como si la acabaran de echar caliente en el cáliz y que decía la santa passito, a mí no, Señor, sino a esos moros de Granada, que era aquel año uno de los del levantamiento y que entonces estando en

oración decía a Dios con palabras claras: «*bonazo, bonazo, ¿por qué se detiene pues a de usar con nosoiros desta misericordia?* dando a entender la victoria que despues tuvimos».

Luis Pacheco testifica de sí que habiendo entrado religioso premostratense en Sancti Spiritus de Avila y por achaques, dificultades y tentaciones dejado el hábito siendo novicio, vinieron sus padres a Maridíaz muy afligidos por la salud de su hijo, que creían perdido por ir errado en su vocación, para que ella encomendara a Dios este negocio. Antes de que hablarán a nuestra Venerable díjoles: «¡Qué apenado que venis! pues no tenéis que tener pena, que aunque vuestro hijo anda distraído, ha de volver a ser religioso en la misma casa antes de cuatro meses y ha de ser muy buen cristiano y ha de ser perlado en la misma religión. Todo se cumplió puntualmente pues el mismo P. Fr. Luis de Pacheco afirma en el Proceso: «y todo esto se ha cumplido por la misericordia de Dios y salió cierto, como ella lo dijo, porque volvió dentro de dicho tiempo a la religión y profesó en ella y ha perseverado y tenido oficios de prelado, porque ha sido tres veces Abad, tres trienios en la dicha su orden y que atribuye la perseverancia y contento que despues acá ha tenido a las oraciones de la dicha Madre Maridíaz, mediante las cuales Dios le ha hecho esta tan grande misericordia de que se halla muy reconocido y entiende para sí que tuvo espíritu de profecía según lo que ha experimentado».

Bartolomé López, barbero, vecino de Avila tenía particular devoción con nuestra Maridíaz a la que curaba y cuidaba en sus enfermedades. Tenía un hijo del mismo oficio llamado Juan López el que ayudaba a su anciano padre con su trabajo. Llamado una vez para asistir a D. Alvaro de Mendoza que se hallaba en Olmedo, puso-se a las puertas de la muerte de una terrible enferme-

dad. Saberlo el padre y marchar a S. Millán todo fué uno; consolóle Maridíaz y dijo que muy de veras le pediría al Señor que sanara a su hijo, y que volviese a la mañana siguiente. Al verle llegar dijo nuestra Venerable: Mucho agravio hemos hecho a vuestro hijo en quitarle tan buena ocasión, porque le tenía Dios en buen estado para morirse, pero fiemos de El que le pondrá en otro tal y ahora no morirá, «y prométoos que estuve tan porfiada con el Señor que no me levanté hasta que su Majestad me hiciese esta merced es tan liberal que me la cocendió y bajó la cabeza diciendome el sí; y este testigo entendió que una figura de Cristo, nuestro Señor, que estaba en la Iglesia era quien había abajado la cabeza, aunque la dicha Madre Maridíaz no se lo declaró «y de ahí a algunas horas, que no se acuerda bien el testigo si pasaron seis o ocho vino carta al dicho Bartolomé López de cómo el dicho Juan López su hijo, estaba ya fuera de peligro y se fué continuando de manera que dentro de otros seis o siete días pudo venir a esta ciudad y vivió en ella algunos años». Luis de Victoria a la tercera pregunta).

Otra vez estaban cuatro mujeres devotas y familiares que debían ser de la Sierva de Dios visitándola y una que habia enviudado muy joven empezó a decir que por nada del mundo se volvería a casar. Oyéndolo dijo Maridíaz: «Calle, hija, que dentro de un mes se volverá a casar». Fijáronse todas en la predicción y la vieron cumplida. (Así lo afirman el P. Juan de la Magdalena, franciscano y el P. Gonzalo Pérez Jesuita).

Ya hemos visto la gran amistad que a todas las personas santas que a la sazón vivían en Avila unía. Una vez que San Pedro de Alcántara estaba convidado a comer en casa de D. Juan Vázquez Dávila, primer marqués de Lorian, caballero muy ajustado a la Ley de Dios, dice Luis Vázquez, y amparador y venerador de toda vir-

tud deseoso este señor de conocer la santidad de Mari-
diaz la convidó a comer también. Retardóse en llegar
Maridiaz y creyendo no vendría empezaron la comida.
De allí a poco se presentó y al entrar se quedó suspensa
y arrobada con admiración de todos los circunstantes.
La razón, como después se supo, fué que vió a Nuestro
Señor junto a su siervo Pedro partiéndole los bocados
que había de comer y llevándoselos en sus santísimas
manos a la boca y como ella viese a su amado Jesús tan
regalador de su siervo, fuéle el alma y corazón tras El
y enajenada de sí y olvidada de cuanto la rodeaba díjo-
le con afecto singular: «¿cómo, Señor mío, aquí estais
Vos?» a lo cual amoroso le respondió: «Pues donde quie-
res, hija, que esté sino regalando a mis escogidos?» Abra-
saron y encendieron de tal suerte estas palabras el cora-
zón de la sierva de Dios que quedó por muy gran rato
absorta y elevada.

Dice el biógrafo que ha querido poner en este Capítu-
lo tan portentoso suceso porque las hablas interiores y
visiones que Dios manifiesta a los que le sirven, pertene-
cen al don de profecía. Este hecho portentoso lo relata
D. Nuño de Múxica en la contestación a la primera pre-
gunta del Interrogatorio de donde está fielmente tomado.

Dice de ésto Juan de Marieta,

«Si tuvo el don que llaman profecía.
por no lo encarecer no digo nada,
digo lo que pasó con ella (cierto) día
cuando los sarracenos de Granada
hicieron el cruel levantamiento
que tuvo a toda España alborotada.
Estando ante el Divino Sacramento,
madre, (le dije yo) aquesta guerra
que fin ha de tener o acabamiento?
Callad (me respondió) que aquella tierra
quiere Dios allanarla, aunque entiendo

que mucho costará tomar la sierra.
Tan presto dijo aquesto que queriendo
disfrazarme lo dicho, dije, basta,
basta que ya sé lo que pretendo.»

CAPITULO XIX

De lo mucho que sus oraciones podían con Dios

Parece que en premio al esmero que tenía nuestra Maridíaz en cumplir la voluntad de Dios, Dios quiso estar tan atento a las oraciones de su sierva que no se hacía otra cosa más que lo que ella pedía y como lo pedía; siendo la experiencia de esto causa de la gran veneración en que todo el mundo la tuvo, y que acudieran todos a ella confiados en demanda de auxilio para sus necesidades. En el capítulo anterior vimos casos admirables que confirman lo que vamos diciendo; queremos sin embargo, dice Luis Vázquez, aducir otros nuevos.

Con motivo de una novena que doña María de Mendoza hacia a San Segundo extramuros en agradecimiento al santo Obispo por cuya intercesión sanó de una muy grave enfermedad quiso que Maridíaz la acompañase todo el novenario. La santa que no quería dejar su retiro ni perder su recogimiento en S. Millán y por otra parte deseaba complacer a personas que tanto la querían y ayudaban pidió al Señor lo arreglase El para que quedase todo cumplido. Oyó su oracion y dióle un dolor de costado con calentura tan alta que los Médicos y el confesor creyeron se moriría muy en breve.

Entonces pidió la ayudasen a levantar de su corcho y habiéndose puesto en la ventanilla que salía al altar

mayor se quejó amorosamente al Señor diciendo: «*Dijelo burlando y tomólo de veras?* Al punto quedó sana de todo.

Otro día estaba en la Iglesia de San Juan oyendo un sermón y acertó a ponerse junto a un hombre de condición tan áspera, que sin motivo alguno comenzó a decirle razones muy descorteses. Callaba Maridiaz y exasperado aquel le dijo que si no mirara el lugar la diera de bofetadas, al mismo tiempo que con los pies la daba de puntillazos, entonces ella levantó el velo que cubría su cara y mostrándola le dijo: «*ejecutad vuestro enojo, que aquí estoy dispuesta a sufrir cualquier afrenta.*» Afrentado y avergonzado el hombre de su propia vileza la pidió perdón. Entonces la santa le pidió a Dios que, pues ella eran tan loca y presuntuosa la tratase el mundo como tal y que así grandes como pequeños hiciesen burla de ella. Quiso su Divina Majestad se cumpliesen en parte sus deseos porque al salir del sermón una tropa de muchachos la comenzaron a llenar de improperios y con gran algazara en el Mercado Chico y hasta la calle que llaman de Andrín (hoy Reyes Católicos) la seguían haciendo mil visajes y tirándola tierra y trapajos sucios que topaban y apedreándola otros, hasta que acudieron algunas personas a la defensa de la sierva de Dios y cortaron el atrevimiento de los rapaces.

Estando otra vez en San Vicente y sintiendo extraordinario frío comenzó a decir al Señor con la ilaneza acostumbrada: «Una saya he de menester, mi bien». Luego al instante entró el Santo Canónigo D. Francisco Guzmán y dijo a la sierva de Dios: «Madre, una saya le quiero dar, sepa la tengo en casa muy a propósito para ella.»

Un día amaneció desquijada, al extremo de que ni hablar ni comer podía. Viendo los que la asistían que eran inútiles cuantos remedios hallaron a mano resolvieron llevarla a las Villorias, pueblo de la provincia de Salamanca, donde había un hombre que curaba tales enfermedades. Cuando todo estaba dispuesto para el viaje y el P. Julián de

Avila para acompañarla, quiso nuestra Maridiaz dar principio a la jornada con un rato de oración y en ella pidió al Señor le diese boca para bendecirle y así le dijo interiormente: «*¿Es posible, Señor y vecino mío, que siendo Vos el médico principal para mi enfermedad, sea necesario salir de mi retiro a buscar remedio en otro médico de la tierra?*» Al punto se le pusieron en su lugar las quijadas, como lo atestiguan varios en las Informaciones

Fr. Lorenzo de Queto, hermano de doña María Vela «La mujer fuerte», dice: «que se acuerda haber oído decir a la dicha su madre doña Ana de Aguirre que preguntando a esta santa cómo no se perecía de frío en la tribuna de la Iglesia de San Millán donde estaba, teniendo tan poca ropa y teniendo por cama un corcho o tabla y que la había respondido con su llaneza y naturalidad acostumbrada y como quien traba con amiga de la alma: «yo, señora, estoy me aquí un rato con nuestro Señor y después cuando me quiero recojer quitome la saya de encima y póngomela sobre la cabeza y puesta de pie sobre el corcho o tabla digo a Nuestro Señor: «Señor, fuego del cielo, que me acuesto, y en verdad, señora, que no me he bien hechado cuando ya sudo», que estas fueron sus palabras». (1)

Dice Ana Reyes: «Y otra vez pidió a Nuestro Señor le diese algún dolor y le dió un fuerte dolor de ijada y apretándole mucho decía: «*Afloja atloja*, Señor, que me apretais mucho». Y al instante desapareció, dice el P. Torres.

Célebre es lo que le ocurrió con los *animalejos* que la inquietaban en su oración y cómo al pedir al Señor verse libre de ellos y no vestirse despues en agradecimiento camisa se le cayeron como *éticos* «sin volver a sentir sobre sí huéspedes tan molestos».

Para que veamos una prueba más de la confianza que en la oración tenía con Dios y al mismo tiempo la confor-

(1) Fr. Lorenzo Queto, contestación a la 1 pregunta.

midad de Juan de Torres en su vida con los testimonios de los testigos y los de estos entre sí veamos cómo relata Ana Reyes lo del frío que en S. Millán sentía y de su pronto remedio: «Y que otra vez la contó la dicha Madre que una noche de invierno estaba en oración delante del Santísimo Sacramento y que sintiendo riguroso frío, como lo suele hacer en Avila, dijo: «Señor, no hagáis tanto frío, que soy vieja y no lo puede sufrir» y que no cesando la frialdad dijo: «no quereis, no quereis sino hacer frío, pues quedaos con Vos, y andad acá conmigo y que se había echado en su corcho y dixo: «ya estoy echada, Señor, enviad el calor y que luego había sentido tanto que sacó los pies del corcho porque no podía sufrir el calor». (1)

El verano antes de morir junto con la erisipela y dolor fuerte de costado se le presentó una disenteria que, de seguir, hubiera acabado en pocos dias con ella. Quiso que la ayudasen a levantarse para ver a su buen vecino y estando mirándole le dijo con la fé tan grande que tenía: «Señor, carga, carga bien uno sobre otro»; mira, mira»; no bien hubo dicho esto cuando se sintió bien de la disenteria que no volvió a presentársele y al poco tiempo las otras enfermedades.

Luis Guillamas y doña Juana Cimbrón viéndose sin hijos acudieron solícitos a nuestra Maridiaz la cual acudió al Señor diciendo: «Bien sé, Señor, que sois amigo de vuestros amigos y amais a todos los que quieren bien a vuestros siervos y pues sabeis cuanta amistad y buenas obras me hacen estos por quien os pido, dadles una hija o hijo y sabrán todos que me habeis hecho placer y después se la podeis llevar cuando quisiéreis y habreis cumplido vuestra voluntad. Cumpliósse lo que a Dios pidió y estos caballeros tuvieron una hija que se llamó doña Luisa Guillamas que se casó con D. Francisco Dávila y Ulloa nieto de doña Guiomar que así lo testifica en las Informaciones.

(1) Ana Reyes, contestando a la última pregunta.

D. Francisco de Salcedo a quien llama Santa Teresa, «El Caballero Santo», afirmaba de sí que tuvo una pierna tan perdida que habida junta de médicos decidieron cauterizarla con botones de fuego, dice el P. Juan de Torres, al día siguiente. Mandó un recado a Maridiaz para que pidiese a Dios que sanase o tuviese al menos paciencia en soportar la operación. La Santa puesta delante del Santísimo Sacramento con grande afecto comenzó a decir: «*Señor, sanadle, que es mi amigo. porque lo quiero yo*» Cosa maravillosa; al ir al día siguiente los médicos y cirujanos hallaron resuelta la enfermedad en una postema exterior de que a los pocos días y con suma facilidad sanó.

Dice el P. Juan de Torres que sobre esto no quiere escribir más por ser de todos sabido y estar en la memoria de todos. Lo que no cabe duda es que acudían validos de la confianza que nuestra Maridiaz tenía con Dios y su eficaz intercesión, de Avila y de fuera, a buscar remedio a sus necesidades y que todos iban socorridos y alentados.

Canta así el biógrafo poeta de Maridiaz:

«Lo que podían con El sus oraciones
era casi palpable, porque luego
ofrecidas a Dios sus devociones
unas veces decía, ya le tengo
os cumpla ese deseo, mas no quiere
por más que le importuno cuando llego,
con su poder no habrá quien se apodere.
con cuanto quiere sale, bien sería
pedirle haga de Vos lo que quisiere,
Otras veces alegre respondía:

El lo dará, colgaos de su aldaba
que quiere ser rogado con porfía;
vi yo que una persona le rogaba
suplicase al Señor la concediese
un don que en gran manera deseaba;

mas como ella de veras lo pidiese
con tan gran abundancia le fué dado
que no cabiendo en el, si no muriese
le dijo: Dios me ha regalado
en tanto que ya es imposible
vivir sin reventar en el estado,
pídole me de lo conveniente
y pues me hizo de tan flaca masa
miren que no de más que lo sufrible.

Apenas era vuelto a su casa
cuando sintió gran parte ser quitada
de aquello en que pedía hubiese tasa.

Lo que le sucedió de la quijada
no fué menos extraño y misterioso
que cuando fué de piojos fatigada

.....

y deste (Cántico) con más gusto me descargo
porque sepan que quiero y he querido
pecar antes de corto que de largo.

CAPITULO XX

De la devoción que tuvo a la Virgen Santísima
y el amparo que siempre halló en ella.—

Su obediencia

Como era tan recatada la sierva de Dios y ponía tanto
cuidado en ocultar los dones del cielo, (dice el biógrafo Luis
Vázquez) no se pudo averiguar en sus Informaciones qué
mercedes le hizo Dios por intercesión de la Virgen, que por
ser entóces muy común y cierto haber sido muy grandes, se

hizo a los que depusieron especial pregunta de ellas; pero anduvieron con tal puntualidad los testigos que dijeron con haber sido muy familiares de la sierva de Dios, por no haberse ofrecido ocasión de haberse las oído sabían no cosa notable. El padre Torres y el Dr. Antonio López nos dejaron escritas algunas.

Había en la Iglesia de San Millán, cuando Nuestra Venerable Maridíaz vivió en él una imagen de Ntra. Señora de la Salud de mucha devoción siendo con este motivo muy visitada dicha Iglesia. Era una de las imágenes más antiguas de Avila y grandísima la veneración que siempre los avileses la tuvieron. Como acudía tanta gente a visitarla ¿quién duda que viendo Maridíaz la devoción y afecto de todos se enfervorizaría en su filial cariño a la Madre de Dios y Madre nuestra, teniendo en cuenta que la que tanto gustaba de la oración mental, con todo era mucha la devoción que sentía en rezar la salutación angélica y muchos los rosarios que con singular afecto rezaba a nuestra Señora?

Llamábala *navecita y litera* por haber traído en sus entrañas al hijo de Dios y sido causa de que participemos un día de los tesoros y bienes de la gloria.

Estando una vez atribulada en extremo, pues no solo el demonio la perseguía exteriormente sino que en su interior se sentía como abandonada y tentada de desesperación y habiendo acudido a Dios en su oración parecía el Señor sordo a sus ruegos y así como reconociéndose como desamparada de su esposo, Dios, determinó valerse de la intercesión de la Virgen Santísima, amparo y refugio de los afligidos. Con suma sencillez empezó a contar sus trabajos diciéndole con afecto devoto; «Madre piadosísima, valedme Vos. pues que vuestro Hijo parece que me desecha y olvida. En diciendo esto sintió tal esfuerzo que toda la tentación se deshizo y huyó el enemigo infernal derrotado por la protección de María.

En uno de los claustros de la Catedral hay una imagen

de la Santísima Virgen; es de estatura más alta que lo común, pues mide dos varas y media y es de piedra caleña (así la llaman) y era grande la devoción que sentían los fieles en acudir a sus plantas. Delante, pues, de esta santa imagen estando un día nuestra Maridiaz haciendo oración y pidiéndole fuese su intercesora para con su Hijo le pareció que una nubecita se le ponía delante de los ojos del alma y la envolvía toda; quedó con esta visión suspensa largo rato con una quietud y descanso admirables que interiormente experimentaba y luego sintió que se le habían quitado del entendimiento muchas nieblas con lo que quedó con vivísima luz que la daba altísimos conocimientos de Dios y de todos los misterios de nuestra fé.

Ya vimos como a todos inculcaba la más tierna devoción a María y que la saludasen a menudo con el angel. Digamos algo siquiera de su obediencia.

Mucho y encarecido es lo que traen los testigos en la Información sobre la sujección y obediencia en que siempre vivió sometida a sus confesores y queda probado con lo que dijimos de su ida a casa de doña Guiomar y de lo bien que salió de las múltiples pruebas a que en esta virtud la sometió el P. Baltasar Alvarez. Hasta en las penitencias y asperezas de que tanto gustó, no se apartó en nada de los mandatos de sus confesores.

Dice Ana Reyes: «Y que era tan grande la obediencia' que habiendo caído enferma no se quiso poner en cama ni vestirse camisa hasta tanto que esta testigo fué a su confesor y trujo la dicha licencia y que no solamente obedecía a lo que se le mandaba sino lo que entendía era voluntad de su confesor». (1)

Un Jueves y Viernes Santo del año primero que guardó clausura en San Millán la mortificó el confesor con no de-

(1) A la pregunta XVI contestación.

jarla asistir a los oficios, ya que aquel año no se celebraron en su Iglesia. Ella obedeció puntualmente aunque sintió harto la negativa de su confesor.

Viéndola tan perfecta no pocos la aconsejaban que debía comulgar diariamente, pues sabían sus ardientes ansias por la comunión y lo mucho que gozaba en tratar y recibir a Jesús Sacramentado; mas ella decía que si su confesor la ordenase comulgar sólo una vez al año para cumplir con lo que manda nuestra santa madre la Iglesia, lo haría con grande voluntad.

Después de lo anteriormente expuesto de la sumisión y renuncia de su voluntad, dice el P. Juan de Marieta en su Cántico V.

«Tuvo toda su vida una advertencia,
o por mejor decir una humildad,
que jamás hizo cosa sin licencia,
tanto que ardiendo en fuego y caridad
.....
cual suele estar la luna dependiente
del claro sol haciendo su menguante
según que la mira o no creciente.»

CAPITULO XXI

De los deseos que tuvo de padecer y de lo mucho que padeció

En lo que más consiste la virtud y santidad de los siervos de Dios, mientras están en esta vida de destierro, es en padecer y tener trabajos siendo este el camino por donde Dios los lleva y atrae a Sí, porque como dice la maestra de oración y ejemplar de toda virtud, Santa Teresa, explicando la oración del *Padre nuestro* y su tercera petición donde

Cristo nos manda que pidamos siempre hacer la voluntad de Dios; y para explicar qué es lo que en esta petición se pide, dice la Santa que es necesario recurramos a otra petición semejante que fué cuando Cristo, antes de entrar en el mar amargo de su pasión se puso a orar y a su Eterno Padre le pidió se hiciese su voluntad; viéndose el cumplimiento de esta petición en los trabajos, penas y dolores que Cristo, bien nuestro, padeció: de donde infiere la Santa que la voluntad de Dios que pedimos se cumpla en el *Padre nuestro* es el sufrir trabajos, aflicciones y penalidades, porque en ellos se halla la perfección que desea el justo, siendo los medios por donde viene a conseguir el fin, a que aspira, que es la bienaventuranza. Así dice nuestro biógrafo a quien fielmente seguimos.

De ahí que todos los santos, no contentos con llevar pacientemente los trabajos que en el áspero camino de la vida se les ofrecían, deseaban padecer más; por eso las mortificaciones y penitencias voluntarias, los deseos de ser afrentados, perseguidos, burlados y escarnecidos desahogaban un poco siquiera su corazón sediento de sufrimientos y dolores más que el de los mundanos está de regalos y deleites.

Y así nuestra Sta. Teresa decía: «o padecer o morir», que vale tanto como si dijera: La gloria a que aspiro está en la bienaventuranza, para conseguirlo y unirme perfectamente con mi Dios, es necesario la muerte; primero la muerte de las pasiones, luego la muerte del cuerpo, en lo que esta gloria se dilata.

Después de cuanto dejamos expuesto tanto de las burlas que sufrió al venirse a Avila, los trabajos en sus primeros años en esta Capital, los seis años de servicio en casa de doña Guiomar y los frios y dolores que en los nueve últimos años sufriera, no nos extrañará que sus dolores y trabajos fueran los que dieron más a cono-

cer a la sierva de Dios, ni que San Pedro de Alcántara la llamase *La virgen penitente de Avila*.

Para mejor formarnos idea de su espíritu de sacrificio, de la sed de tormentos que abrasaba sus entrañas, copiemos una conversación que sostuvieron Sta. Teresa de Jesús y nuestra Maridíaz, ya que a ella alude Carramolino en su Historia de Avila y el P. Luis de la Puente entre otros que no queremos citar, tal cual la trae el manuscrito de Vita que creemos ser copia de la vida de Maridíaz que escribiera Luis Vázquez, quien a su vez dice tomarlo del Dr. Antonio López cuyo manuscrito fué muy ponderado en aquél tiempo de todos los bienentendidos.

Y pondera el P. Torres, su confesor, con particular atención que es muy digno de admirar ver una mujer con tantos trabajos, con las penalidades, enfermedades y necesidades que padecía no suspirar alguna vez por el cielo; antes no quería morir sino padecer en esta vida pidiendo a Dios se la alargase solo para padecer más, y decía era de cobardes el desearse morir, sino que lo que se había de desear era vivir para padecer más, porque en esto solo hallaba que podía el alma, amante de su Dios, servirle, dándole en esta vida lo que en ella hay, que son penas, dolores, aflicciones y trabajos, porque en la vida eterna todo será recibir de Dios sin tener que ofreeerle y hacer alguna cosa por su amor; solo en esta vida pueden merecer las almas santas muchos aumentos de gracia y gloria padeciendo por su Dios, y que por esta causa deseaba irse a la sepultura con solo el pellejo, y los huesos y vivir en la penalidad, trabajos y enfermedades que tenía sin admitir hora de descanso.

Y no procedía esto de presunción vana y confianza temeraria, porque era muy humilde y solo confiaba en Dios, como se ve cuando pidiendo un dolor y arreciando demasiado se quejaba al Señor y decía: *Bien me acuerdo Señor y bien mio, que os pedí yo y os supliqué me*

enviáseis alguna pena, pero no me habeis de apretar tanto: ¿soy yo Vos para poderlo suír?»

Es muy digna de ser contada una como conferencia espiritual que V. Maridíaz tuvo con la gloriosa Virgen Santa Teresa: eran las dos muy amigas y la gloriosa Santa estimaba mucho y veneraba la santidad y perfección que reconocía en la sierva de Dios. Estaban estos dos serafines, encendidos en amor divino tratando de su esposo. Dios, y de sus divinas perfecciones y de las finezas amorosas que hizo por las almas; y como los justos y santos, cuanto más levantan el conocimiento contemplando aquella suma bondad, tanto más le abaten al conocimiento propio, dijo nuestra Maridíaz: «Ay, madre, que soy gran pecadora y la más ingrata criatura que Dios ha criado»; pues tanto alcanza con su Majestad, pídale encarecidamente me alargue la vida solo para hacer penitencia de mis pecados.»

Cuando la Santa oyó semejantes razones se quedó admirada y dijo: «María, mas de sesenta años de penitencia continua, buen padecer es; ya estais muy vieja y mejor será ya gozar de Dios y libraros de trabajos, que bastante están padecidos». A esto respondió nuestra Maridíaz: «Mire, madre, para ver y gozar a Dios queda al alma una eternidad, mas para granjear siquiera un grado de amor de Dios se había de desear larga vida aunque fuese con grandes trabajos, y mientras más y mayores habría mas ganancia. Replicole la Santa: Bien estoy en ese sentir vuestro; pero repzrad que vivís en una vida tan flaca y miserable y que no estais cierta que perseveréis en gracia y amistad de Dios, viviendo en este mundo, y así mejor os está moriros y asegurar el negocio más importante de vuestra salud yendo a gozar de Dios y no vivir donde hay tantos y tan grandes peligros. A esto la respondió la sierva de Dios. «Verdad es, madre, vivo con grandes temores juzgándome como soy in-

digna de tanto bien; pero sepa estoy con una firme confianza en mi Dios y Señor, que no me ha desamparado, aunque no sea más de lo que esta noche he padecido con los demonios me da entera confianza del favor y misericordia que ha de usar conmigo y así vivir quiero para padecer y no morir para gozar, sino abrazarme con los trabajos, pues con ellos merecemos una cosa tan grande como es la gloria.

No fué esta conferencia y contienda entre estas dos siervas de Dios tan a solas, que la debieron decir algunas personas curiosas siendo causa de que muchos muy doctos y muy experimentados así en la perfección, oración y Teología Mística como en la Escolástica dijese y discudiesen cosas muy admirables, inclinándose algunos al parecer y sentir de Santa Teresa, otros al de nuestra V. Maridíaz. El Maestro de espíritu V. P. Luis de la Puente aunque venera, como es razón la sentencia primera, dice que el camino de nuestra V. Maridíaz era muy seguro estribando no en sus fuerzas sino en las de Dios cuyo don muy especial es padecer por su amor».

Y no fué solo en esta ocasión cuando manifestó este su sentir, sino que como afirma Ana Reyes eran muy ordinarios en ella estos deseos de padecer y así decía muchas veces que si después de ver a Dios hubiera de venir a padecer trabajos que se holgara mucho de gozarle y verle, pero que como con su vista se había de acabar el padecer, quería se le suspendiese este gozo y este contento por estar padeciendo en esta vida, pudiéndose pasar a peso de oro cualquier momento de esta vida pues en él el justo y santo padeciendo merece y tiene con que agradar y ofrecer a Dios. Sentir bien cierto digno de estar en la memoria de todos, pues nos declara el amor de Dios y de más subidos quilates que moraba en el corazón de esta gran sierva de Dios.

Pidió al Señor le alargase la vida cinco años cuando

tanto le apretó el dolor de costado, del que vimos cómo se libró, para padecer más y Dios se los concedió muy, cumplidos para su mayor mérito.

Si bien Ana Reyes testifica no saber que usara cilicio, dice expresamente Luis Vázquez, que le vestía continuamente a raíz de las carnes y que era áspero en extremo, sirviéndose muchas veces de unas cardas de hierro y otras traía una cadena tan apretada al cuerpo que, al quitársela por mandado de su confesor, juntamente con ella arrancó pedazos de su carne.

Buscó, continúa nuestro biógrafo, siempre en todo el modo de mortificarse y no dar gusto al cuerpo y así se esmeraba en que la comida, vestido, habitación, lecho y demás fueran otros tantos motivos de sufrimiento constante.

«Teniendo de dolores tal deseo
suplicaba al Señor tal la pusiese
que su cuerpo quedase horrendo y feo,
más como un gran dolor la concediese
cansada de sufrir un mal tan fuerte
dijo al Señor pidiendo se le fuese;
mi bien, dolor pedí, que no la muerte;
si la muerte es dolor no es tan pesado,
dolores pido yo no de esta suerte...

Cántico VIII.

.....

Temblándole los miembros delicados
helados del gran frío en el invierno,
nunca fueron del sol escalentados,
no tuve yo (decía) por lo eterno
aquese vil consuelo que parece,
allá lo espero todo en el superno;
por esto muchas veces acaece

lanzar lo que me sale de la boca
amando lo que al gusto más escuece.

Cántico IX.

Para el trabajo fué como de acero
para sufrir dolores delicada
porque fuese el dolor más carnicero.

Cántico III.

Gil González Dávila asegura que nuestra Maridíaz solía recomendar el ayuno con estas palabras: «Enfermos por comer, es menester *ayunar*».

CAPITULO XXII

De la humildad de la sierva de Dios

María Díaz

Si es verdad, dice nuestro biógrafo, que siendo la humildad el fundamento de todas las virtudes debimos empezar por ella, con todo seguimos al P. Torres, que la trata en este lugar y no fuera de propósito; porque la humildad heroica como fué la que brilló en Maridíaz es coronamiento y perfección de toda santidad y así San Juan de la Cruz pide conocimiento de la propia nada no solo para empezar a subir al monte de la perfección sino para ir subiendo por él y para escalarle hasta llegar a su cima.

Con ser tal su vida, que más parece propia de ángel que de quien vive en carne mortal teniendo tan sujetas sus pasiones y habiendo por Dios sufrido tanto, con todo pensaba que nunca había dado el primer paso en el camino de la virtud y así pedía con todo encarecimiento a las personas santas que la trataban que rogasen a

nuestro Señor la diese gracia pera empezar a poner la primera piedra en el edificio espiritual y con haber tenido siempre tan levantada oración, decía de sí que era tan floja y tarda que no sabía ni alcanzaba a tener oración.

Dios la concedió un olor y suavidad tal a su cuerpo que admiraba ,como dice D. Sancho Dávila, Obispo de Plasencia: «lo que puedo decir en fe de sacerdote es que llegándome cerca de ella olía como un campo lleno de flores y sé que dormía vestida sobre unas tablas y decíanme que no mudaba la ropa ni tenía otra de la que traía encima y esta era basta y muy grosera como de una labradora aldeana»; pues bien, dice Ana Reyes que se solían llegar a ella algunas personas, que en particular se acuerda de María de Mercadillo, y que diciéndole: «¡Ay, madre y como gūele a Santal porque tenía un olor-cito extraño decía: *«Piegue a Dios no gūela yo a pecados»*. Y cuando vía que muchos la llamaban santa decía ella cuerda y humilde: *«De que me salve, seré santa»*.

Predicando una vez el famoso predicador franciscano Fr. Alonso Lobo, varón apostólico que reformó visiblemente con sus sermones a toda Avila y habiendo visitado varias veces a V. Maridíaz y regalándola el crucifijo que él solía usar en el púlpito, convencido por la comunicación con ella de los tesoros de celestial sabiduría que Dios la comunicar aen un sermón que nuestra venerable oía sin que el padre lo supiese la puso por ejemplo de los dones de sabiduría y ciencia que Dios derrama sobre los santos.

Después del sermón le preguntó un muy siervo de Dios: «Dígame, madre, vínole acaso algún pensamiento de vanagloria de lo que dijo hoy el predicador? Respondió ella: *«Mejor sé yo quien soy que él; el cual por cierto está mal informado y como es tan santo y bueno, piensa lo son todos»*.

Después de hablar de los misterios altísimos de la fe con la sabiduría y sublimidad que dejamos expuesto preguntaba a sus interlocutores si iba bien o si erraba en lo que decía.

Solía decir con mucha confusión suya: «temo que ha de ser muy reprendida esta mi tibieza estando yo tan obligada a servir a Dios con gran fervor y diligencia».

Queriendo el Sr. Obispo, D. Alvaro de Mendoza llevarla por religiosa al convento de San José, fundación primera de Santa Teresa, nuestra Maridíaz se escondió afligida yéndose a Nuestra Señora de la Soterraña, y la causa de este retiro fué juzgarse indigna de compañeras tan santas y por parecerla que el Sr. Obispo había de decir a las religiosas que las llevaba una santa y así llorando decía: *«No saben quien soy y está el mundo engañado conmigo»*.

Durante su última enfermedad preocupadas algunas personas devotas con su entierro por no tener nada con que acudir a los gastos de él le decían: encomiéndolo a fulano, poderosos y muy afectos suyos. Entonces respondió: *«No hay para que poner en cuidado a nadie; en la calle me pueden enterrar arrimada a la iglesia como a los pobres»*.

Perseveró fiel a su Dios en una vida tan larga, penitente y devota sin cansarse en su oración que podemos en cierto modo decir continua. Preguntáronle cuantas eran las horas que en la oración gastaba; ella dijo: *«buena o mala todo el día o toda la noche»*.

Y con ser tantas y tan graves sus enfermedades muchas veces y probarla Dios con grandes sequedades en la oración, y terribles las persecuciones del demonio, siempre encontraban cuantos la visitaban la misma ecuanimidad.

Conversaba lo menos posible, despedíalos, después de consolarlos cortesmente volvíase a su oración para

seguir a solas con su buen vecino del que procedía tal santidad.

«Estando de trabajos consumida
hizo al Señor un voto de clausura
y estar siempre en un templo recogida,
no menos que la fruta de madura
se cae sin cogerla, así la santa
iba cayendo ya en la sepultura;
nueve años hizo penitencia tanta,
que como si de nuevo comenzara
de nuevo su vergel traspone y planta,
y siendo como fué, ¡cosa tan rara!
casi cegó llorando sus pecados,
mirad a quien Dios quiere cuál le para.

.....
Bien como al centro cuanto más se apegaba
la piedra baja con mayor cuidado
penando (si esto puede) mientras llega,
así la santa en fin de su partida
como quien llega a Dios más se alentaba
para pegarse al centro de su vida. (Cántico IX).

CAPITULO XXIII

De las persecuciones que sufrió del demonio

No podía sufrir el demonio tanta santidad y perfección en la sierva de Dios y como se veía vencido por una flaca mujer era mayor su rabia impotente y parece tuvo permiso del Señor para poner a prueba el amor que nuestra Maridíaz le profesaba.

Ya dejamos dicho lo que le ocurrió en casa de doña Guiomar. En San Millán extremó su persecución. Una

noche fué tal la batería con que procuró atormentar a la sierva de Dios y tan continúa, que afligida empezó a dar voces a los colegiales diciendo: «*Padres, padres, ayúdeme por amor de Dios*»; pero volviendo luego en sí, púsose de rodillas delante del Santísimo Sacramento diciendo amorosamente: «*Mas teniéndoo a Vos, Señor mío, ¿qué busco socorros y ayudas de vuestros siervos?* y vuelta a los demonios les decía; «*Ministros del infierno, aquí estoy si queréis vengaios y ejecutar en mí vuestro enojo, haced todo lo que os dieren licencia, que vuestro poder es tan corto que no os podéis adelantar a más de lo que os permitieren, venid que yo estoy fortalecida con mi Señor y buen vecino, mi Dios Sacramentado, que no os temo. Tal fué su rabia, al verse así humillado, que a los aullidos despertaron los colegiales y ella se quedó dando gracias a Dios por el favor que la hacía.*

Cuando fatigada de los dolores continuos procuraba tomar algún alivio recogiéndose en su corcho la despertaba el demonio con grandes voces a su oído pero ella haciendo burla de él decía: «*Mira, desventurado, lo que has sacado de tu inquietud, que con estar despierta, todo el tiempo que se había de gastar en el sueño, le procuro gastar en estar rezando y tratando con mi Señor Jesucristo.*

Muchas noches andaba el demonio con los pucheros, platos y demás cosas de barro que había en el aposento y parecía, a juzgar por el ruido, que todo lo desbarataba y hacía pedazos. Ella decía: «*Anda, quiebra y destroz, que por eso tengo muy bien proveedor, que me los dará despues*».

Un día ya al anochecer estando la sierva de Dios en su recogimiento de la oración acostumbrada, sintió que hacia la puerta de la Iglesia la llamaban con voz muy baja diciendo: «*¡María Díaz!, ¡María Díaz!*». Imaginándose ella no fuese una persona afligida que obligada de

la necesidad viniese a hora tal en busca de socorro, habiéndose fijado más y visto que la llamaban, con deseo de consolar a quien así parecía venir tan afligido, dejó la oración y bajó a la Iglesia; entonces muy contento el demonio de haberla divertido en la oración la dijo con diabólica risa: «Pues a mi mandado vienes, mía eres». Ella respondió: «*Oh maldito, ni tuya ni mía, sino de Dios que me hizo*».

Procuraba el demonio con grandes espantos y voces hacer que huyese de la Iglesia de San Millán y dejase de estar siempre delante del Santísimo Sacramento. Una noche entraron en el aposento una multitud de ellos con gran tropel y confusión terrible, con horribles figuras y semejaban batallar enfurecidos unos con otros como rabiosos y encarnados enemigos, dándose grandes golpes y heridas; otros para inquietarla andaban como muchachos corriendo en cañas. Hallóse la sierva de Dios confusa y turbada y con gran pesadumbre, porque parecía que Dios la abandonaba a la furia de sus enemigos. Vién lola como acobardada corrieron hacia ella intentando hacer lo que hasta aquí con rabia hacían entre sí. Entonces con valor del cielo, recobrada en sí les dijo con mansa voz: «Si Dios os da licencia, crueles verdugos, ejecutad en mi vuestra crueldad. Al oír esto uno de ellos profirió tan horrible blasfemia contra Dios, que se le mudó a la sierva de Dios el color del rostro y se le erizaron los cabellos y temblando, levantadas las manos al cielo y puesta de rodillas ante el Santísimo Sacramento, que era su refugio, le comenzó amorosamente a decir: «*Mi bien y Señor, no sientan mis oídos tal tormento; si sois servido fatíguenme y atorméntenme con grandes penas, si vuestra Divina Majestad gustare, que todo por conformarme con vuestra voluntad lo sufriré, no con oír tales blasfemias, contra Vos, bondad infini-*

ta», y tomando un poco de agua bendita huyeron todos los demonios vencidos y avergonzados.

Con más estruendo que las veces pasadas presentáronse otra noche en que parecía abrirse la tierra, desplomarse las paredes, con silbos que penetraban lo íntimo de los oídos, y con voces espantosas le decían: «Ea, vieja maldita, échate de los corredores abajo, porque no te puedes escapar y librar de tantos peligros de otra suerte». Santiguóse la sierva de Dios con agua bendita y dijo: «*Verbum caro tactum est*», con lo que huyeron los demonios produciendo tan infernal ruido en la fuga, que sobresaltados vinieron los colegiales y la encontraron trasudando y tan falta de fuerzas que fué necesario socorrerla, porque parecía se moría.

Viendo que no la acobardaban, procuraban distraerla en la oración poniéndose sobre el tejado de la Iglesia a darle música, y aunque algunas personas creyeron era música del cielo, como se ordenaba a inquietarla en su oración, conoció ella era astucia de Satanás.

Dábanla grandes voces y malas razones en presencia de ella y en su ausencia. Tenían en la ermita de San Martín un endemoniado para sacarle los espíritus de quienes estaba poseso el cual decía a grandes voces: «¿Qué hace aquella santurrón de S. Millán? Todo cuanto obra es por vanagloria y porque la tengan por santa», y aunque muchas personas de vida perdida tomaron, dice Luis Vázquez, de aquí pretexto para decir mucho mal de nuestra santa, ella siguió con admirable paciencia en sus santos propósitos.

Tan común era la voz de lo mucho que de los demonios sufriera y de las grandes victorias reportadas del infierno que, dicen sus biógrafos, había en su tiempo un cuadro en S. Millán de nuestra Maridíaz rodeada de una caterva de estos moradores del infierno que tanto la atormentaron e hicieron merecer.

Veamos, antes de terminar, lo que a este propósito dicen los testigos:

Ana Reyes: «En las veinte e una preguntas dijo que esta testigo oyó descir a la dicha Madre Maridíaz estas palabras:» «Que estando una noche recostada durmiendo le dieron un grandiosísimo aullido al oído, como de perro, a lo cual despertando ella atemorizada dijo:» *Verbum caro factum est*, pensaste hacerme mal y antes me has hecho bien, porque estaba durmiendo y no me acordaba de Dios y ahora me acuerdo y con el espanto natural llegó a una ventanilla que estaba junto y comenzó a dar voces a los colegiales de San Millán diciendo:» «Padres, padres, ¿por qué no me valen? y luego volvió en sí diciendo:» «pero yo para qué llamo a nadie teniendo yo a Vos ahí y se puso delante del Stmo. Sacramento y esto se lo oyó descir a la dicha Madre Maridíaz. Otrosí dijo que oyó descir a la dicha Madre Maridíaz que algunas veces oía un grande ruido en su aposentillo y iglesia, el cual era tan grande que le oía un clérigo que se llamaba Rosales que vivía dentro del colegio, el cual fué a preguntar a la dicha Madre Maridíaz una vez entre otras:» Madre, ¿qué ruido es este que esta noche hubo que parecía se trastornaba la iglesia de arriba abajo? y la dicha Madre Maridíaz respondió:» «déjele que es ese que anda por ahí» y ansí mismo la dijo la dicha Madre Maridíaz a este testigo que algunas noches la andaba el demonio trastornando todos los pucherillos, que tenía en su aposentillo y ella le decía: *«quiebra, quiebra, que por eso tengo yo buen vecino que me lo dará»*, y que pareciendo lo había quebrado todo a la mañana no hallaba quebrado nada, antes parecía que no había tocado a ello».

Julián de Avila: «que siempre conoció tener... y muy grandes tentaciones del demonio, de las cuales siempre salía con victoria por medio de la oración, la cual el demonio particularmente la procuraba impedir... y vino a

tener en poco la persecución del mismo demonio» (1).

D. Sancho Dávila: «tenía su celdica más adentro del coro, con una cama de tablas y pajas y por una escalera que de allí subía a un zaquizamí dicen que la arrojaba el demonio algunas veces y de las heridas y cardenales que desto le quedaban se vía que esto era así, que es lo que se me acuerda desta santa».

El Dr. Miguel González Vaquero en «La mujer fuerte»: «y aunque procuraba el demonio inquietarla de noche con golpes, ruidos y bramidos, nunca le dieron licencia tocarse a ella, antes con santa llaneza se reía dél y le decía algunas cosas muy para reir.

Hierónimo del Campo en su «Theatro Eclesiástico»: «Más el demonio, que todo lo que es de Dios lo tiene por enemigo, dió en inquietarla y maltratarla de muchos modos y suertes, y lo que sacó de todo fué quedar él vencido y victoriosa la santa».

Luis de Aríz «Grandezas de Avila»: «y en este santo ejercicio tuvo grandes contradicciones y visiones del demonio a las cuales resistió como valerosa sierva de Cristo».

Y el P. Juan de Marieta:

«Hacían los demonios tanto ruido
espantarla de noche procurando
que fué de los vecinos bien sentido.

Temblaba el aposento, como cuando
en la nao de viento sacudida
se van todas las jarcias meneando;
pasaban unas veces de corrida
para que con el ruido no pensado
quedase del temor más afligida;
otras, cuando a su cuerpo fatigado
algún poco de sueño concedía.

(1) Pregunta V del interrogatorio.

sobre un liviano corcho reclinado, una cuadrilla dellos acudía rifando y aun gruñendo entre unas cañas que en su pobre celdilla acaso había, mas ella conociendo sus marañas, decía, iréme a Dios, pues me despiertas a do verás lo poco que me dañas.

Undían las ventanas y las puertas mordiendo unos a otros como alanos revolviendo entre sí cien mil reyertas queriéndola una vez poner las manos.

.....
De do tanto salieron hostigados, que no la entraron más al aposento solo desde allá fuera amontonados con voces y alaridos se vengaban, que son armas de necios y apocados.

CAPITULO XXIV

De la muerte de la sierva de Dios

A la que toda su vida había gastado en servir y agradecer a Dios, en ejercicios santos de mortificación y penitencia, sin perder el tiempo que tuvo de vida, antes procurando gastarle y emplearle en agradar a Dios, cuando vino la muerte la halló en ejercicios santos caminando para la bienaventuranza que procurara comprar a precio de tantos trabajos, de tan ásperas penitencias, de una paciencia tan perfecta, de tantos ayunos, de un padecer tan heroico por Dios, de unos tan ardientes deseos de penar y sufrir, y, finalmente, de unos tan maravillosos ejercicios de todo género de virtudes. Por eso se puede creer que cogió en la muerte el fruto de sus santas

obras siendo para ella tan suave la muerte como para quien muriendo al mundo había vivido en la presencia de Cristo Sacramentado. Dios le concedió morir como viviera, en la iglesia, muy cerca de su buen vecino.

También fué voluntad de Dios que S. Millán, muy su devoto, en cuya casa e iglesia viviera sus nueve últimos años tuviera parte en esta merced. En su día, pues, que fué Miércoles, doce de Noviembre de 1572, habiendo madrugado para comulgar con la presteza y ligereza que a pesar de sus años, dice Ana Reyes, lo hacía siempre, después de dar gracias, al querer volver a subir a su aposento se halló tan sin fuerzas, que fué necesario ayudarla a subir la escalera.

Iba muy contenta diciendo a los que hallaba al paso: «Déjenme que me esperan buenas pascuas». Al instante sintió un gran frío con que le entró una calentura muy alta, como reconocieron dos padres de la Compañía, que habían ido a la fiesta de los colegiales y entraron a verla. Terminada la fiesta, volvieron y vieron que se iba agravando la enfermedad y aumentando más la calentura.

Así que se corrió la voz de la enfermedad grave que aquejaba a nuestra Maridíaz, fueron muchos los sacerdotes y personas piadosas que la trataban que vinieron a S. Millán; a todos recibía con mucho agasajo y singular contento de que en día tan señalado Dios por medio de San Millán la hubiera hecho tan gran favor y así decía: Mi vecino anda por aquí, que me quiere hacer esta merced. Esta alegría y contento exterior de la sierva de Dios y el no pedir, como otras veces, que Dios la alargase la vida para más padecer, nos hacen creer que su Majestad la había revelado ser su voluntad que ya recibiera el premio de sus trabajos y llevarla a descansar a su gloria.

Fué creciendo la enfermedad y así, aconsejada de

cuantos la asistían fué Ana de Reyes a San Gil a buscar del P. Muñóz, su confesor, licencia para que se pudiese una camisa y se acostase en la cama. porque aunque Maridíaz mostró deseos de querer morir en el suelo en suma pobreza, como murió su esposo Cristo, nunca quiso conformarse con sus deseos, sinó con la voluntad de su confesor.

Recrecióla después de la calentura un fortísimo dolor de costado con lo que se persuadieron todos de que ésta era su última enlermenad. A pesar de su santa vida y de que, como testifica uno de sus confesores, el V. Padre Julián de Avila, que tantos años la trató, jamás perdió la gracia bautismal, con todo se procuró disponer para morir con una confesión general de toda su vida que hizo con el que después fué P. González Pérez, entonces colegial, que hacía de Rector de San Millán y cuyo hermosísimo testimonio pondremos por vía de apéndice. A la mañana siguiente recibió de sus manos el Santo Viático. El contento y júbilo espirituales que causó en su alma no se pueden explicar, baste decir que le duraron hasta el fin de su vida manifestándose en los tiernos y santos coloquios que tenía con su Dios y Señor.

Procuraba ocuparse sólo en El los cinco días que la enfermedad duró y cuando ya con el pecho levantado y el estertor de la agonía apenas podía alentar, la oían pronunciar el dulcísimo nombre de Jesús,

Desde el sábado siguiente la velaron seis religiosos de la Compañía y todos los colegiales de día de noche repartiéndose las horas; a la entrada del quinto día sobreviniéronla congojas y parosismos y la administró el P. Gonzalo la Extremaunción.

Fué tan grande el concurso, que tuvieron que poner porteros especiales que impidiesen la entrada, pues todos querían entrar a recibir su postrera bendición. Hizo su testamento repartiendo sus pobres alhajas,

Pidió que de limosna la enterrasen en la iglesia de San Millán donde había vivido y que, si hubiese inconveniente en ello, la enterrasen aunque fuese en la calle.

A Sta. Teresa de Jesús y sus hijas las mandó dos cruces que tenía y dos sayas viejas pidiéndolas se acordasen de ella en sus oraciones; a los Padres de la Compañía de Jesús les dejó el rosario; el corcho y el Cristo pintado en una Cruz que la dió el P. Lobo, al P. Julián de Avila; el candil al P. Gonzalo Pérez; los demás trastos de la casa a los niños de la doctrina » Todo esto dejó ella mandado, pero fué tal la devoción, que todos tenían en llevarse algo que ella hubiese tocado y usado, que no dejaron ni los más viejos trastos de cocina que no se llevasen entrando todos a saco con lo que podían.

Domingo por la noche parecía tenía más descanso y pasó con los siervos de Dios hablando todo el tiempo de Dios y cosas del cielo, del amor a nuestro Señor con tal alegría, que parecía querérsele salir el alma del cuerpo por unirse con su amado. Diéronle después unos intensísimos dolores que manifestó exteriormente quejándose de ellos, y al preguntarle, ¿Qué le duele, madre? respondió: «*Mas que no me duele*», dando a entender lo grandes que éstos eran en todo el cuerpo. Siendo ya media noche la dieron una cuenta de perdones, la dijeron que dijese tres veces el nombre santísimo de Jesús, que haciéndolo se ganaba indulgencia plenaria; hizolo con un afecto muy devoto y vuelta a los circunstantes les dijo muy contenta: «*Cuánto es lo que da Dios por tan poco*», levantósele el pecho y pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús, rodeada de santos sacerdotes y siervos y siervas de Dios, con un reposo del cielo, dió el alma al Criador a los setenta y siete años de edad, empleados todos en obras santas con las cuales rica de merecimientos se puede piadosamente asegurar está gozando de Dios en el cielo.

Ana Reyes dice: (1) «que esta testigo se halló a la enfermedad, muerte y entierro de dicha madre Maridíaz, cuya muerte fué tan pacífica, que descubrió bien ser muerte de una gran sierva de Dios, en la cual se le acuerda ésto particularmente: que siendo vieja y la cara arrugada, quedó después de muerta con el rostro muy claro como una plata bruñida», «habiendo en todas las personas que vían el cuerpo un como afecto y sentimiento ternísimo que los hacía derramar comunmente muchísimas lágrimas viniendo todos con gran tristeza y en el punto que vían el cuerpo difunto se trocaban las lágrimas en una devota alegría, que parecía bien allí andar el espíritu de Dios».

El P. Julián de Avila: En la sexta pregunta dijo: «Que víspera del día del señor San Millán, no se acuerda de qué año, se halló este testigo en la dicha iglesia de señor San Millán a las Vísperas y acabadas, la dicha madre Maridíaz dijo a este testigo que se sentía muy mala y que a la mañana madrugase a decir misa para que la diese el Santísimo Sacramento, y aunque este testigo no se levantó tarde otro sacerdote madrugó más y dijo misa y la comulgó y después de haber comulgado la agravó tanto el mal, que fué menester subirla a su aposento en peso, y por obediencia de sus confesores y por persuasión del médico que la había de curar, la hicieron por fuerza echar en una camilla, lo cual ella nunca lo tenía por costumbre, y quisiera morir en el suelo como ella solía no usar de cama, como está dicho; pero por la obediencia de quien la regia, consintió en echarse en la camilla y luego su confesor ordenó que recibiera todos los sacramentos y ella los recibió con mucha devoción y muestras de contricción y con gran deseo de verse ya con Dios Nuestro Señor en su gloria y así a los cinco

(1) Pregunta XXII.

días de esta enfermedad murió al amanecer, no se acuerda que día, mas de que le parece que fué a los cinco del día de señor San Millán».

Dice Juan de Marieta en sus Cánticos XII y XIII.

«Al fin para vacarla del cuidado
un correo del cielo se le envía
con un dolor que llaman de costado,
la cédula de Dios así decía;»
Venid, Vos, Maridíaz a mi cielo,
porque se cumple ya vuestra (*paciencia?*).
El mal dió su recado al cuerpezuelo
ya medio muerto de la penitencia
de frío, de calor, de hambre y yelo.

.....

No sé como contar el alegría
con que la santa en esto se esperaba
viniese tras la noche el claro día,
alegre de morir con Dios hablaba
cual suele el blanco cisne fenesciendo
que su cantar y vida junto acaba.

«Venid, venid, mi bien, está diciendo,
venid, mi deseado, a la que os llama,
mirad que estoy de amor por Vos muriendo,
si muero como vivo en tanta llama,
si vivo como muero de esta suerte,
venid, venid, mi bien a la que os llama
venid, mi bien, y venga ya la muerte,
venga, mi bien, la muerte matadora
que amor me libraré, pues es más fuerte».

En fin al quinto día, cuando aurora
descubre más bordadas sus mejillas
y canta filomena en voz sonora,
cuando las olorosas maravillas
desplegan sus hojuelas y el rocío
al sol espigan ya las florecillas,

cuando sin alma el cuerpo helado y frío
tomando su lugar allá en el cielo
dejando acá en la tierra (gran) vacío;
aquí fué tanto el lloro que hubo y duelo,
como si en cada casa se muriera
la cosa más querida de este suelo;
ni allá dentro del templo ni acá fuera
salir, o entrar o verla se podía
según la mucha gente que acudiera,
y aunque setenta y siete años tenía
quedó después de muerta tan hermosa
que casi una doncella parecía.

Si fué toda su vida tan gloriosa
no fué su muerte menos admirable
ni menos, siendo muerta, misteriosa,
sentencia es la de Dios irrevocable
que al bueno (que) le honra y ama en vida
en muerte le honra Dios y hace loable.

.....

Oyendo el pueblo como se moría
su santa Mari Díaz, en un punto
de espanto la ciudad se revolvía.

.....

CAPITULO XXV

Del entierro y honras que hicieron a la V. Ma- dre Maria Diaz.

Murió, como dije, nuestra Maridíaz y aunque, como afirma el P. Julián de Avila, quedó tan pobre, que aquellas santas mujeres que la habían asistido en vida y en muerte estaban tan afligidas considerando la suma pobreza en que había muerto sin tener para poder decirla una misa ni nada conque comprar cera, su Divina Ma-

jestad lo tomó por su cuenta, cumpliéndose lo que vuelta a Dios dijera Maridíaz, cuando la dieron cuenta de un muy solemne entierro de un noble caballero de Avila: «No tengo yo misas; no tengo velas», y mirando al Santísimo Sacramento prosiguió: «Vos, sois mi misa y mi candelá» y así fué, porque no solo personas particulares se ofrecieron a costear los gastos del entierro, sino que quiso Dios que el Cabildo Catedral viniese en comunidad y procesión con todos sus músicos y cantores a San Millán a enterrarla, cosa nunca vista hasta entonces.

Amortajado el cadáver bajáronle a la iglesia y le pusieron en unas andas y con dificultad hallaron cuatro velas de cera que poner junto a su cuerpo, pues habiéndose acabado en los comercios y cererías, dice Luis Vázquez, ni por todo el interés del mundo las vendían. Así las cosas, un caballero de Avila regaló veinticuatro hachas para que ardiesen hasta enterrarla. Todas las cofradías, religiones y cabildos de clérigos se disputaban la honra de enterrarla, hasta que el Cabildo Catedral acordó por acta capitular cuya copia está en la información, enterrarla él con lo que todos se aquietaron.

Doblaron las campanas de la Catedral y casi todas las de las parroquias y conventos, de suerte que toda esta pompa funeral parecía no para una pobre sino para una reina. Hicieron los de la Catedral las exequias asistiendo todo el Cabildo y la nobleza de la ciudad de caballeros y señoras y predicó aquel día el P. Antonio Larres, Rector de San Gil, el cual dijo cosas admirables de las virtudes, santidad y perfección de la difunta.

Al querer llevar el cuerpo al lucillo abierto al lado de la epístola en la capilla mayor de San Millán, como el Sr. D. Rodrigo Vázquez Dávila, Obispo de Troya, auxiliar de D. Alvaro de Mendoza, que a la sazón estaba en Olmedo, que asistía con el Cabildo se levantase

de su silla y puesto de rodillas besara los pies de la sierva de Dios, imitaron su acción los demás prebendados, las personas todas que llenaban la iglesia y las que fuera quedaron, por no caber en ella, quisieron todos tocar su cuerpo, al menos sus rosarios o conseguir algún trozo de sus vestidos. El Cabildo quiso dar lugar a la devoción que todos mostraban y estuvo aguardando hasta las dos de la tarde; pero viendo después como crecía la multitud determinaron dejar el cuerpo sin enterrar por entonces y así se volvieron procesionalmente a la Catedral. Fué tanto el concurso de gente durante la tarde toda que pusieron guardias especiales para que no la quitasen los vestidos; todo Avila pareció despoblarse y acudir a San Millán. Con la noche cesó el concurso y así, cerradas las puertas de la iglesia, habiendo pedido la ciudad se embalsamase el cuerpo y dado el bálsamo Luis Guillamas agradecido a las oraciones de la santa por las que tuvo, como vimos, sucesión en su casa, contra el parecer del M.^o Gaspar Daza, que no quería fuese embalsamado el cuerpo, sino puesto en una caja o ataúd y así colocado en el lucillo, fué embalsamada.

Pudo más el parecer de muchos, pero al ir a embalsamar su santo cuerpo ocurrió lo que nos cuenta el Dr. Antonio López que se halló presente, y fué, que dando principio el cirujano a embalsamar el cuerpo, el rostro de nuestra V. Maridíaz, que desde que murió había estado tan hermoso que ni parecía de persona difunta ni de mujer de tanta edad, repentinamente se mudó y quedó todo lleno de arrugas como estaba antes que muriese, perdiendo la tez tan maravillosa que tenía.

Los allí presentes acordaron para evitar el tumulto de aquel día y que había de repetirse el siguiente, enterrarla aquella misma noche y así entre las nueve y las diez de la noche la enterraron colocándola en el lucillo en que al presente está asistiendo muchos santos y ve-

nerables sacerdotes y todos los colegiales de San Millán.

Al día siguiente vinieron los dominicos del real convento de Sto. Tomás a hacer el oficio y honras a la difunta. Ana Reyes dice que tuvieron sermón. Lo mismo hicieron los Padres de San Francisco y los Carmelitas Calzados. Los de la Compañía habían hecho en su casa las honras el mismo día que murió nuestra Venerable. El Cabildo de San Benito vino otro día, lo mismo el Párroco y beneficiados de San Pedro en cuyo distrito estaba y está la Iglesia de San Millán. La Cofradía del nombre de Jesús fundada en la misma Iglesia hizo también el oficio con particular solemnidad. El miércoles siguiente el Rector y colegiales de San Millán reconociendo a la sierva de Dios por madre y fundadora de su colegio hicieron un oficio muy solemne a su compañera y maesta; tuvieron sermón que predicó el P. Gaspar Pérez de la Compañía de Jesús, predicador del Colegio de San Gil. También mostraron su devoción haciendo oficio particular el racionero Andrés González y Alonso Dfáz solicitador del Cabildo y sobrino de la sierva de Dios. El Bachiller Diego Alvarez Chacón que fué un varón ilustre, como nos lo dice el letrado de su sepulcro que está en Nuestra Señora del Carmen calzado, muy siervo de Dios vino con los estudiantes que con gran provecho enseñaba Gramática e hicieron también sus honras con grande ostentación.

Las Gordillas hicieron de igual modo las obsequias y lo mismo todos los conventos de religiosas de Avila venerando todos la santa memoria de Maridfáz de tal suerte, que en todos los días de la novena se hicieron uno o dos oficios para honrar la virtud y santidad de la sierva de Dios.

El Lunes siguiente, que fué el día octavo de su muerte y entierro, vino el Cabildo de San Bernabé, que es

una cofradía de todos los clérigos de Avila, y celebraron unas muy solemnes honras. Dijo la misa mayor el Sr. Obispo de Troya y predicó aquel varón apostólico, digno de eterna memoria, el Señor maestro Gaspar Daza, racionero de la S. I. Catedral de Avila el cual, como había tratado tanto y tan de cerca a nuestra Maridíaz y era tan docto, sobre todo en materia de espíritu, diría (dice nuestro biógrafo) grandes maravillas de las virtudes y obras heroicas de la difunta.

El Ilmo. Sr. D. Pedro Dávila, marqués de las Navas dió el terciopelo para un paño que se puso en el sepulcro, adornóle después con pinturas e inscripciones Don Francisco Dávila Ulloa, como heredero del amor y devoción que tuvo con nuestra Maridíaz su abuela Doña Guiomar.

Pusieron el día del entierro y los demás de la novena muchas poesías en la Iglesia engrandeciendo la virtud de la sierva de Dios; todas las trae el P. Juan de Marieta. Todo ello nos prueba la fama de que gozaba nuestra V. Maridíaz, pues grandes y pequeños, sabios e ignorantes, la aclamaban por mujer santa y digna de toda veneración, y así todos procuraban valerse de su intercesión para con Dios, confiados en que, si estando viviendo en este valle de lágrimas y miserias había sido tan poderosa con su Divina Majestad, ahora que la juzgaban en el Cielo, alcanzaría de su Esposo cuanto le pidiere. Pusieron en el sepulcro el siguiente epitafio.

A la Venerable Maridíaz cuya memoria dichosamente se eterniza, sepultada sí bajo esta losa, pero admitida en la corte celestial; a la mujer fuerte, piadosa y religiosa, a la que estuvo adornada de resplandores de verdadera santidad, cuyo trato fué sencillo, mas muy fervoroso, como de la que estaba enriquecida con sabiduría del cielo; a la que siendo en su sentir humilde fué a los ojos de Dios y de los hombres grande, a la que en lo ar-

diente en su oración, en lo continuo de sus ayunos y penitencias fué aún a los demonios admirable, a la que habiendo nacido en una aldea cerca de Avila, vivió en Avila una vida sólo para el cielo; a esta, pues, que a los 17 de noviembre después de 77 años de edad descansa felizmente en este templo de San Millán costando a los que la conocieron lágrimas y suspiros, todos sus conciudadanos la consagran esta veneración afectuosa. Año 1572.

Y en la piedra frontal del mismo sepulcro en los dos escudos que tiene lleva esta inscripción

Pretiosa in	Mors Sanctorum
conspectu Domini	ejus

Que significan:

Preciosa es a los ojos del Señor. La muerte de sus justos.

Dice Ana Reyes: «Y donde particularmente se vido la reputación que había de la santidad de esta mujer y cuánto la quiso Dios honrar en su muerte como a sierva suya, fué en el grande movimiento que hubo en todas las personas de la ciudad no solo viniendo a honrar su enterramiento sino en contribuir en competencia las cosas necesarias para la solemnidad del dicho entierro y en particular en una circunstancia que hubo que nunca jamás se ha visto, porque el cabildo de la Catedral de esta Ciudad voluntariamente, sin estipendio ninguno que persona diese para el dicho efecto, enterró a la dicha madre Maridíaz con toda la solemnidad que le fué posible, no habiendo memoria que haya enterrado otra persona de valde y por devoción como la dicha madre Maridíaz, acudiendo todas las cofradías, parroquias, con el cabildo de San Benito y las religiones, en el cual dicho entierro hubo tres sermones en diferentes días, uno del Padre Antonio Lares de la Compañía de Jesús, otro del Padre Gaspar Pérez de la dicha Compañía y otro del M.^o Daza, haciéndose por nueve días muchos oficios

con grande solemnidad, que, considerada bien la humildad e probeza de la dicha madre Maridíaz, se vido a la clara ser todo obra milagrosa de Dios y haberse cumplido lo que ella decía cuando la referían algunos testamentos de muchas mandas en misas: «no tengo misas, no tengo velas» e vuelta al Santísimo Sacramento hablando con él decía: «Vos sois mi misa y mi candela» y que particularmente se echó de ver tambien en la reputación y crédito que había de su santidad en que a porfía y contienda procuraban llevar de sus cosas, vestidos, cabellos, como reliquias de mujer sancta, y últimamente, que fué tan grande el concurso de la gente que no dió lugar en ninguna manera a que se pudiese enterrar ni por la mañana ni por la tarde, y así se hubo de venir a enterrar a las nueve de la noche, habiéndola primero embalsamado, y se enterró en la dicha iglesia de San Millán, en la capilla mayor, en un lucillo al lado de la epístola del altar Mayor».

Y Julián de Avila: «Y que la madre Maridíaz y la señora madre Teresa de Jesús, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos, frailes y monjas, eran muy grandes amigas en el Señor y la dicha madre Maridíaz mandó una saya a la dicha madre Teresa de Jesús, o a su monasterio de San Joseph de Avila, que es de monjas descalzas, y la dicha santa madre Teresa de Jesús no quiso ponerse la dicha saya pareciéndole que era más para tenella por reliquia que no para usar della y así la tenían en guarda en el dicho convento, y esto lo sabe por lo que dicho tiene, e por haber sido confesor e compañero de la dicha Madre Teresa de Jesús, e ser tal capellán en el dicho Monasterio de señor San Joseph».

El P. Diego de Villena S. J.: «Que antes que muriese el P. Julián Dávila le dijo estas palabras: Padre, no tengo que le dejar sino es un corcho en que la santa madre Maridíaz había dormido y tenido oración más de treinta

años, y llamando a su criada que es agora religiosa en el convento de San Joseph de descalzas carmelitas dijo: Catalina, dad acá ese corcho y dádsele al P. Diego de Villena y dándosele la dicha Catalina dijo a este testigo a solas: estímele, padre, por haber tenido en él la madre Maridíaz treinta años y también por haber tenido otros tantos después mi Señor oración sobre ese corcho y recibido en él grandes favores y misericordias de uestro Señor».

Dice así Juan de Marieta en su Cántico XIV.

«En tanta reverencia fué tenida
que por llegarla a ver se atropellaban
(mil) gentes a la entrada y la salida,
unos con los rosarios la tocaban,
otros las vestiduras le rompían
y por reliquias sanctas las llevaban.

Idos los unos, otros acudían,
salidos éstos, otros van entrando
y los que ya eran idos se volvían,
cual suelen las hormigas rastreando
hacer por el camino un gran sendero
yendo (se) unas con otras encontrando,
o cual dentro del corcho colmenero
el susurro de abejas es oído
cuando va su trabajo más ligero;
tal fué en el templo y fuera el gran ruido
de todo aquesto pueblo alborotado
para tocar al cuerpo sin sentido;
y en lo que mucho más se ha reparado
es que todo el cabildo de señores
viniese a la enterrar, sin ser llamado;
porque con gran razón siendo mayores
son graves sin moverse facilmente
a lo que es permitido a sus menores,
con misa y con sermón pomposamente

las obsequias y entierro celebraron teniendo el cuerpo sancto allí presente, habiendo aquesto hecho se llegaron todos los caballeros y en presencia de toda la ciudad sus pies besaron; mas fué tanta la estima y reverencia del pueblo, siendo tiempo de enterrarla, que fué su devoción gran resistencia.

El Regimiento quiso embalsamarla, mas todas las señoras no quisieron sino a su propia costa en esto honrarla.

Al cuerpo (en) un lucillo le pusieron do por armas están los corazones de cuantos esta santa conocieron.

Honráronla después las Religiones, teniendo nueve días repartidos en misas, en nocturnos y sermones.

Con esto sean mis cantos fenecidos, diciendo en el remate de esta historia; pues sabe Dios honrar a sus queridos ¿do está, dí, mundo, dí, tu vangloria?

CAPÍTULO XXVI

De las obras maravillosas que obró Dios por su sierva

Fueron admirables los milagros que obró Dios en su sierva y por sus oraciones el tiempo que vivió, pudiendo de ella decirse lo que de algunos santos, que el mayor milagro que de ellos se puede contar es mirar su vida tan prodigiosa; y así cuando miramos la de nuestra V. Maridíaz todo parece un milagro, pues no lo fué pequeño darle Dios tan altísimos conocimietos suyos y

hablar de los misterios más ocultos de nuestra fé en términos tan significativos que dejaba admirados a los más doctos teólogos de su tiempo; aquel vivir tan pobre dejándolo todo por amor a Dios procurándola Dios el sustento para ella y su amiga y discípula Ana Reyes algunos días, como vimos atrás; tolerar los fríos rigurosos del invierno en Avila con tan poco abrigo; oír Dios sus oraciones, sanarla lo mismo en lo de las mandíbulas que en el dolor de costado que le dió, al acompañar a Doña María de Mendoza, sanar Dios por sus oraciones a Juan López, barbero; predecir el fin de la guerra de los moriscos, la vuelta al convento del P. Fr. Luis de Pacheco; mas cuanto en su muerte y entierro aconteció según el común sentir, obra muy fuera de la corriente y en el que se veía bien el dedo de Dios que todo lo movía y disponía para más honra de su sierva.

A más de esto dice el P. Julián de Avila: (1) «que después de muerta la dicha madre Maridiaz, no se acuerda por qué tiempo, vino a esta ciudad una mujer que decía venía de Salamanca... y dijo a este testigo o al P. Pedro de las Cuevas, compañero suyo y amigo y que lo fué mucho y devoto de la madre Maridiaz o a ambos juntos, no se acuerda bien este testigo, que estando ella en Salamanca le vino al pensamiento que si venía a Avila y oía una misa a donde estaba enterrada la madre Maridiaz sanaría de cierta enfermedad que padecía secretamente y que vino y lo puso por obra y se halló sana en oyendo la misa y que por descargo de su conciencia lo quería decir y manifestar».

El P. González Pérez, como veremos en su largo testimonio, dice que se halló presente al embalsamamiento y pidió al Dr. Morán, cirujano, que cortara el dedo pequeño de la mano derecha para mandárselo a D. Alvaro de

(1) Contestación a la última pregunta del interrogatorio.

Mendoza, Obispo de Avila, que se hallaba en aquel entonces en Olmedo, y se le mandó junto con una jarrilla donde bebía agua nuestra Venerable y que agradeció mucho el Sr. Obispo, como puede verse por su carta dirigida al Rector de su colegio de San Millán. Envió el Sr. Obispo el dedo a su hermana tan amiga de Maridíaz a Valladolid y que habiéndose puesto enferma su criada y aplicándola el dedo de la sierva de Dios la criada recobró la salud levantándose sana y buena.

El mismo P. Gonzalo nos habla de otra religiosa de Santa Ana que padecía una muy penosa enfermedad en los ojos con excesivos dolores la cual sanó al contacto de uno de los pañitos que habían tocado el cuerpo de Maridíaz al embalsamarla.

El P. Laurencio de Cueto, hermano, como dijimos de Doña María Vela «La mujer fuerte» depone en su testimonio que habiendo obtenido su madre Doña Ana de Aguirre por el afecto que había tenido en vida a nuestra V. Maridíaz, un pedacito de carne suya que consiguió al embalsamarla la envolvió en unos pañitos delgados y la puso en una porcelana y dice este Padre que vió que desenvolviendo el dicho pedacito de carne manaba un licor a modo de aceite oloroso que pasaba los paños en que estaba envuelto y poniendo pañitos nuevos y distintos los teñía siempre con este óleo oloroso».

Luis de Vitoria vecino de Avila dice que como tocarse su rosario al santo cuerpo y sintiese al volver a casa un dolor de cabeza muy fuerte se acordó del rosario, se le llevó a la cabeza y repentinamente se halló libre del dolor.

D. Carlos Guayardo Fajardo, corregidor que fué de Avila, caballero muy atento a sus obligaciones dice en las informaciones, que al querer D. Francisco de Gamarra, Obispo de Avila, el año de 1620 mover el cuerpo de la santa para adornar el lucillo y poner el Santísimo Sa-

cramento en la capilla mayor de San Millán habiéndole levantado del sitio en que quedara el año de 1572 los corregidores en nombre de la ciudad dieron las quejas al Sr. Obispo, por no haber avisado de cosa tan importante... dice, pues, que obtuvo un hueso de la extremidad de un dedo de la mano para Doña Angela de Olivera, mujer de D. Antonio de Barrientos, caballero del hábito de Calatrava que estaba enferma hacía diez meses. Introdujeron el hueso en un poco de agua que es lo único que podía tomar, y sanó; pero notó que salía roja y fresca sangre de él, que manchaba los escapularios entre los que le había puesto. Y que al devolverse halló en el papel en que estaba envuelto una gota de sangre tan fresca que parecía ser de cuerpo vivo, y los demás papeles como aceitosos y algunas vetas como coloradas; cosa que le admiró porque la reliquia era un hueso con la sequedad con que el dedo estaba y que la persona que le tenía no era persona que hiciéra invenciones, por ser una señora muy principal, cristiana y de verdad. Y este testigo se quedó con el dedo y papeles y lo mostró al Sr. Obispo, Provisor y otras muchas personas y médicos y a todos les pareció cosa prodigiosa y digna de reparar en ella».

Y que le parece y tiene por cierto que el dicho señor Obispo se movió a poner el Santísimo Sacramento en la dicha Iglesia y capilla por estar allí el cuerpo de la dicha madre Maridíaz y el día que se puso el Santísimo Sacramento asistió este testigo a la fiesta y vió que el dicho Sr. Obispo dijo la misa y el Rector de la Compañía predicó y se hallaron muchos caballeros y personas religiosas y principales de la ciudad... que todo ello le parece a este testigo son causas para creer la santidad de la dicha madre Maridíaz».

Copiaremos antes de terminar las dos lápidas que

hay en las mismas columnas del arco central del presbiterio que dicen así:

La de Evangelio:

Su S.^a Del Sr. Obispo Don Francisco de Gamarra atendiendo a la gran devoción que la Venerable Madre María Díaz tuvo al Santísimo Sacramento por honrar su sepulcro determinó ponerle por su persona en esta capilla donde en tiempos pasados estuvo, precediendo primero el adorno que al presente hay de retablo, reja y lo demás ayudando para ello la ciudad y tierra, díjose la Misa con gran festividad y mucha gente dentrambos estados, eclesiástico y seglar y predicó el Padre Rector de la Compañía de Jesús y dijo grandes excelencias desta insigne y varonil mujer en 29 de Octubre de 1619.

La del lado de la Epístola:

Está mandado por su S.^a el Sr. Obispo Don Francisco de Gamarra que naide se entierre en esta capilla mayor de S. Millán mientras en ella estuviere el cuerpo de la Venerable Madre María Díaz como consta por un auto probeido ante Juste de Sanctistevan notario perpetuo uno de los cuatro del número ante quien se acabó la información de la vida, muerte y milagros (A. D.) de la dicha Venerable Madre María Díaz.

Sobre el sepulcro:

Memoria de las personas graves que mostraron tener singular devoción con la Venerable Madre Mari-díaz viviendo ella y después de muerta:

Sta. Teresa de Jesús.

El V. P. Fr. Pedro de Alcántara.

El V. P. Francisco de Borja, de la Compañía de Jesús.

El Sr. D. Cristobal Vela, Arzobispo de Burgos.

El Sr. D. Alvaro de Mendoza, Ob. de Avila.

El Sr. D. Sancho Dávila, Ob. de Plasencia.

El Sr. D. Florencio (sic) Otaduí y Avendaño, Ob. de Avila.

El Sr. D. Francisco de Gamarra, Ob. de Avila.

Los S. S. Deán y Cabildo de esta Sta. Iglesia de Avila.

Religiosos graves, muchos que la trataron casi de todas religiones, particularmente de Sto. Domingo y de la Compañía de Jesús.

Los S. S. Justicia y Rejimiento.

El Sr. D. Pedro Dávila, Marqués de las Navas.

El Sr. D. Iñigo de Borja, hijo del Duque de Gandía, castellano de Mambrés.

Enfrente del Sepulcro:

«Miércoles y 4 del mes de Agosto de 1619 años el Sr. D. Francisco de Gamarra, Obispo de Avila prosiguiendo la visita de las iglesias de la ciudad visitó do estava el cuerpo de la venerable madre Maridíaz quedá en el lucillo denfrente y aviendo (he)cho renovar el sepulcro y arca y puesto con toda decencia lo bolbió a colocar en el mesmo lugar asistiendo con S. S. el Deán y Cabildo, corregidor y regimiento y religiosos y los nobles y gran parte de la ciudad con grande aclamación y alegría pretendiendo todos tocar sus rosarios al cuerpo y bestidura desta sierba del Señor».

El cuadro de Maridíaz desapareció, ni se conserva su celda después de tantas alteraciones y modificaciones como el Seminario ha sufrido de entonces acá.

Letra a la cibdad de Avila

Cibdad , suelta los sentidos
a llorar y padecer;
no esperen ver los nacidos
ni los que están por nacer
en tí, tierra, más gemidos.

Pues la muerte te ha quitado
un sol claro que tenías,

haz lloro tan afamado
como hizo Hieremías,
cuando vió el pueblo asolado.

Como la llaga es reciente
apenas sientes la herida,
que el herido nunca siente
la sangre que va perdida
cuando el golpe está caliente.

Vendrá tiempo y sentirás
que no tienes sentimiento,
y entonces conocerás
tu poco conocimiento
del bien que perdido has.

Que si tal muerte sintieras
sé cierto que tu lloraras
con voces tan lastimeras
que, o la sancta acá tornarás
o con ella te murieras.

Mira que ella no murió
tú eres la que moriste,
pues ella el cielo ganó
y tú la santa perdiste;
bien se ve quien más perdió.

Letra a la Madre Maridíaz.

Pensó la muerte mataros
con el golpe de un dolor
no mirando que el amor
estaba para guardaros
que es en fuerza muy mayor,
y así tirando de vos
la muerte y el amor fuerte
os hicieron de una dos,
llevando el cuerpo la muerte
y el amor, el alma a Dios.

Buen concierto hubo esta guerra
pues que no os mereció el suelo,
que para nuestro consuelo
quedase el cuerpo en la tierra
ya que el alma se iba al cielo.

Pues viendo que acá tenéis
el cuerpo que vuestro ha sido
al fin, madre, no podreis
echaros tanto en olvido
que de nos no os ocordeis.

Carta cuadragésima cuarta.

A la hermana Leonor de la Misericordia, Carmelita Descalza en el Convento de la Santísima Trinidad de Soria.

Jesús

Sea con V. m. el Espíritu Santo, mi hija: ¡O cómo quisiera no tener más cartas que escribir sino esta, para responder a V. m. a la que vino por la Compañía y a esta. Créame mi Hija, que cada vez que veo carta de V. m. me es particular consuelo: por eso no la ponga el Demonio tentaciones, para dejarme de escribir.

En la que V. m. trahe de parecerle anda desaprovechada, ha de sacar grandísimo aprovechamiento. El tiempo le doy por testigo: porque la lleva Dios como a quien tiene ya en su palacio, que sabe no se ha de ir y quierele ir dando más y más que merecer. Hasta ahora puede ser que tuviese más ternuritas, como la quería Dios ya desasir de todo, y era menester.

II. Heme acordado de una Santa, que conocí en Avila. que cierto se entiende que lo fué su vida de tal. Hábito dado todo por Dios, cuanto tenía, y habíale que dado una manta con que se cubría, y dióla también; y luego dale Dios un tiempo de grandísimos trabajos interiores y sequedades y después quejábasele mucho y decía: Donoso sois, Señor, después que me habeis deja-

do sin nada, os me vais? Asi que, Hija mia, de estos es su Majestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga; porque la dellos es el amor de Dios.

III. Yo le alabo, que en las virtudes va V. m. aprovechada en lo interior. Deje a Dios en su alma, y Esposa, que El dará cuenta de ella, y la llevará por donde más la conviene. Y tambien la novedad de la vida, y ejercicios parece hacer huir esa paz; más después viene por junto. Ninguna pena tenga. Préciense de ayudar a llevar a Dios la Cruz, y no haga peso en los regalos: que es de soldados viles querer luego el jornal. Sirva de balde, como hacen los grandes al Rey. El del cielo sea con ella. En lo de mi ida respondo a la señora doña Beatriz lo que hace al caso.

IV. Esta su Doña Josefa es buena alma cierto, y muy para nosotras; mas hace tanto provecho en aquella casa, que no se si hace mal en procurar salir de ella; y así se lo defiendo cuanto puedo, y porque he miedo habernos de comenzar enemistades. Si el Señor lo quiere, ello se hará. A esos Señores hermanos de V. m. que yo conozco, mis encomiendas.

Dios la guarde y haga lo que yo deseo.

De V. m. sierva

Teresa de Jesús.

El testimonio jurado de Don Nuño de muxica dado el 7 de Octubre de 1620, era caballero del hábito de Santiago y regidor de esta ciudad (54 años).

«A la primera pregunta dijo esteto (testigo) que aunque pudo conocer a la venerable madre maridíaz de trato y conversación, pero que su edad era tan poca que no pudo hacer distinción de sus cosas, pero que siempre en casa de sus padres oyó decir della que la habían tenido y tenían por santa, y este ha sido común sentir

de toda la ciudad sin aver oído jamás opinión en contrario desto y que oyó referir muchas veces al Sr. Don Diego de Bracamonte, deán desta Sta. iglesia, tío suyo hermano de su padre, cosas muy raras desta santa y etre ellas que en casa de los agüelos de este testigo como caballeros muy píos y favorecedores de toda la gente sta y buena habian convidado una vez al P. Fray Pedro de Alcántara y piliéndole licencia para traer tambien por convidada a la venerable madre maridíaz y teniéndolo él por bien porque la estimaba y tenía por santa, como dicen lo decía muchas veces, y habiéndose detenido en venir a comer la dicha venerable madre maridíaz y habiendo comenzado a comer sin ella, entró un poco tarde y en viendo al dicho P. Fray Pedro de Alcántara se había quedado suspendida en éxtasis o arrobamiento y que el Sto. Fray Pedro de Alcántara como persona que sabía de aquellas cosas había hecho sosegar los convidados diciéndoles la dejasen hasta que Ntro. Sr. fuese servido de que volviese, la cual volvió después de algún rato y convidándola se llegase a comer juntamente con el dicho P. Fray Pedro de Alcántara, ella se encogía y él la mandó que públicamente dijese allí con que ocasión se habia arrobado y qué era la causa de su encogimiento a lo qual ella respondió que aver visto a Jesucristo Ntro. Sr. que ministraba lo que comía el dicho St.º fray Pedro de Alcántara hasta metelle los bocados en la boca y que el lado conque la convidaban a que se llegase a comer era donde a ella se le había representado Xrpt.º (Cristo) Ntro. Sr. en la forma dicha; y que el señor Don Diego de Bracamonte fué persona tal como todos conocieron y que entre otras muchas cosas que tuvo de grande caballero fué una de ser hombre de grandísima verdad y esto responde a esta pregunta». (folio 68 vuelto).

Acta capitular de 17 de noviembre de 1572. Entierro de Maridfaz:

LUNES DIEZ Y SIETE DE NOVIEMBRE DE MIL Y QUINIENTOS Y SETENTA Y DOS.

Los señores deán y Cabildo, presidente el señor arcediano de Olmedo, presentes los señores Thesorero, oropesa, serna, velorado, angulo, balcazar, san Joan, esquina, D. Francisco Navarro Peñafiel, manso, herrera, p.^o vazquez, henao, guilamas y mendoza, ante mi el di-cho Andrés González.

Oy falleció la madre Maridfaz, que residía en penitencia y servicio de nuestro señor en Sant Millán, con voto de no salir de allí, fué mujer de admirable exemplo y particular entendimiento y aprobación de cuantos varones doctos en letras divinas la examinaron, tanto que les admiraba no sabía leer pero en negocios y puntos divinos y términos tocantes a gustar de Dios y caminar por su servicio tuvo especial perfección y esto en satisfacción de todos los estados de Avila y fuera de ella desde los grandes señores y prelados y señoras hasta los menores; fue natural de un lugar pequeño junto a Herreros de suso que se llama Vita: su padre se llamó Al.^o Diaz, natural de allí; estando en tal opinión y aprobación y habiendo fallecido en la dicha iglesia de Sant Millán donde moraba los il.^{tres} señores deán y cabildo de esta santa iglesia de Avila, movidos de sólo caridad, atento al exemplo que la dicha dió, que requiere particular historia, y en la veneración que la tenían, se determinaron de venir capitular y procesionalmente tocándose todas las campanas de la catedral a la enterrar y hacer el oficio funeral en canto de órgano, con la solemnidad posible y así la enterraron hecho el oficio, personas graves y piadosas en la capilla de San Millán, donde está el santísimo Sacramento, en un lucillo en la pared

cómo se entra en la dch.^a capilla a la mano derecha y allí está su cuerpo embalsamado, que por piedad la ciudad la mandó con licencia del ordinario: Requiescan in pace. Amen.

APENDICE

Testimonio auténtico del P. Julian de Avila.

«Del Padre Gulian davy.^a»

«(Esta letra no es suya)».

Lo primero q. sé decir de la madre Maridíaz es q. la conosco desde q. vino de su lugar a Avila fasta q. nro Señor la llevó desta presente vida el año de 1572, su lugar se llama Vita cerca de Avila. Hera de labradores honrados porq conosco alguno de sus parientes en Avila no en abito de labradores sino de personas ciudadanas y de oficios honrados.

Ytem q. luego que esta sierva de Dios vino a Avila se entendió que no venia por pobreza ni a buscar otro q. dios y así se dió luego a buscar la gente más virtuosa qella pudo hallar así pr *conoscer* la gente q. la avia de aprovechar p.^a el fin q. pretendía como p.^a q. la diesen luz de los padres spirituales q. ella pretendía conocer p.^a ser enseñada y guiada dellos.

Ytem q. no solo yo sino casi lo más del pueblo la vieron y conocieron q. aunq. tomó una casilla pobre en q. bivar no pretencia otra cosa sino en oír sermones y missas y confesarse y comulgar amenudo y se esto porq en los principios de su estada en avila frecuentava mucho la casa de mi padre porq halló en ella a una mi hermana q. pretendía lo mesmo q. la madre maridíaz y por esta razón supe q. criava unas gallinas en su casilla p.^a aprovecharse de algún huevo p.^a su mantenim^{to} pero con lo esperiencia entendió q. la davan algún cuydado y q. la llevaban alguna vez el pensam^{to} a q. si se las hur-

tavan o si se le yvan q. no pudo sufrir a tener ni poseer cosa q. la pudiese ocupar su ymaginación y pensam^{to} en cosa q. no fuese dios y por dios y ansi por este fin se fué deshaciendo dellas y no solo dellas sino de todo aquello q. la pudiese ocupar lo ynterior de su alma pretendiendo entregarse ynterior y esteriormente en el servicio y amor de dios.

Ytem q. con este tan loable fin q. ella levava en todas sus cosas de lance en lance vino a ser tan perfecta pobre q. no solo lo era en no poseer cosa alguna avien- dolo dejado todo por dios sino q. tambien lo era tan de voluntad q. aunq. muchas personas como conoscan su virtud la daban limosna no la qria recibir sino con tanta tasa q. no sobrase cosa alguna p^a otro dia y soy desto tan testigo de vista q. muchas veces me preguntaba q. a las personas q. la ymportunaban q. tomase la limosna p^a q. ella la diese a otros pobres q. sino era mejor y más perfecto decirlos q. ellos de su mano se lo diesen porq. ella no pretendía sino ser verdadera pobre de jesú y como yo la decía q. aqullo era lo más perfecto y q. hacía muy bien en no querer recebir p^a dar a otros pobres davalá dios una alegría y contento extraño y este contento y alegría tenia en hacer todas las cosas de mayor perfección.

y acerca desto digo q. se via en esta sierva de dios como por vista de ojos cumplirse en ella la primera bienaventurança q. jesú predicó quando dixo (bienaventurados los pobres de spiritu porq. dellos es el reyno del cielo) porq. con ser tan pobre q. (no) tuvo camisa sinó cilicio y la comida y vestido con tan grande excaseza bivia con mayor alegría y gozo spiritual q. se echava bien de ver en ella empezar aun acá en el siglo a goçar de la bienaventurança.

Ytem q. no se contentó con ser pobre y necesitada de las cosas exteriores deste mundo sino q. tambien lo

quiso ser en quitarse su libertad y propia voluntad y así obedesciendo a su confesor se fué a servir a una noble y muy christiana señora adonde la dió el señor las manos llenas por excitarse en todo genero de mortificación así con algunos descuydos de la señora como en sufrir molestias de criados q. la tratavan con poco respeto pero no por eso dexava su oración ni perdía la paz ynterior de su alma.

despues de aver aprobado también algunos años quando estaba bien exercitada en la negación de su propia voluntad y en la mortificación de sus sentidos quiso dñs regalar con darla otra casa a donde todo su exercicio fuese spiritual y fué q. teniendo noticia el obispo don alvaro de mendoça de la sanctidad desta sierva de dios dió orden como se pudiese venir a bivar a la iglesia de san millán a donde al presente estaban los niños de la dotrina y como en esta iglesia avian estado monjas las cuales como eran pocas se pasaron con las monjas de santana qdóse el coro en qellas decian las oras echo de manera q. en él tenia esta sierva de dios un aposento en q. de noche se recoxia y de dia se estaba siempre delante del sanctissimo sacramento y aunq. de noche se recogia en su aposento no era p^a dormir en cama q. yo aunq entrava y salia muchas veces en él a verla y algunas veces aunq. yo no era su confesor ordinario a confesarla nunca la conosci cama sino un corcho en q. algunos ratos de la noche devia de dormir y a lo q. creo era bien poco porq la oración y comunicación con dios era tanta q. con verdad se puede decir q. dia y noche se ocupava en oración y no así como quiera sino la más subida q. acá los q. algo saben della podrán entender.

lo que yo vi muchas veces y me ponía admiración es q. en tiempos de grandes frios y hielos teniendo ella a dos pasos un corredor de muy lindo sol ni por un punto

la vi salir a tomar un credo de sol sino q. con un tesón se estara delante del sanctísimo sacramento q. dava bien a entender tener dentro de si otro mayor sol o por mejor decir q. tenia en su alma al señor q. izo el sol y la dava tanto calor espiritual q. no avia menester salir a tomar calor materia.

esto mesmo de estar delante del sanctísimo sacramento hacia cuando estava y bivia acá fuera porq. era notada de las personas q. la conocian lo mucho que perseveraba en la oración delante del sanctísimo sacramento y ansi la pagó Dios con dársele este asiento adonde de día y de noche se pudiese estar delante de quien tanto ella deseava.

ytem y lo que me decia q. via en el sanctísimo sacramento cuando oyó missa y lo q. via en el cálize cuando le alcavan era tan alto y tan sobrenatural q. aquenq. lo sentia con gran goco espiritual mo lo sabia ni podia decir con la lengua solo desia q. via con los ojos del alma una cosa y no lo sabia poner otro nombre de suerte q. aunq. lo sentia no lo entendia ny yo tampoco pero bien via yo que eran grandísimas las Crudes q. en esto dios la hacia.

Venianla a visitar muchas personas p^a consolarse y aconsejarse con ella porq. aunq. era labradora tenía muy buen entendimiento y hablaba siempre con espíritu y erudición de suerte que ivan siempre los q. venian tristes cosolados y los que venian con curiosidad (como eran muchos letrados) ivan espantados con los términos q. les hablaba y principalmente cuando hablava en la santísima Trinidad decian algunos letor^s de tenlogia que no havian oido en aquella materia (hablar?, falta un trozo de papel) con terminos tan propios y extraordinarios.

si oviese de decir las respuestas q. dava a muchas cosas que la preguntaban y las palabras q. algunas ve-

ces decia a dios sería no acabar tan ayna ni tampoco se me acordaran las más lo q. se decir q. ansi en las respuestas como en las pláticas q. con su dios tenia eran tan graciosas y sencillas y de tanto spiritu q. se echaba bien de ver morava dios en su alma pues en la sencillez y humildad y spiritu q. en todo mostrava se via bien era muy ymitadora de jesux.^o a quien ella tanto queria y servia y procurava ymytar en cuanto podía.

estando una vez enferma y con grandes muestras q. la gria dios llevar y ayudándola a morir un p^o de la compañía la dexo q. cuando el demonio la mostrase un gran cartapel de los pecados q. avia echo en toda su vida que avia de responder ella dixo diré yo (échatle a cuesta) dando en esto a entender q. de los pecados q. tenía confesados y enmendados no la dava miedo q. la avian de dañar estaba bien confiada de dios q. la tenia ya perdonados sus pecados y q. devian ser tan pocos q. a las muestras que ella dava de su modo de proceder no devia de aver pecado mortalmente en toda su vida.

ytem q. todos cuantos la conocian y trataban la tenían por santa pero esto q. estava en opinión humana lo quiso dios confirmar en su dichosa muerte porque la mañana q. amanesció difunta y estando ya bien entrado el día estaban las personas q. se hallaron a su dichoso tránsito con harto cuidado que no sabian como ni como la avian de enterrar porq. ni un cabo de cera ni dinero no avia para poder enterarla y de provixo se dixo que el Cabildo de la iglesia mayor con su cruz y procesión y con toda su música de cantores venían a enterarla y que un caballero dava no me acuerdo bien si fueron doce o veinticuatro hachas y la demás cera y fué así q. se hizo un entierro con tanta solemnidad y mucha más que se suele hacer a entierros de grandes reyes y predicó un p^o de la compañía que se llamaba lasez y al tiempo q. quisiero menear el santo cuerpo pa. llevarle a

un lucillo q. está cabe el altar mayor de san millán fué tanto el tropel de la gente que pretendia tocar siquiera a besar o tocar en alguna parte de las andas o del cuerpo q. fué imposible llegar a poder menearla de adonde estaba y duró esto tanto q. no se pudo enterrar aquel día y cuando vino la noche acordaron de enterrarla de noche porq. no aconteciese otro tanto al día siguiente y así aviéndola embalsamado casi a la media noche la enterramos y no paró aquí el negocio porq. en todos los nueve días q. se siguieron cada día venia una orden con su cruz y procesión y la decian su misa cantada con gran solemnidad y los más días avia sermón de suerte q. no qdó en avila convento de frayles ni cabildo de clérigos q. no la viniese a hacer el oficio y misa con toda la solemnidad y devoción posible, pues quien dirá que no fué este tan evidente milagro como cuantos se pueden contar de santos, y yo julian de avila me hallé presente a todo esto y a todo lo más q. está dicho me hallé presente y soy testigo de vista y a lo q. no me hallé presente lo digo como cosa evidente y notoria a todos los q. en aquel tiempo la tratábamos y así lo firmo de mi nobre a veynte y un días de abril del año 1600.

Julian de Avila.

Carta del Sr. Obispo D. Alvaro de Mendoza

Venble Amado nro Aveisme hecho tan gran placer con las alhajas que aveis enviado de la Mde Maridiaz que me hallo puesto en mucha obligación para procuráros todo contento yo le recibiré muy particular con q. procureis averme dessa buena muger todas las cosas que pudieredes que tengo con ellas mucha devoción y holgaré infinito de recoger todo lo que fuere posible suyo y deque con brevedad membieis el corcho a muy buen recaudo, y si pudieredes cobrarme algún cilicio, o peda-

zo del, o otra cosa de las asperezas quella usaba en las penitencias por vra vida que melembieis.

La qual de Dios a vra venerable persona en just.^o p.^o

De Olme mp. de 1572.

Al Venerable amado nro gonzalo Pérez Rector de nuestro colegio de S. Millán de Avila, q. Dios g. E A S en Avila:

Carta del Sr. Obispo de Sigüenza

A Juan Yañez Racionero de la santa Iglesia de Avila.

Con un sello episcopal lacrado y cosido al sobre.

Avila.

Con la carta de V. m. me holgué mucho q. estimo como debo le memoria de V. m. de quando yo era Canónigo en essa santa Iglesia de que me preciaré yo toda mi vida con deseo de irme a morir a ella.

Y por muchas racones puede V. m. decirme cuanto fuere de su gusto pues todo lo que yo pueda serviré a V. m. de muy buena gana.

Y en lo que aora V. m. me escribe de la S.^o madre Mari Diaz era yo entonces moco, que aun para tener la primera Canongia de essa santa Iglesia dispensó el Papa Pio quinto en mi edad y e olvidado muchas cosas, lo q. puede certificar en fé de sacerdote es q. llegándome cerca della olia como un campo lleno de flores y se q. dormia vestida sobre unas tablas y decíanme q. no mudaba la ropa ni tenia otra de la q. tenia encima, y esta era basta y muy grosera, como de una labradora aldeana.

De su comida jamas cuidó y oy decir q. se la enbriava una señora también pobre, mas limosna ni de comer jamás se la ví pedir, ni hablar en cosa de comer, y assi entiendo que era esta santa una de las de aquel pueblo q. por gran mrd prometió Dios a su Iglesia por Sopho-

nias, et derelinquan in medio tui pauperem et egenum et sperabunt in nómine Domini.

Oy decir a un confesor suyo de la Compañía de Jesús q. se llamaba el P^e Torres que avia visto esta santa alcando el caliz en la missa vahear la sangre del Señor allí como si la acabaran de echar caliente en el caliz y q. decia la santa passito: A mi no, Señor, sino a esos Moros de Granada, q. era aquel año uno de los del levantamiento, y q. entonces estando en oración decia a Dios con palabras claras: Bonaco, bonaco, porq. se detiene, pues a deusar con nosotros desta misericordia dando a entender la victoria q. despues tuvimos.

En estas palabras podría yo engañarme en alguna como a tantos años esto, mas en la substancia no, y las que hablava la santa eran siempre pocas, q. aunq. a las tardes tenia de ordinario alguna visita, casi nunca hablaba sino respondiendo a lo que le decian, y esto era con una poca de suspensión q. se echaba bien de ver q. ella de ordinario estaba más con Dios que entre nosotros y como suspensa, mas siempre muy en lo que decia.

De ordinario tenia visitas de siervos de Dios y señoras del lugar, salia al coro de la hermita de S. Millán a verlas: mi madre q. era una santa hija del Conde de Alva yva algunas veces a misa a aquella hermita, y despues de haberla oido subia aver a la Sta. Mari Díaz, tenia su celdica mas adentro del coro, con una cama de tablas y pajas y por una escalera que de allí subia a un caquicami dicen que la arrojaba el demonio algunas veces y de las heridas y cardenales q. desto le quedaban se via questo era así, q. es lo que se me acuerda de esta santa V. m. lo diga al Sr. Provisor y pues su mrd de todo sabe tanto ordenará lo que yo he de firmar rubricándolo mi secretario que en otra forma no acostumbro decir estas cosas y lo demás q. V. m. por acá quisiere haré y de muy buena gana. Todo lo encamine Dios a su

mayor servicio y guarde a V. m. en su santa gracia con el crecentam.^o que yo deseo de Sig^{ca} a 1 A de Febrero 1620.

El Obispo de Sigüenza.
(Pegado a la carta hay un papel con un sello episcopal que debió ser el sobre de la misma con esta dirección:

A Juan Yañez Racionero de la santa Iglesia de Avila.

APENDICE

Testimonio del P. Gonzalo Perez, S. J. (desde Oviedo)

En la dch^a ciudad, el dch^o dia mes y año dh su mer^d del dh^o: señor licenciado D. Baltasar González manso provisor general de este Obispado para averiguación de lo contenido en la dicha requisitoria y preguntas que con ella se presentaron hizo parescer ante sí a el P. Gonzálo Pérez de la compañía de Jesús del cual su mer^d recibió juramento en forma conforme a su avito y él lo hizo cumplidamente e prometió de decir verdad y siendo preguntado a tenor de las dh^{as} preguntas dijo e depuso lo siguiente.

P. Fué preguntado por su edad dijo que de edad de sesenta y siete años poco más o menos y que en este negocio no le va interés mas de decir verdad como la dirá cerca de lo que supiere y se acordare y esto responde.

1. A la primera pregunta dijo el dh^o Gonzálo Pérez que tenia not^a de la dh^a Maria Díaz la conoció este testigo siendo de edad de treinta años y ella tendria sesenta y dos años poco más o menos en su edad, y el dh^o testigola trató y comunicó muy familiarmente cuatro años

que exercitó con ella oficio de confesor siendo colegial en el colegio y seminario que fundó el Sr. D. Alvaro de Mendoza siendo obispo de la ciudad de Avila en la iglesia de San Millán y fué el primero que fué nombrado por el señor obispo para el número de siete colegiales que fueron en él admitidos y entonces en el cuarto y casa de San Millán algunos antes estaba de asiento en una pieza y aposento la dh^a madre Maria Diaz por orden de dh^o señor Obispo allí recogida en compañía de los niños huérfanos de la doctrina por ser la bendita tan recogida y de edificación y así lo continuó en el colegio de San Millán a la cual veneraban los dh^{os} colegiales como a madre y maestra de virtud cuatro años asta que nuestro Señor con la dichosa muerte la llevó para sí; tenia esta sierva de Dios por su confesor al padre Luis Muñoz del colegio de la compañía de Jesús en San Gil de la dh^a ciudad el cual padre era maestro de este dh^o testigo que leia casos de conciencia y porque la dh^a madre tuviese más a mano confesor para su consuelo (que comulgaba con gran frecuencia dos o tres veces en la semana y ya el ult^o año era cada día) nombró a este testigo por su confesor y así lo exercitó hasta la última confesión que quiso ella fuese general y que la oyesse y la administrase los demás santos sacramentos del viatico y extrema unción y esto dijo acerca del conocimiento desta sierva de Dios que pide la primera pregunta del interrogario. La cual dh^a Maridiaz era natural de una de las aldeas de Avila, su nombre del lugar Vita; una vez en cierto viaje que hizo este dh^o declarante pasando por él le pareció de pocos vecinos. No conoció a sus padres, más sabe se llamaban Alonso Diaz y Cat^a Hernandez casados con legítimo matrimonio naturales del dh^o lugar de Vita de humilde estado labradores y conoció en Avila algunos deudos suyos, no en traje y oficio de labradores sino de ciudadanos, en particular co

noció este testigo a dos sobrinos suyos de esta sierva de Dios Maria Diaz, el uno cura de un lugar en la comarca de Avila, y el otro secretario del cabildo de la santa Cathedral de Avila, de sus nombres no se acuerda, los cuales estaban en posesión de católicos cristianos y muy honrados y aunque este testigo no pudo afirmar la certeza del bautismo de la dh^a Maridiaz en manera alguna no sabe cosa que lo contradiga ni haya razón de dudar de haber sido bautizada y confirmada la dh^a madre Maridiaz y esto dijo es lo que sabe de esta primera pregunta.

2. A la segunda pregunta dijo este testigo que en todo lo dh^o tiempo que trató y conoció a la dh^a sierva de Dios contenida en el interrogatorio, siempre formó de ella concepto de tener familiar trato por medio de la oración con nro. sr y que muy de veras estaba su corazón y voluntad resignado a su servicio: En sus acciones de mortificación y palabras sentia tener echadas muy hondas raices en el amor de dios abrazando las dos cosas que para la perfecta cristiandad se requieren —un encendido amor al sumo bien que es dios y grande aborrecimiento al pecado que es sumo mal y ofensa suya: esto la causaba derramar muchas lágrimas por sus pecados y tantas que una persona movida de chr^a fue a las boticas a buscar remedios medicinales para que no perdiese la vista del todo la cual tenia muy flaca de llorar y llegaba su sentimiento a tanto extremo que un su confesor (aunque era harto severo y riguroso) la dijo: mirad no os haga daño a la salud corporal tanta aflicción y pena como teneis; estaba tan bien dispuesto su corazón en el amor de dios que en cualquiera ocasión y tiempo que fuese hallándose con cuidado de negocios encomendados en sus oraciones, de priesa o de espacio que estuviese, con dolores o sin ellos, en hablandola de Chr.^o nut.^o Sr. y cosas de dios hasta lo último de su vida, en

aquel punto rompía en una risa y en unos apacibles júbilos que mostraba bien lo que dentro en su corazón ardía sin jamas faltar; deseaba sumamente que la hiciesen pedazos sin quedarla cosa sana en su cuerpo por amor de dios. Si se le iba alguna persona de la ciudad, que mucho amaba, como el obispo o confesor decia luego: bendito seais vos bien mio que no os podeis ir, y puesta delante el santísimo sacramento decia quedaos vos señor y vayanse todos; hablando algunas veces con los santos decia que la perdonasen si algun olvido tenia dellos porque el amor de dios la tenia ocupada y de esto no os pesara (decia ella), porque todo lo bueno que gozais y teneis os lo ha dado dios: Este amor de dios la hacia olvidar el infierno y penas eternas y el motivo que tenia de llorar tanto sus pecados no era por lo que perdía cuanto por ser ellos ofensa de tan gran señor como es Dios. Preguntáronle un dia si era lítico a una ánima desear estar en el infierno algún tiempo solamente por cumplir la voluntad de Dios; respondió que sí, y aun mil infiernos: replicándola la pusieron una candela encendida junto a su mano, diciendo que como pudiera ella sufrir tan grandes penas y tormentos como alli se padecen pues aquel fuego de la vela es como pintado en su comparación; respondió claro esta que aunque yo estuviese en el infierno sin otra culpa mas ser aquella la voluntad de Dios que no me habia de quemar no le habiendo hecho por qué. Quejándose una persona rica de bienes temporales a otra con quien familiarmente se trataba que se hallaba muy falta del amor de Dios y refiriéndolo esto la tercera persona a esta sierva de Dios dijo: no me marabillo yo mucho de eso, porque quien tiene hacienda tanta como esa persona y amor a ella, no es mucho ande tibia en el amor de Dios: y acerca de esta segunda pregunta dijo este testigo que tenia mucho más que decir y la concluyó con decir que su trato con Dios

nuestro señor era muy familiar por medio de la oración y deste medio se aprovechaba mucho para pedir mercedes a N^{ro} Sr. en general para el bien universal de la Iglesia católica y para los próximos y en particular los que acudían a ella representándola sus necesidades. Y el nombre de madre mereció esta sierva de Dios por este amor grande que a los próximos tenía y dicen que de ella reconocían y por respeto de su edad y buena crianza.

3. Acerca de la tercera pregunta dijo este testigo que parece se verificó en esta sierva de Dios aquella sentencia: que los secretos que el Padre Eterno escondió a los sabios y prudentes del mundo los descubre y manifiesta a los pequeños y sencillos, como lo era esta pobre labradora, de cuyo lenguaje espiritual y conocimiento de las cosas de Dios se admiraban quantos la trataban; movieron unos graves teólogos, que la visitaron, plática acerca del incomprensible misterio de la Santa Trinidad, de esta materia decía y alcanzaba tales y tan profundas cosas que muchas veces los oyentes aunque letrados no la entendían y así les pasó a estos que movieron la plática por curiosidad y modo de examinar su sentimiento en cosa tan grave. Hallándose en Avila el Padre maestro Mancio una vez, y otra el Padre maestro Bañez de la orden de santo Domingo, la hicieron algunas preguntas de los misterios de las tres virtudes teologales y les respondió con tan entera satisfacción que salieron alabando a n^{ro} Sr. y santiguándose con admiración; y este declarante se halló en casa y lo vió, y lo mesmo pasó otra vez que la visitó el padre fray Alonso Lobo famoso predicador del orden de san Francisco descalzo, que predicó en Avila tres sermones cada día en la Iglesia Mayor y algunos días dos sermones en los monasterios de monjas: y este dicho testigo le oyó muchos de ellos y le vió hacer la dicha visita a la madre maridiaz y salió muy satisfecho del espíritu de esta

sierva de Dios, la cual decía algunas veces que no sabía explicar con palabras lo que altamente sentía allá dentro de sí de los misterios de la fé, esperanza y caridad y del santísimo sacramento del altar. Tratando una vez de estos misterios un gran siervo de Dios y juntamente muy docto en las sagradas letras, usó la bendita de tales términos y dió tanta luz en aquella materia, que el letrado confesó que en toda su vida no había entendido lo que la buena maestra entonces le dió a entender, y procuró hacer memoria de todo lo que de ella había oído y de los mismos términos y vocablos, más no le fué posible retenerlos; y como no decía ella aquello para enseñar sino con llaneza lo que sentía para ser del teólogo enseñada=luego la preguntó si iba bien?=Otro día visitándola un amigo de esta propia persona la dixo: madre, muy contento embió que ayer la vino a hablar de cosas de Dios; dijo la fiel sierva de Dios: Cristo nuestro señor me lo dió para que se lo dijese— decía ella que no hablaba ella que otra cosa fuese Dios sino ser, ser y que la pareció ver a los bienaventurados como colgados y tirando de Dios y que su alma tiraba de él y Dios de ella: hablando de Cristo nro. sr. puesto en la cruz decía que miraba como se le desencazaban las coyunturas de brazos, piernas y pecho, y que a'í veía la divinidad, entera, y que no había en el cielo otra puerta sino las llagas de su santísimo cuerpo y costado de Cristo crucificado por nosotros, verdadero Dios y hombre, usaba muchas veces de estas palabras; fe viva, Dios mio, esperanza firme y segura y caridad perfecta=lijo una pascua de espíritu santo a unas personas que la visitaron: mas qué enojado fué Cristo nuestro señor al cielo del mal tratamiento que le hizo el mundo, pues luego pidió a su eterno Eterno Padre que enviase el Espíritu Santo, para la santificación del mundo?, y esto dijo sabía acerca lo que pide la tercera pregunta.

4. — La cuarta pregunta pide declaración de las virtudes en que se señaló esta sierva de Dios Maridíaz: de cada una de las virtudes de que aquí se hace mención dijo este testigo que tenía mucho que decir, si lo sufriera el estilo y brevedad sustancial que piden escripturas judiciales, mas dijo que, con la precisión que pudiere, dirá lo que se le ofrece acerca de algunas de ellas: y sea la primera la humildad, por ser como cimiento de las demás: esta virtud resplandeció en esta sierva de Dios bien, pues habiendo empleado casi toda su vida desde la juventud y ya llena de años en servicio de Dios con grande edificación de todos los que la conocían y trataban decía que pensaba que nunca había comenzado el camino real de la virtud y que vivía con gran deseo dello, y a las personas espirituales y de oración decía que pidiesen a Dios la diese su gracia para acertar a poner la primera piedra en el edificio espiritual, reconociéndose impertinente y poco capaz para el familiar trato con su majd. y con haberla nuestro señor levantado a la cumbre de la contemplación y ser su modo de orar muy perfecto, decía que no sabía tener oración. Cuando oía que algunas personas la llamaban santa decía: cuando me salve seré santa: habiéndola alabado mucho en un sermón el padre Fr. Alonso Lobo (y sin saberlo él) fué su oyente con los demás esta bendita Maridíaz: preguntóla después un muy devoto suyo: madre, vínola por ventura alguna vanagloria de aquello?: respondió: en verdad que sé yo mejor quien soy mejor que el padre, el cual estaba mal informado. Cuando la hablaban del cielo, decía que se holgaría de estar allí en compañía de los niños batizados y que cuando fuesen al cielo los que la conocieron y trataron la habían de decir: ¿Cómo, y ahí te quedaste harona? y no fuiste para subir más arriba? más en verdad (dijo luego) que me contentaría con quedarme tras la puerta del cielo y los que se aven-

tajaron en servir con más veras y fervor a Dios me consolaría en verlos pasar adelante a gozar el premio de sus obras junto al throno de Dios—Deseaba muchas veces no ver gente y que todos la olvidasen y despreciasen—decía también, creo que ha de ser ásperamente reprendida esta mi tibieza teniéndome Dios tan obligada con beneficios a servirle con más fervor y diligencia. En su última enfermedad la dijo una persona: madre, encomiende a tales y tales personas el negocio y gasto de su entierro; respondió ella: no hay para que poner a persona alguna en cuidado de eso, que en la calle me pueden enterrar si les pareciere—sucedió algunas veces preguntarla alguna cosa curiosa tocante a visiones, revelaciones o acerca de alguna novedad que podía causar admiración, y cuando los curiosos la querían sacar puntos más sutiles que útiles acerca de las cosas de Dios, respondía ella con su mucha humildad: eso yo no lo sé, ni quiero saberlo; y si ella entendía tanto de Dios y misterios de nuestra fe y conocimiento de cosas altas y dejaba tan atrás a los más teólogos y versados en la Escritura, era por la humildad y reverencia que a Dios guardaba y por esta causa nro. sr. la comunicaba tanta parte de sus secretos; pues es verdad, y del mismo Espíritu Santo, que con los sencillos tiene Dios sus ptáticas y a ello se comunica y descubre.

Mucho es lo que desta bendita mujer se podía decir de la virtud de la obediencia, nombrada en esta quarta pregunta y de la perfecta resignación de su voluntad en la de Dios y en su nombre en la de los confesores tan szbjecta a su gobierno espiritual, como este testigo lo experimentó, pues fué él uno de ellos; la qual era tan obediente que uno de sus primeros confesores luego que vino de su aldea a Avila, habiéndose recogido a una pobre casita, la mandó sirviere a una señora (cuyo nombre no se acuerda este testigo); luego al punto se fué a

servirla dejando en la casilla la pobreza que tenía y la señora, como lo entendió, la mandó lo trajese todo a su casa; sirvió a esta señora con mucho cuidado seis años haciendo los oficios que se ofrecían, aunque fueran cargosos y algunos prolixos, que la ocupaban hasta la media noche, sin que se entendiese en ella disgusto ni repugnancia.—Confesóla a ella muy gustosa la penitencia y mal tratamiento de su persona por Dios; no excedía de lo que la ordenaba su confesor acerca de la comida, vestir, dormir, ayunar, tomar disciplinas y traer cilicios; se consolaba fuese todo registrado. Y, sí esta sencilla labradora creció tanto en virtud entiende este declarante fué en gran parte por se haber gobernado por parecer ajeno y de sus confesores ansi en lo poco como en lo de más consideración=antes que hiciese voto de clausura perpetua en su rincón y estancia de San Millán, salía algunas veces a visitar algunas personas virtuosas, que gustaban mucho de su conversación y trato: más luego que entendió que su confesor no lo aprobaba y que era más conveniente estarse queda, se resolvió de se hacer sorda a los recados que la enviaban algunas señoras. Y diciéndola una de mucha suerte: paréceme, madre, que es mucho rigor este y que el confesor no tiene razón de estorbaros la venida a mi casa, respondió ella con notable aviso: ni me veda a mi el confesor que os visite, ni me dice que no os vea; sino que no salga de mi recogimiento, ni jamás señala él casa alguna en particular.—Quisiera mucho la sierva de Dios, cuando se vió ya cerca de su tránsito, morir en el suelo, por imitar en algo la desnudez y pobreza de Crto. ntro. Sr; mas como no la salían a esto los confesores murió en cama, holgando de obedecer hasta la muerte y hora postrera de su vida.—Para lo que había de comer y beber pedía licencia a su confesor y lo que había de recibir de limosna; un Jueves y Viernes santos no se halló a los ofi-

cios divinos ni vió el santísimo sacramento (que era la mayor mortificación y pena que la podían dar) por parecer al confesor que, aunque fuese tales días (en los cuales no se celebraban oficios divinos en aquella iglesia) era abrir puerta para hacerla salir otras veces, si salía a oír misa, y así algunas personas graves la inquietarían sacándola de su iglesia y recogimiento, y así se juzgó no saliese a oír misa ni los oficios divinos en días que oír la misa no es de precepto, mayormente habiendo hecho voto de guardar clausura, aunque el voto era condicional. cuanto a la observancia de él, que era en orden al confesor, como él lo arbitrarse.—Muchas personas graves y devotas y algunos reliosos eran de parecer que comulgase cada día y la aconsejaban lo hiciese, más ella no quiso seguir otro juicio sino el de su confesor y respondía: si mi confesor me ordenase que una sola vez comulgase en el año, cuando lo manda la iglesia, estaría muy contenta, por que hacía la voluntad de Dios, y hasta tener licencia para ello yo nunca la tomo con ser la cosa que más deseaba y el mayor regalo suyo recibir a Ntro. Sr. en la sagrada comunión: y al fin el confesor se la vino a otorgar un martes de Carnestolendas del año de mil quinientos setenta y uno, un año antes de su dichosa muerte y no se puede explicar con palabras el gozo que la sierva de Dios recibió, habida esta licencia de comulgar cada día: decía que como la quedaba ya poca vida al cuerpo se le iba acercando más la vida al alma recibiendo el santísimo sacramento tan a menudo, y así con el pan de cada día recibiría acrecentamiento de gracia y se hallaría más dispuesta y pronta para la obediencia; alababa a Dios con gozo sensible en conformarse con la obediencia ni jamás se turbó ni titubeó en cosas que sus confesores la ordenasen y verdaderamente la premiaba Dios la indiferencia que tenía en todo ello, dándola una gran paz, cuando obedecía y con

eso se hallaba muy dispuesta para exercitar a sus tiempos y ocasiones las demás virtudes en particular de mortificación, penitencia, pobreza y castidad nombradas en esta quarta pregunta y de cualquiera de ellas se pudiera decir mucho (como queda dicho) si lo sufriera la moderación y tasa que en estas declaraciones se debe tener, y dixo este testigo que si en algo pareciere haber sido prolijo en su deposición que lo hizo por entender que después de casi cincuenta años que mucho de lo dicho pasó, no se hallarán testigos que tan entera y cumplidamente puedan declarar y substanciar lo que piden las preguntas del interrogatorio para el fin que se pretende en esta información y dixo este testigo que se remite a la historia de vida y muerte de esta susodicha madre Maridíaz la cual tiene por fiel y verdadera y en ella se trata cumplidamente de estas dichas virtudes y en particular de la devoció grande que tenía con la Virgen María madre de Dios y el socorro que hallaba en ella en sus necesidades y en favor de los prójimos, que se encomendaban a ella en sus oraciones, y esto dijo acerca de esta quarta pregunta.

5. La quinta pregunta pide declaración de trabajos, si los tuvo y padeció con paciencia por puro amor de Dios.—Lo que acerca de esto oyó decir este testigo y leyó en su historia que hizo de toda su vida de esta sierva de Dios el padre Juan de torres de la compañía de Jesús, el cual para la escribir se informó de varias personas fidedignas como de sus confesores y el dicho declarante, por haber sido uno de ellos y se haber hallado presente a mucha parte de lo que de su vida y muerte dice en los últimos cuatro años de su vida, y de oídas de lo que la pasó y padeció de persecuciones desde que salió de su aldea para gastar el resto de su vida en Avila en servicio de Dios; dijo, que lo oyó de personas fidedignas cuyos nombres no se acuerda y que la primera

mortificación que tuvo fué los seis años que estuvo en servicio de la noble señora matrona de que en otra pregunta e declaración, de ella se hizo mención por ser muy contra su gusto y inclinación emplear su tiempo en servir en palacio, donde hay de ordinario mucho estruendo y ruido y deseaba ella quietud para servir a Dios, mas como el confesor se lo mandó, negó su voluntad y obedeció; mas la sierva de Dios el palacio hizo casa de oración, mortificación y penitencia con malas comidas contrarias a sus gustos y sin tiempo, ocupaciones de mucha pesadumbre y fuera de esto fué muy molestada de los pajes con mil libertades, denuestos y palabras injuriosas, sin saber nada de esto la señora, antes se la había encomendado a todos sus criados, la tratasen en todo con mucho respeto y charidad, pero ni ella se quejaba a su señora ni sabía dar mal por mal a los que así la ejercitaban acordándose de los que nuestro redentor nos enseñó con palabras y exemplo, que así se holgaba de padecer por él estas injurias; la venganza que tomaba era decir: que por cierto los sobraba la razón en tratarla de aquella manera.—Después nuestro señor fué servido de asignarla otro puesto y casa más a propósito para satisfacer su gran sed de entregarse toda en su servicio, que como se ha referido arriba, fué en san Millán. Luego sintió un extraordinario consuelo en ver que se le aparejaba tan acomodada morada pareciéndola que vendría tiempo, cuando tendría siempre vecino a Dios y que estaría cerca del santísimo sacramento, con el cual eran sus dares y tomares, (como ella decía) y así ella fué la que movió al Sr. Obispo D. Alvaro de Mendoza a que diese traza cómo allí hubiase clérigos que dixesen misa y confesasen y estuviese allí el santísimo sacramento y para moverle a ello con efecto envió un recado al maestro Avila famoso predicador de Andalucía que se entendía y podía mucho

con el dicho señor Obispo, que lo recabase del y se ayudó también del maestro Daza, hasta que tuvo efecto su buen celo de la sierva de Dios Maridíaz, y cupo a los colegiales de aquel tiempo dichosa suerte de tener tal compañera dentro de sus puertas, y dixo este testigo que cuando se ofrece tractar de sus cosas de esta bendita labradora, que no se puede contener sin ser largo, como se conoce en esta declaración, que con más precisión se pudiera cumplir con las substancias que piden las preguntas, mas ya que en tal ocasión se le manda responder a ellas, con decir así la verdad se satisface a todo. Pues luego que entró esta bendita en san Millán hizo voto de pobreza, habiéndole hecho antes de castidad y de obediencia: tuvo siempre intento de pedir limosna de puerta en puerta para su sustento y era para ella de mucho trabajo no solo por la edad sinó por su natural inclinación, que la parecía que trasudaba quando había de ponerse a esto por mil contraposiciones que la ponía el demonio y tuvo intento de ir a pedir limosna a un cierto monasterio de monjas con un pucherrillo para traer caldo y sustentarse con esta pobre comida por amor de Dios, mas no fué menester tomar este trabajo ni salir de su recogimiento porque Dios nuestro señor movió los corazones de muchas personas a que no solamente la hiciesen limosna, sinó que se la enviasen a san Millán, y lo que recibía era con limitación de su confesor, del cual estaba bien industriada de lo que había de hacer en esta materia, como en todo lo demás de su modo y orden de proceder.—Cumplió de esta suerte (en cuanto la era posible) con la vida como eremítica y religiosa, pues estaba en aquella soledad atada y obligada a su Dios con los tres votos de pobreza y castidad y obediencia, los cuales guardaba perfectamente.—Hecha esta manera de profesión vendió luego toda su hacienda, que era muy poca, y repartiólo a po-

bres por cumplir a las clara el consejo de Christo nuestro señor y en habiéndose despojado de todos sus bienes y más de su propia voluntad, comenzóla Dios a probar dándola sequedades en la oración; entonces ella formó una piadosa quexa, dixo a su Dios ¿cómo señor y ahora que os he dado quanto me habiades dado para pasar mi vida y vejez me dexais y desamparais? ¿parécenos bien? fuera de la sequedad muy ordinaria que padecía fueron muchas las tentaciones, aprietos y agonías del alma que en esta iglesia padeció y temores dentro de sí; eran muchas las peleas de afuera, por que los demonios no llevaban bien que una labradorcita triunfase tan a la clara de sus tres enemigos demonio, carne y mundo: Venían de noche a espantarla con gritos y temerosos aullidos para que llena de pavor y miedo, como era de noche y en iglesia, desistiese de lo comenzado; bien entendió la sierva de Dios los engaños y astucias del enemigo y con la prosecución de la acertada vida que había hallado para su salvación, tomaba mayor esfuerzo para pelear y gozosa de que el demonio declarase el pesar que tenía de tan loables exercicios y perseverancia en ellos, con mayor esfuerzo los llevaba adelante: sin esto era muy atormentada de dolores y enfermedades corporales causadas mucha parte de ellas de los excesivos frios de Avila, y para su abrigo y defensa tenía poca ropa, y a su ver de este testigo, aunque de esta sierva de Dios no se contara más que el frio grande que pasó más de treinta inviernos, que estuvo en Avila, habiendo llegado a edad casi de ochenta años padeciendo todo lo dicho con grande paciencia y igualdad de ánimo muy conformada con la voluntad de Dios, esto había de bastar para estimarla y tener grande concepto de su fervoroso espíritu, pues por larga experiencia le consta que los que están bien acomodados de ropa y de lo demás necesario, con dificultad pue-

den sufrir la aspereza de los inviernos largos de Avila; con todos estos trabajos no fuera mucho blandear, si Dios nuestro señor por quien los padecía, no la esforzara con suficiente remedio, por que según la muchedumbre de los dolores eran las consolaciones del cielo de que su corazón abundaba: Eran innumerables los gustos, los gozos del espíritu, los excesos mentales muy ardientes en el amor de Dios y de los prójimos muy fervoroso, muy encendida la charidad de donde procedía tan grande esfuerzo, que deseaba padecer mucho más por tan gran señor como nuestro Dios, y como ella le llamaba, maniroto en dones, a quien de veras le sirve, como esta su sierva Maridiaz, y todo lo que sufría la parecía poco y así en medio de las fatigas y males del alma y cuerpo estaba muy risueña y alegre de lo cual serán testigos fieles cuantos la trataron y conocieron y este dicho declarante dixo ser del número de ellos, el cual dixo se halló al principio de su última enfermedad y feliz tránsito de esta sierva de Dios Maridiaz, de cuya muerte se pide declaración.

6. En la sexta pregunta dixo que fué nuestro señor servido que el glorioso san Millán tuviese parte en esta obra y fué así que en su propio día, miércoles, doce de noviembre de mil quinientos setenta y dos años, en cuya casa había vivido la dicha madre Maridiaz nueve años, y los cuatro sin salir fuera de ella, habiendo recibido el santísimo sacramento, como lo tenía de costumbre, y este tal día con particular devoción, volvió a subir a su tribuna donde tenía su aposento junto a ella, y a los que en el camino la encontraron hablándola dixo: déxenme que me esperan buenas pascuas; luego la vino un frío de calentura, fueron a verla dos padres de la compañía que se hallaron allí en la fiesta que se celebraba del santo, halláronla con crecimiento de calentura, acabado el sermón volvieron los mismos padres a visitarla y la

hallaron con notable aumento: subieron muchos sacerdotes y personas graves y señoras principales, a quienes no se podía ni debía negar la subida y entrada a su aposento, alegróse la enferma con todos y declaró el particular contento que tenía de que en día tan señalado la regalase el señor visitándola de aquella manera: En acabando de recírcle dijo con su acostumbrado donaire y modo de hablar: mi vecino anda por aquí que me quiere hacer mercedes este día; luego la sobrevino un gran dolor de costado y se entendió había de ser mortal; confesóse la sierva de Dios generalmente con el dicho padre Gonzálo Pérez declarante y la administró el santísimo Viático, con que quedó consoladísima (esto fué el día siguiente) y dijo hablando con Dios: no quiero mi bien (que así le solía llamar algunas veces) que me deis salud y más vida, si no que se haga en mi vuestra voluntad, y esto decía con los júbilos acostumbrados y los continuó hasta que perdió la habla, en especial hablándola cosas de Dios las personas con quien ella se entendía, que con las demás hablaba poco, porque con aviso del cielo aunque con tan graves dolores, sabía hacer distinción de los que la asistían allí para su edificación y consolarla, de muchos otros que iban por curiosidad y ver lo que en aquella hora hacía y oír lo que decía, pasaba con discreta disimulación sin hacer caso del vulgo y el poco tiempo que entendía la quedaba de vida quiso más gastarle con Dios que con los hombres y de esto es claro argumento que quando se le levantó el pecho decía con penosa respiración: Jesús.

El sábado siguiente la velaron día y noche los colegiales y seis padres de la compañía mudándose a sus horas y pareció convenia darle el santo sacramento de la extremaunción, y se le dió este dicho declarante habiéndose reconciliado con él, fué tanto el concurso de gente de todos estados que el domingo acudió como sue-

le hacerse en visita de iglesia donde se gana un grande jubileo y fué necesario poner porteros diligentes, que no dejasen entrar sino a los que no era razón desconsolar; y porque se vea su pobreza declaró este dicho testigo cual fué su testamento: su cuerpo dió a entender holgaría se enterrase en aquella iglesia de san Millán, pues la había hospedado tantos años, o si hallasen en esto algún inconveniente la enterrasen en la calle, si les parecía se convenir así: Mandó su rosario a los padres de la compañía de San Gil, y a las monjas carmelitas de san Joseph de Avila dos sayas suvas viejas y dos cruces, los demás andrajuelos a los niños de la doctrina sus compañeros y al dicho Gonzálo perez declarante el candil que ella usaba, el cual era de los ordinarios de garabato que llaman y la gatilla que la acompañaba, a la cual vimos hacer en su modo sentimiento, luego que Dios la llevó para sí la dicha madre y muchos repararon en ello, porque hasta que se enterró su cuerpo andaba por toda la casa inquieta miando: algunas de estas cosas que ella mandó no se pudo distribuir como ella lo ordenó fielmente, porque la gente lo hizo piezas y cada uno tomaba su suerte y pedazico como reliquia; no dejaron cosa de que ella hubiese usado que no llevasen, hasta los platos negros y tiznados y escudillas etc. y teníanse por dichosos los que hacían presa en algo que ella ubiese tocado, por vil que fuese.

Domingo en la noche tuvo algún reposo que daba lugar el dolor para hablar algún breve espacio con nuestro señor principalmente, y con las personas que allí se hallaban, aunque luego sobrevinieron terribles dolores y fué mucho lo que nuestro señor la apretó para que su corona fuese bien adornada y cumplida y su gozo en el cielo colmado. Preguntábanla ¿qué es lo que la duele, madre? respondió: mas ¿qué es lo que no me duele? siendo ya media noche la dijeron que pronuncia-

se tres veces Jesús en una cuenta privilegiada y ganaría indulgencia plenaria: hízolo así y dixo ¡qué liberal es Dios, cuánto es lo que da por tan pequeño servicio, por qué tantico qué de ello! de ahí a un rato los que la velaban repartieron algunos de sus despojos entre sí con grande devoción hasta cortarla los cabellos y las uñas, sin poderlo ella resistir y también entendían que lo hacían por su salud. A las dos después de media noche se le quitó la habla, y a las cinco y media de la mañana, rodeada de muchos sacerdotes, parte de la compañía y de los colegiales, lunes diez y siete de noviembre de mil quinientos setenta y dos años, día de san Gregorio, obispo, dió esta tan sierva de Dios su alma al mesmo señor que se la dió y crió para servicio suyo y exemplo nuestro, habiendo cumplido casi ochenta años de su vida, según dijo una persona religiosa (cuyo nombre no se acuerda este testigo) que por certificación de esto y cosas de su vida fué al dicho su lugar natural y aldea de Vita y lo dixeron muchos que la conocieron y trataron deudos suyos algunos de ellos, y esto dijo sabe de esta pregunta el dicho declarante el padre Gonzalo Pérez.

7. Acerca de lo que pide la septima pregunta si en vida obró nuestro señor por medio de las oraciones de esta su sierva, Maridíaz algunos milagros, dixo que aunque podía referir algunas cosas maravillosas que de verdad pasaron, no se atreve a afirmar haber sido milagrosas y se las pueda dar este título y nombre, mas sí de haber sido manifiesto indicio de su gran virtud y que la amaba Dios y estimaba sus oraciones, pues sí vió condescender con sus peticiones. Queriendo una vez la señora doña María de mendoza, hermana del señor obispo de Avila don Alvaro, llevarla consigo a la iglesia de san Segundo extramuros que había de tener una novena en ella de días o horas, pidió a la madre Maridíaz que la acompañase por su consuelo el tiempo que allí estu-

viere y como lo pidiese por medio del dicho señor obispo, ella por sus justos respetos no se consolaba de salir de su recogimiento y no tenía animo para negarlo, acudió a Dios puesta delante el santísimo sacramento le pidió impidiese aquello dándole un dolor que la excusase de salir; cumplióla Dios luego el deseo con un dolor de costado que la puso en aprieto y punto de morir, así lo declararon los médicos y la fué a confesar el padre Luis Muñoz de la compañía, que era entonces su confesor, y le dió primero aviso para que se preparase para una buena confesión, que tenía aviso del médico era necesario hacerlo, luego la bendita se levantó como pudo y se puso a una ventana de su aposento por la cual se ponía a vista del altar mayor donde estaba el santísimo sacramento y le dixo así: decíanselo burlando y tomólo de veras? y al punto se le quitó el dolor. Pidió a Dios cinco años de vida para servirle con más veras y fervor y más merced y fuéronla otorgados mas de siete. Estando una vez oyendo sermón en la parroquia de San Juan de la dicha ciudad de Avila en día que ocurrió grande número de oyentes, sucedió que un hombre grosero con el aprieto de las gentes se amoinó sin causa contra la sierva de Dios que acertó a estar junto a él, y le dijo palabras desabridas, sin le haber hecho agravio alguno; ella entonces como le vió tan descompuesto, alzó su manto descubriendo la cabeza y le dijo mostrando y parando el carrillo; véisme aquí, dadme de bofetones: El hombre muy avergonzado y confundido de lo que sin causa había dicho, quedó admirado y confuso sin saber que la responder; mas la sierva de Dios levantando sus ojos y manos al cielo dijo: con gran fervor: plegue a la divina majestad que todos hagan burla de mi y que los grandes me den bofetadas y los chicos higas; cumplióse su petición en parte, porque luego en saliendo de la iglesia comenzaron muchos muchachos en tropa a gritarla y

darla higas y decirle injurias en presencia de la mucha gente que salía del sermón y misa solemne.— Otra vez estando ocupada en su acostumbrada oración en el templo del glorioso mártir san Vicente, sintiendo mucho frío dijo a Dios: mi bien, una saya he menester: de ahí a poco llegó a ella un hombre y la dixo: madre una saya la quiero dar y sepa que tengo ya el paño en casa para hacerla; después de esto sucedió entre otras enfermedades con que Dios la exercitó fuéa amanecer un día desquixarada y sin fuerza para comer ni hablar; hicieron diligencia buscando remedios, ningunos bastaron; tomóse resolución de llevarla a las Villorias, donde había un hombre que curaba de tales enfermedades, y teniendo prevenido lo necesario para el sen acompañarla y goviaje y a punto su cabalgadura, quiso primero la sierva de Dios dar principio a su jornada con tener un rato de oración; pidió en ella a Dios la diese boca para le bendecir y alabar; fué nuestro señor servido de darla luego salud entera con que todos alabaron a Dios.— El verano antes que muriese tuvo una hypsípula y un dolor de costado con una muy penosa disentería; tratando de aplicarla remedios ordenados algo fuertes por los médicos pidió que la diesen lugar que quería levantarse, que las quería haber un poco con su vecino (que así solía llamar al santísimo sacramento); y en saliendo de su aposento puso lo ojos en el altar mayor donde estaba y dixo en su modo: mira, mira, cargad bien señor, cargad uno sobre otro; en diciendo esto cesó la disentería y ahí a poco tiempo todo el mal.— Muchas otras cosas la pasaron a esta bendita mujer con nuestro señor en esta materia de oír Dios sus oraciones, así en alibio y socorro de sus trabajos y enfermedades, como de otras personas debotas que en sus necesidades acudían a sus oraciones que dexó de referir aquí por evitar prolixidad remitiéndose a la historia de su vida, la cual está en mi poder muy

cumplida de la cual dijo se había mucho aprovechado para hacer esta declaración este dicho testigo y a ella se remitió.

8. La octava y última pregunta del dicho interrogatorio pide declaración si obró nuestro señor algunos milagros después que la llevó para sí con su feliz muerte o con su cuerpo o cosas que ella usaba; a esto dixo el dicho declarante que no vió ni supo obiese Dios obrado milagro alguno por medio de cosas de esta su sierva, mas de que oyo decir que había llevado un pañico de lienzo de los que habían tocado su sangre y cuerpo y quando la embalsamaron a una monja del monasterio de santa Ana de allí de Avila, que tenía grande enfermedad en los ojos y que en tocándola con el lienzo cobró entera la salud, y lo oyó referir a muchas personas fidedignas, y esto pasó dos o tres días después de la muerte de esta sierva de Dios Maridíaz; y lo mesmo oyó decir de otra doncella, que entiende este testigo era criada de la dicha doña María de Mendoza, hermana del dicho señor obispo don Alvaro, al cual el dicho Gonzalo pérez declarante envió a Olmedo donde estaba su señoría al tiempo de su muerte desta bendita labradora, un dedo, el menor de su mano derecha, como fuese nombrado para hallarse presente al embalsamamiento y pidió al licenciado Morán cirujano que hacía el oficio le cortase para enviarle al obispo dicho con otras cosas que le había mandado su señoría en una carta que tiene suya y le envió el dicho dedo a la dicha su hermana doña María y le tocó a la dicha doncella, y luego decían había sanado; acerca de esto no tiene noticia de otra cosa y dixo que la dicha doña María estaba a la sazón en Valladolid y entiende vivía en la casa de las Aldabas, que allí se nombra, donde habrá quien dé más entera noticia de esto. De las cosas maravillosas que pasaron en su entierro, el concurso de todos estados, el cabildo y

los religiosos de todos los conventos que allí en Avila hay, y otros dos cabildos menores que hay de San Benito y san Bernabé que celebraron off.^o general o exequias, cada uno en espacio de nueve días y cada día sermón, y la parroquia de san Pedro, que era la que reconoció por tal la sierva de Dios en los tiempos señalados por la santa madre iglesia, hizo el off.^o su día: de los seglares, toda la nobleza de Avila, caballeros y señoras, se hallaron presentes y grande número de la gente ciudadana y plebeya que no cabían en la iglesia; acabada la misa y vigilia funeral muy solemne, que autorizó el cabildo, que vino en procesión a hacer el off.^o del entierro sin interés temporal, como los demás religiosos, sino movidos por Dios por el gran concepto que de ella toda la ciudad tenía, y lo mesmo en todo el obispado les pareció no cumplían con Dios nuestro señor ni con su obligación sinó concurrían todos a su entierro de una rara labradora tan sierva de Dios que tantos años les había hecho buena vecindad con tan raro exemplo que les dejaba de su vida y dichosa muerte; hallóse presente el señor don Rodrigo Vázquez, obispo de anillo, y quando el cabildo la iba ya a enterrar fué el dicho señor obispo a besar los pies de la dicha difunta, y lo mesmo hicieron todos los caballeros y el resto del pueblo daban sus rosarios a cuatro colegiales que acompañaban el cuerpo en un túmulo que hicieron en medio del cuerpo de la iglesia y las señoras todas aclamaron y pidieron que no la enterrasen hasta el día siguiente, que las dexar de aquel regalo que no sabían quando y donde verían otro tal y todos condescendieron con su pía petición; después en el consistorio y el regimiento acordaron de embalsamarla su cuerpo, y se hizo aquella misma noche y el dicho declarante fué nombrado para hallarse presente con el licenciado Morán médico y cirujano que lo hizo, y después se tomó acuerdo

con graves personas de que se enterrase aquella misma noche porque el día siguiente había la misma resistencia y por evitar encuentro de la dicha parroquia de san Pedro y el cabildo de San Benito que pretendía hacer cada uno el oficio, y así el dicho padre Gonzálo Pérez, testigo que hacía aquel año en el dicho colegio de san Millán off.^o de rector la enterró entre nueve y diez de la noche en el lucillo donde al presente está de la capilla mayor de la dicha iglesia de san Millán.

Muchas otras cosas dignas de notar y de ser referidas se vieron en su vida, muerte y enterramiento de esta sierva de Dios madre Maridíaz, que son más para historia que para escritura o testificación y así se remitió a la historia que de todo hizo el padre Juan de Torres de la compañía de Jesús que trabajó lo más sustancial de ella y el dicho declarante ayudó a ella con lo que sabía de oídas de muchas personas graves y fidedignas como el dicho maestro Daza y de lo que vió en los quatro años que estuvo en su compañía y de los demás colegiales y por haber sido, como dicho tiene, su confesor; la cual historia muy completa de su vida y muerte tiene en su poder y todos los epitafios en latín y en romance que se pusieron en la Iglesia dicha y claustro del colegio para festejar su entierro y cuando sea necesario y se le mandase servirá de muy buena gana con todo ello o un tanto sacado de su mano para tan glorioso fin y de tan gran consuelo suyo, reconociendo la gran merced que Dios nuestro señor ha hecho a este dicho testigo en haber gozado algún tiempo del exemplar trato de una tan sierva suya, y darle vida para servir de algo en tan feliz ocasión de ser testigo de alguna parte de lo mucho que Dios obró por medio de esta su fiel sierva en tantos años como la dió de vida, muy cerca de ochenta, y esto es lo que dió y declaró y en ello después de se le haber leído dixo que se afirmaba y se afirmó de su

nombre juntamente con sus mes.—Lic. Baltasar González manso.—(Hay una rúbrica).—Gonzalo Pérez.—(Hay una rúbrica).—Ante mí, Juan de Ortega.—(Hay una rúbrica).

FIN

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	1486	Precio de l. obra.....	
Estante .	11	Precio de adquisición..	
Tabla...	2	Valoración actu. l.....	
Número de tomos.			

14.00
11
2



1486

VIDA
DE LA
GENERAL
MARITIMA